



KATE DAWSON

**Laura
en las
Highlands**

Contenido

TÍTULO
Créditos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

Epílogo

Un apunte lector

Capítulo 1. Un largo camino

LAURA EN LAS HIGHLANDS

Kate Dawson

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra será constitutiva de delito y está bajo las sanciones que determinan las leyes.

© Kate Dawson

Mail: dawsonkate43@hotmail.com

Portada: Kate Dawson

1ªEdición: agosto de 2018

Capítulo 1

Mario Pardo, el director del diario Hora Punta la miraba con expresión meditabunda después de haber escuchado su propuesta. Con treinta y cinco años era director de uno de los periódicos de mayor tirada del país. Su visión moderna y tecnológicamente avanzada del periodismo había traído vientos de aire fresco al mundo de las noticias. A lo largo de su carrera periodística tuvo que escalar unos cuantos muros, tanto personales como profesionales. En el siglo XXI todavía hay quien te juzga por con quién te acuestas y a esos no les gusta mucho que un joven atractivo y masculino lleve un anillo que lo une a otro igual de atractivo y masculino que él. Se mesó la barba, pensativo, sin apartar la mirada del rostro de Laura.

Hacía un año que Laura trabajaba para él y había aportado un buen saco de ilusiones y el entusiasmo de alguien que aún está dispuesto a comerse el mundo. Tenía unos ojos de mirada curiosa, casi infantil, y la melena corta, a la altura de la barbilla, ayudaba a darle ese aspecto aniñado. Nunca se maquillaba, una suave línea debajo del ojo y un poco de color en los labios.

Mario sabía que su artículo sobre los niños atrapados en una cueva en Tailandia iba a ser difícil de superar, pero también estaba seguro de que no dejaría de trabajar buscando la historia, aquella que la encumbraría a lo más alto dentro de su profesión y él quería ayudarla a conseguirlo. Lo quiso desde el mismo instante en que se presentó ante él para pedirle trabajo. Lo abordó en el restaurante en el que solía comer todos los días. Un bar de esos de antes con mesas de madera y manteles a cuadros. Sin moderneces, que decía Larry, su marido.

—No te corresponden vacaciones, Laura —dijo tratando de mantenerse

serio—. Hace seis meses te pasaste dos semanas en Escocia visitando a tu amiga.

—No son vacaciones, Mario —dijo ella con expresión inocente—. Sí, Julia va a casarse y yo soy una de sus damas de honor por lo que tendré que dedicarle ese día, pero el resto...

—Laura...

—Llevo meses diciéndote que quiero escribir ese artículo.

—Cierto.

—He estudiado gaélico para empaparme de su cultura y sus costumbres. He hablado por Skype con el mayor experto sobre aquellos hechos, pero ha llegado el momento de visitarlo personalmente. Todo lo que podía averiguar sobre aquel suceso está en mi cabeza. ¡Sé más de Escocia que nadie que tú conozcas!

—Laura, te recuerdo que Larry es de Edimburgo —dijo Mario refiriéndose a su marido.

—Bueno, vale, es cierto. De hecho fue Larry el que me presentó Jackson, mi profesor de gaélico...

Mario se echó a reír a carcajadas.

—No tienes remedio.

—Venga, va. A mis compañeros no les importará un pito que yo me vaya quince días a Escocia o a Tombuctú —dijo con una sonrisa.

—Te aprovechas de mí.

—Te doy mi palabra de que voy a escribir el reportaje del siglo. Digno de un Pulitzer.

Mario sonrió y movió la cabeza dándose por vencido.

—Está bien —dijo asintiendo—. Te doy quince días. Tienes un buen aliado, Larry ha estado dándome el coñazo toda la semana con que te dejase ir.

Laura sonrió abiertamente tratando de contener la euforia que sentía. Mario se levantó de su silla y dio la vuelta para apoyarse al otro lado de la mesa.

—Quiero un artículo completo, desde todos los ángulos posibles. Nada de moralina ni bandos. Larry dice que para los escoceses la masacre de Glencoe es un tema delicado, trátalo con cariño.

—¿Y en cuanto a recursos?

—Lo habitual —dijo él sonriendo—. No voy a pagarte el vestido de dama de honor si es en lo que estás pensando.

—¿Te apetece un té?

La madre de Laura miraba cómo su hija preparaba la maleta, apoyada en el quicio de la puerta de su habitación.

—Claro mamá —dijo su hija mirándola con una sonrisa—. Acabo enseguida.

—Vale, te espero en la cocina.

Laura revisó la lista que había escrito para no olvidarse de nada y cerró la maleta antes de que tuviese que empezar a descartar cosas.

Entró en la cocina y se sentó en uno de los taburetes frente a la barra, mientras observaba a su madre trastear con las tazas y las hierbas. A Myriam no le gustaban las bolsitas que vendían ya preparadas, para ella el té formaba parte de un ritual en el que la selección de la cantidad de hierba era prerrogativa de quién lo hacía. Le gustaba mucho mezclar distintos tipos y descubrir nuevos sabores, algo que a veces resultaba no demasiado agradable para su familia, que procuraba reaccionar lo más delicadamente que podían.

Su madre era una hermosa mujer, por dentro y por fuera. Tenía un cabello negro azulado que había empezado a motearse de canas y una complexión robusta, aunque cuidaba mucho su peso. No se parecían en nada físicamente, pero compartían una misma manera de ver la vida y los afectos. También compartían el gusto por el cine europeo, la manera de comerse los bocadillos y el delirio que ambas sentían por el mar. Podían estar hablando durante horas sin cansarse y sin que se les acabasen los temas de conversación. Sus desayunos juntas podían alargarse durante horas. No parecía haber diferencia de edad cuando se contaban sus cosas, ambas entendían a la otra sin apenas esfuerzo.

—He hablado con Julia —dijo Myriam mirando a su hija—, le he dicho que le llevas una cosita de nuestra parte.

—No te has podido aguantar —respondió Laura sonriendo abiertamente—. He ganado.

Myriam la miró con el ceño fruncido.

—Aposté con papá a que se lo dirías antes de que me marchase —dijo Laura.

—Seréis... —Myriam se sentó frente a su hija y después de dejar las tazas sobre la barra.

—Míralo desde este punto de vista —dijo Laura riendo—: papá creyó en ti.

Su madre negó con la cabeza y se llevó la taza a los labios. Le encantaba tomar el té muy caliente y a pequeños sorbos. En eso no coincidían.

Laura y Myriam no compartían sus genes. Myriam y Carlos adoptaron a la pequeña Laura cuando tenía cuatro años, aunque en realidad fue Laura quien los adoptó a ellos.

—Qué pena que no se hayan casado aquí —dijo su madre—, me hubiese gustado mucho ver a Julia vestida de novia.

—Podríais haber venido —dijo Laura.

—Ya sabes que las cosas no marchan bien en la empresa de papá; ahora no puede pedirse unos días y yo no quiero dejarlo solo.

—¿Dónde está?

—En el jardín, controlando que cuido los geranios como es debido, ya sabes que él es el que mejor cuida las plantas del mundo —dijo poniendo los ojos en blanco como si le importase—. Hoy tiene turno de tarde.

Laura sonrió, no dejaba de sorprenderle el hecho de que sus padres se quisieran de un modo tan profundo a pesar del tiempo que llevaban juntos y de lo distintos que eran.

—Mamá, quiero preguntarte algo, pero no quiero que empieces con tus interrogatorios interminables...

Myriam soltó la taza y se puso en modo alerta maternal.

—¿Cómo supiste que era él? —preguntó la periodista—. Quiero decir... Nuestro lugar en el mundo abarca una cantidad de personas muy pequeña. ¿Cómo saber que la persona ideal está dentro de tu círculo? Podría estar en cualquier parte...

Myriam sonrió y, después de unos segundos, se encogió de hombros volviendo a coger la taza.

—No tengo ni idea de cómo responder a esa pregunta —dijo Myriam—. Para algunos como tu bisabuela, que era muy religiosa, nuestro matrimonio fue un error porque no estuvo bendecido con hijos. No sé si la persona perfecta para mí vive en la India y jamás lo conoceré, lo que sí sé es que tu padre es el hombre de mi vida.

—Pero ¿lo supiste enseguida? ¿Ocurrió algo especial cuando lo viste por primera vez? No sé, ¿se oscureció el cielo? ¿Brilló el sol con mayor intensidad?

—Ya sabes que lo conocí en un lavado de coches —dijo Myriam

riéndose.

Laura sonrió. Conocía bien la historia. Carlos tenía que trabajar en verano para ayudar en casa, Myriam llevó su coche a lavar y él se ofreció a ayudarla a sacudir las alfombras sin cobrarle nada...

—No puedo decir que lo supe enseguida. Al principio solo me fijé en su físico y no era el estilo de chico que me gustaba. A mí me iba el rollo intelectual, ya sabes, gafitas y poco preocupados por su aspecto. Carlos era un chico muy guapo, hacía deporte... no daba el perfil.

—Prejuicios —dijo Laura asintiendo.

—Desde luego. —Myriam miraba su taza pensativa—. Esa primera vez no hablamos de nada que no fueran tópicos sobre el tiempo o el trabajo, así que me fui de allí con mi idea preconcebida. Pero la segunda vez uno de los dos mencionó un libro y se desató la marabunta. Resultó que a los dos nos gustaba muchísimo leer y el cine de autor... Me invitó a merendar esa tarde y hasta hoy.

Laura asintió pensativa con su taza de té en las manos.

—¿Estás pensando en alguien o es una investigación periodística?

—No estoy pensando en nadie —se apresuró a responder su hija—. Es que a veces me preocupa ser tan cerrada, tan... rara.

Myriam sonrió y puso una mano encima de la suya.

—¿Es por la boda de Julia?

—Quizá.

—¿Te acuerdas de lo que te decía cuando eras pequeña y me preguntabas por qué no te dejaba pintarte o ponerte tacones como hacían algunas niñas del colegio? —preguntó su madre.

Laura sonrió al tiempo que asentía.

—Cada cosa en su momento —la citó.

—Exacto. Julia nunca se imaginó que ese viaje al que la obligó su abuela...

—No la obligó.

—Bueno, ya me entiendes. La cuestión es que nadie podía imaginarse que conocería a Evan y acabarían casándose. ¡Y que Rosario se iría a vivir a Escocia!

—Rosario iría al fin del mundo por Julia —dijo Laura—. Ha vivido por Julia desde que sus padres se separaron.

—Lo sé —reconoció su madre—. Y es una mujer increíble que no se ha arrepentido ni un solo día de dejar todo atrás por su nieta, y mira que le ha

costado acostumbrarse al idioma...

—No sé, mamá, a veces me pregunto si encontraré a una persona con la que desee compartir mi vida, como tú con papá o Julia con Evan. No puedo imaginarme a nadie con quien quisiera estar para siempre, aparte de vosotros.

—No tiene ningún sentido pensar en ello —dijo Myriam cogiéndole la mano con ternura—. Si hay una persona para ti, la encontrarás. Pero tampoco se acaba el mundo porque no la haya. La vida es mucho más importante que eso y está repleta de experiencias y de personas que merecen mucho la pena.

Laura se sintió aliviada al escucharla. Su madre siempre tenía la palabra exacta que ella necesitaba oír. Se levantó y dio la vuelta a la barra para abrazarla.

—Pero tú no te prives de nada, ¿eh? —dijo Myriam apartándose para mirarla—. Una cosa es el amor y otra el sexo.

Laura chasqueó la lengua.

—¡Mamá! —dijo apartándose incómoda.

—¿Qué? —Su madre cogió la taza de té sonriendo—. Cualquiera diría que tienes quince años, hija.

—No se habla de eso con las hijas.

—Porque tú lo digas.

Las dos sonrieron y se miraron en silencio unos segundos.

—Te quiero mucho —dijo Laura volviendo a abrazarla.

—Y yo a ti, tesoro.

Carlos estaba revisando los geranios con los dedos metidos en la tierra.

—¿Todo bien, papá? —preguntó Laura al llegar a su altura.

—Todo bien, hija. —Se limpió las manos en el trapo que llevaba con él y se volvió hacia ella—. ¿Ya lo tienes todo preparado?

Laura asintió y sin pensarlo lo abrazó, apoyando la cabeza en su pecho. Carlos Martos era un hombre muy alto, con una complexión delgada y un rostro amable y atractivo.

—¿Qué ocurre? —preguntó abrazándola también.

—Nada, tan solo quería abrazarte —dijo Laura cerrando los ojos.

—¿Sabes que así fue cómo te escogimos?

—En realidad os escogí yo. —Laura levantó la cabeza para mirarlo.

—Cierto —afirmó su padre—. Te abrazaste a mis piernas y me miraste desde allí abajo con esos enormes y curiosos ojos que tienes. Nosotros

pensábamos adoptar un bebé, pero tú tenías otros planes.

Laura sonrió satisfecha.

—Siempre he sabido lo que quería, ¿verdad?

Su padre le acarició el cabello y Laura se separó con cierta reticencia. Los brazos de Carlos eran el lugar más seguro del mundo.

—Eres una mujercita muy inteligente —dijo el hombre con una sonrisa orgullosa—. La naturaleza es sabia y ha sabido trasmitirte ese rasgo mío.

—También he heredado tus ojos —dijo Laura sonriendo. Curiosamente los dos tenían los ojos verdes.

Carlos sonrió, ese detalle había provocado que la gente que no sabía que era adoptada mencionase convencida lo mucho que se parecían.

No sabían nada de la familia de Laura. Nada en absoluto. Si Laura hubiese querido encontrarlos la habrían ayudado, pero nunca se interesó por sus verdaderos padres. No había acritud ni el más mínimo rencor en ese hecho, simplemente para ella sus padres eran quienes la cuidaron y mimaron desde niña. Lo otro era una mera cuestión biológica.

—No trabajes mucho, papa —le pidió—. Y, sobre todo, no te agobies, quiero que vivas muchos, muchos años.

Carlos sonrió.

—Tranquila, estoy seguro de que vas a tener una vida intensa y emocionante y quiero estar ahí para que puedas contármelo.

Capítulo 2

Julia las esperaba apoyada en su coche y echó a correr en cuanto las vio aparecer.

—¡Qué ganas tenía de veros!

Se abrazaron por turnos y a la vez, rieron y volvieron a abrazarse.

—¿Estás nerviosa? —preguntó María cogiéndola de la cintura.

—Lo cierto es que no —dijo sonriendo—. Tenía muchas ganas de que estuvierais aquí para compartir todo esto con vosotras, pero casarme con Evan me parece algo tan normal que no le veo el sentido a ponerme nerviosa. Los que sí están como un flan son mi abuela y el padre de Evan.

—¿Cómo está Rosario? —preguntó María.

—Estupenda, como siempre, ahora la veréis. Vamos a su casa para que os instaléis y luego iremos a la taberna a celebrarlo.

—¡Mis niñas! —exclamó Rosario al verlas—. ¡Qué alegría!

Las tres abrazaron a la abuela y recibieron sus besos, una tras otra.

—Estáis guapísimas las tres —dijo apartándose para mirarlas—. No entiendo cómo no estáis rodeadas de moscones a todas horas. Los chicos hoy en día no tienen sangre en las venas. En mis tiempos...

Las chicas escucharon la retahíla de recuerdos encadenados, sin resquemor. Hacía meses que no veían a la abuela y cualquier cosa que hubiese dicho les habría sonado a coro celestial.

—¿Cuántos días os vais a quedar? —dijo mirándolas alternativamente a las tres—. Cuando Julia y Evan se van de viaje me matan...

—No digas eso, abuela, Leod siempre se preocupa por ti.

—Sí, eso es cierto —reconoció la anciana—, ese hombre es un santo.

—Yo me quedaré quince días —anunció Laura—. Voy a escribir un artículo sobre la masacre de Glencoe.

—¿Has venido a trabajar? —preguntó Rosario arrugando el ceño.

—Sí, hace tiempo que quiero escribir este artículo y ahora tengo la excusa perfecta.

—Ahora trabajas en un diario importante —dijo Rosario orgullosa.

—Pero nada de trabajar hasta que nosotras nos hayamos ido —advirtió María.

Laura sonrió.

—Claro que no. Hasta entonces soy toda vuestra.

—¿Ves, abuela? —dijo Julia cogiéndola de los hombros—. Vas a tener a alguien de quién ocuparte mientras yo no esté.

—Y nada de saltarse comidas —Rosario miró a Laura con severidad—. A comer y a cenar todos los días a casa. Te voy a preparar unos platos que vas a volver a España mucho más lustrosa, ya verás.

—Me temo que vas a necesitar muchas horas de gimnasio a tu regreso —dijo Cristina riéndose—. Ya me conozco yo los platos de Rosario.

En la taberna las esperaban Evan, su padre, Tommy, el mejor amigo de Evan, y su marido. Una vez echaron el cierre, cenaron opíparamente y bebieron lo que les apeteció, todo a cargo del novio. Sam, el chico que trabajaba en el hotel junto a Leod se encargaría de la recepción aquella noche y también al día siguiente para la boda.

Hicieron cócteles, bebieron vino, comieron para bajar el alcohol y volvieron a beber. También hubo tarta, juegos y muchas risas, sobre todo risas.

Cada uno dio un discurso según su estilo. El mejor y más sentido fue el de Leod que provocó un torrente de lágrimas en Julia y también alguna furtiva en Evan. Pero Tommy tampoco se quedó corto. Las chicas decidieron hacer algo distinto y utilizando como base *Like a virgin*, la canción de Madona, habían compuesto una letra para Julia que hizo las delicias de todos los presentes y sacó los colores de su amiga, que no pudo parar de reír.

La noche avanzó y pusieron música para que los novios pudiesen bailar. Laura miraba a sus amigos, abrazados y meciéndose en medio de la taberna, con un pellizco de envidia. Era tan evidente el amor que se tenían que le

resultó imposible no emocionarse y sentirse aún más sola. No les tenía envidia, no deseaba quitarles lo que tenían, tan solo querría sentirlo alguna vez. Que te palpite el corazón en los ojos y se te escapen las manos buscándole. Tener la certeza de que vas por el camino correcto. Que has encontrado tu destino.

Julia captó su mirada y le dijo algo a Evan antes de separarse de él para ir a sentarse con su amiga.

—Estás muy pensativa esta noche, Laura.

La periodista la miró un instante y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Laura! —exclamó su amiga sorprendida—. ¿Qué te ocurre, cariño?

Laura apretó el abrazo como si quisiera guardarlo en sus recuerdos.

—Te quiero mucho, Julia —susurró apoyada en su hombro—, no sabes lo feliz que me hace verte... verte tan feliz.

Julia sonrió mientras le daba unos golpecitos en la espalda.

—Has bebido demasiado *drambuie* —dijo riendo—, ya te he dicho muchas veces que hay que vigilar...

Las dos amigas se separaron un poco y Julia la miró con más atención.

—Ven, vamos a tomar un poco el aire —dijo llevándola de la mano hacia la puerta—. ¡Ahora volvemos!

Se sentaron en el suelo, bajo las macetas, que Laura esperaba estuvieran bien aseguradas, a contemplar la estrellada noche.

—¿No es increíble todo? —dijo Julia girando la cabeza para mirar a su amiga. Se había recostado contra la pared y tenía los ojos brillantes por el *drambuie* y también por el sueño—. Si mi madre no hubiese planificado aquel maravilloso viaje nunca habría conocido a Evan. Y mírame, a punto de casarme.

Laura la escudriñó con la mirada.

—¿Crees en el destino, Julia?

Su amiga no contestó inmediatamente. Miró de nuevo a las estrellas y pensó la respuesta durante unos segundos. Giró la cabeza para mirar a Laura sin apartarse de la pared.

—Me pasaron cosas muy extrañas en ese viaje —dijo—. No sabría decir si todo estaba predestinado, pero sí creo que hay un nexo de unión entre Evan y yo. Algo mágico...

—Si te cuento una cosa, ¿no te reirás? —Laura parecía incómoda.

Julia sonrió.

—Suéltalo ahora mismo —exigió.

Laura buscó las palabras exactas, pero parecía resultarle difícil encontrarlas.

—El día que recibí la invitación para vuestra boda me pasó algo. Esa noche tuve un sueño muy raro...

—¿Raro en plan: quiero despertarme ya? ¿O de esos de los que no te despertarías nunca?

—Raro nada más, Julia —dijo la otra, sonriendo impaciente.

—Vale, vale, no te interrumpo.

—Es que aún no te he dicho lo importante y no es fácil, hija.

—Que sí, que tienes razón. Te escucho.

—Es que me da mucha vergüenza...

—¡Anda ya! —Julia la miraba incrédula.

—En mi sueño salía Evan —soltó Laura de golpe.

Julia echó el cuello hacia atrás sorprendida.

—Fue un sueño muy raro —siguió Laura—. Evan era un escocés vestido de escocés, ya sabes, con el kilt...

Julia frunció el ceño completamente desconcertada y le vino a la mente el dibujo que hizo su madre y que ella había guardado, sin enseñárselo a nadie, porque le resultaba inquietante. En él se veía a Evan vestido a la antigua usanza escocesa.

—Sé que suena fatal decir que he soñado con el que va a ser el marido de mi mejor amiga... —Laura parecía mortificada.

—No seas tonta. —Julia la miró interesada—. Pero, cuéntame más. ¿Qué pasaba en el sueño?

—Lo cierto es que era un sueño muy raro —siguió Laura, que ahora que había empezado ya no podía parar—. Él tenía una espada en la mano y amenazaba a otro hombre. Yo era una mera espectadora, pero sabía que estaba en peligro...

—Y crees que ese sueño tiene algo que ver con la boda.

Laura asintió.

—¿Y si es un aviso? —dijo aterrada—. ¿Y si hay algún peligro acechándote?

Julia sonrió con ternura y abrazó a su amiga. Laura apoyó la cabeza en su hombro.

—Llevo angustiada todo el día sin saber si debía decírtelo o no. No quiero ser una agorera, no va conmigo ser portadora de malos presagios...

—No seas tonta. Los sueños no significan nada. Ese hombre se parecía a

Evan porque mezclaste pensamientos del día en la coctelera —dijo señalándole la cabeza.

Laura se rio y miró hacia el cielo estrellado.

—Hace una noche preciosa, ¿verdad? —dijo—. Siempre que vengo aquí pienso lo mismo, este cielo es más bonito que el de casa.

—No es más bonito, lo que ocurre es que allí hay demasiada contaminación lumínica.

—Será eso —dijo Laura pensativa—. ¿Y tú estás bien? Pareces preocupada por algo.

—Tuve una pequeña discusión con Leod hace un par de días —respondió Julia asintiendo.

Laura la miró sorprendida. No creía que eso fuese posible.

—Encontré un baúl en la buhardilla con un montón de objetos antiguos de la familia MacDonald y le regañé por tener aquellas cosas allí abandonadas —dijo la novia con pesar—. No quería molestarle, pero sé que lo hice.

—¡Oh! —exclamó Laura.

—Lo sé —dijo compungida—. Y ahora no sé cómo arreglarlo. Él dice que no pasa nada, pero yo noto que está distinto conmigo. Creo que todo vino porque me parece mal que tenga esos objetos tan antiguos colgados en la pared del cuarto que hay detrás de la recepción como si fuesen cosas compradas en Ikea. ¡Son antigüedades, Laura!

—Pero no puedes olvidar que son tuyas y que debes respetar su decisión al respecto.

—¡Lo sé! —Julia miraba a su amiga como si le pidiera auxilio—. De verdad que no sé cómo arreglarlo.

—Hablaré con él, si quieres. Cuando todo esto de la boda haya pasado y nos quedemos solos...

—¿Lo harías? Sé que os lleváis muy bien...

—Pues claro. ¿Pero qué querías hacer con esas cosas?

—Pretendía que viniesen a catalogarlas. Que un especialista los valore y nos aconseje sobre el mejor modo de conservarlos. Sería una tragedia que se echasen a perder, ¿no te parece?

Laura asintió. En el fondo pensaba como su amiga, pero no quería darle la razón para no agravar el problema. Hablaría con Leod y trataría de que comprendiera su punto de vista sin sentirse cuestionado.

Leod era un buen tipo y Laura sentía un extraño vínculo con él desde el

principio. Les gustaba charlar de cualquier tema y solían estar de acuerdo casi siempre.

—Se sutil, Laura.

—Claro. —La periodista miró a su amiga con una sonrisa cómplice—.

¿Cuándo viene el tasador?

Julia abrió la boca. ¿Cómo sabía que lo había llamado igualmente?

—Quedé con él a mi vuelta del viaje a Nueva Zelanda.

Laura sonrió. Ese era el regalo de las chicas.

—Tienes que hacer muchas fotos —dijo la periodista—, sobre todo de La Comarca.

—Friki.

—A mucha honra.

Capítulo 3

Laura abrió los ojos y la luz que entraba por la ventana le taladró el cerebro haciendo que su cabeza buscara refugio bajo la almohada.

—¡Diossss! —gimió—. Que alguien apague el sol, por favor.

—Chicas, creo que os necesito —la voz de Julia trataba de hacerse sitio en la bruma que anegaba sus cerebros alcoholizados—. Por si os habéis olvidado: ¡Hoy me caso!

—Baja el volumen —pidió Cristina abriendo un ojo con temor.

María se sentó en la cama y miró a su amiga con una sonrisa. Era la que mejor aguantaba el alcohol y solía ser siempre la primera en recuperarse de una noche como la que habían tenido.

—Bueno, como queráis —dijo Julia caminando hacia la puerta—, ya me visto sola y eso...

—¡No! —Laura se sentó de golpe en la cama y se llevó una mano a la cabeza tratando de contener los pinchazos.

—¡Espera! —Cristina trató de incorporarse, pero todo empezó a dar vueltas.

—Mi abuela nos ha preparado un potente almuerzo anti resaca.

Las tres amigas abrieron bien los ojos al recordar dónde estaban y que tenían a Rosario para ayudarlas.

—¿Qué hora es? —preguntó Cristina bajando los pies al suelo.

—Las dos y media —dijo Julia.

—¿Te importa si no nos vestimos hasta que se nos aclaren las ideas? —preguntó Laura.

—Por supuesto —dijo Julia sentándose en su cama y mirándolas a las tres

con emoción—. ¡Todavía no me creo que me vaya a casar!

Cristina se levantó y fue a sentarse detrás de Julia para abrazarla. María se apresuró a acompañarlas y se acomodó junto Laura.

—Hemos vivido muchas cosas juntas —dijo Cristina—. Esta será una de las gordas.

Julia le dio un beso en el brazo con el que la rodeaba y se sentó de lado para poder verlas a todas.

—Quería deciros algo...

—¡Oh, no! —exclamó María sintiendo que se le humedecían los ojos—. Ya nos vas a hacer llorar.

—¡Jajajajajaja! —Laura no pudo contenerse al ver a su amiga—. Lo tuyo es rapidez, hija, pero si aún no ha dicho nada y ya estás llorando.

Julia las miró a las tres y sintió que se le inflamaba el pecho de amor y orgullo por aquellas tres maravillosas personas que el destino había puesto en su camino.

—Cuando me he despertado tenía una canción en la cabeza —empezó—. ¿Os acordáis de cuál era la canción favorita de mi madre?

—Aquellas pequeñas cosas —dijo María.

—De Serrat —dijo Cristina.

Julia asintió emocionada al recordar a su madre.

—Cuando murió no podía dejar de escucharla cantando en mi cabeza.

—Siempre lloras cuando la escuchas —dijo Laura.

Julia asintió.

—Hoy me he despertado con su voz y esa maravillosa letra. La he repetido una y otra vez y me he dado cuenta de que en todas mis «pequeñas cosas» estabais vosotras. En cada uno de esos recuerdos que me acechan detrás de la puerta, estáis vosotras. Siempre.

Trataban de filtrar las emociones, pero era muy difícil.

—Sois parte de mí. —Las cogió de las manos a las tres—. Siempre habéis estado a mi lado, compartiendo los buenos y los malos momentos. Sobre todo los malos, esos que ahuyentan a todo el mundo. Nunca, a pesar de la tristeza que anegó mi infancia, nunca me sentí sola. Siempre había alguien con quien hablar, a quien contarle mis penas y con quien desahogar mi rabia.

Las cuatro lloraban, pero nadie la interrumpió.

—Nunca me dijisteis que no debía quejarme, no me hacíais callar con discursos aprendidos diciéndome que tenía a mi abuela o que os tenía a vosotras... —Hizo una pausa para limpiarse las lágrimas y recuperar la voz

que se le había roto—. ¡Pero os tenía a vosotras! Siempre me escucháis de verdad. Me entendéis mejor que yo misma, y por eso sabéis lo que me pasa incluso antes de que me dé cuenta de que me pasa algo. Si me resultó tan difícil emprender el viaje que mi madre había planeado para mí fue porque no estaríais conmigo.

—¡Julia! —exclamó Cristina—, vamos a estar horrorosas por tu culpa...

Las cuatro se echaron a reír al ver sus caras.

—Solo quería deciros que os quiero mucho —dijo Julia asintiendo y mirándolas una a una a los ojos—. Muchísimo.

Las cuatro amigas se fundieron en un apretado abrazo y así las encontró Rosario cuando entró en la habitación para ver por qué tardaban tanto.

—La comida se está enfriando —dijo conteniendo la emoción de verlas así—. ¡Venga! ¡Dejaos de ñoñerías! Al final la novia llega tarde, ya veréis.

—¿Brindas conmigo? —Laura le ofreció una copa de champán y Evan la aceptó con una sonrisa.

La ceremonia fue sencilla como eran ellos, pero había estado cargada de emotividad y simbolismo. Los novios improvisaron sus votos haciendo que sonasen como si los hubiesen ensayado. De hecho Cristina insistía en que era imposible que no los hubiesen ensayado.

Después de la iglesia, los pocos invitados, apenas unas veinticinco personas, comieron y bebieron en el patio de la taberna hasta no poder más. Evan contrató a varios camareros y Sofie, la nueva cocinera, hizo las delicias de todos con sus suculentos platos.

Laura miró a su alrededor y luego volvió a centrar su atención en Evan.

—Habéis dejado esto precioso —dijo.

—Es obra de Julia —explicó Evan—, para mí este patio era poco más que un trastero. Ella fue la que vio el potencial que tenía y se encargó de arreglarlo.

—Ese árbol ya estaba ahí —señaló Laura.

—Sí, era lo único hermoso que había. Ahora tiene un hogar mucho más digno —dijo el escocés riendo.

—Quería darte las gracias —dijo Laura entrando por fin en el tema que quería abordar.

—¿Las gracias? —Evan frunció el ceño sin comprender.

Laura miró a su amiga que bailaba con María y con Cristina como si ninguna de las tres llevase un tacón de más de ocho centímetros.

—Julia es muy feliz —dijo como si aquello lo explicase todo—. No ha tenido una mala vida, su abuela la adora y nosotras también, pero ya sabes lo que dicen sobre lo que te pasa en la infancia...

—Sé a dónde quieres ir a parar, Laura —dijo Evan poniéndose serio—. Hemos hablado mucho de aquellos tiempos. Y soy yo quien debería daros las gracias a vosotras por estar con ella entonces. Para mí ha sido la parte fácil.

Laura sonrió y lo abrazó emocionada. Sentía un enorme cariño por todo el mundo.

—Creo que estoy borracha —dijo apoyando la cabeza en su pecho.

Evan la acunó como si fuese una niña.

—Prométeme que nunca le fallarás —dijo Laura mirándole a los ojos—. Sé que eres un gran tipo, el mejor que podía conocer, pero necesito que me prometas que nunca le fallarás. No digo que me prometas que siempre la vas a amar como hoy, ni que vas a quedarte para siempre a su lado, solo quiero que me asegures que nunca le fallarás.

—Nunca le fallaré —dijo Evan con mirada sincera.

—¿Sabes que soñé contigo? —Se apartó para llevarse la copa a los labios sin dejar de mirarlo—. Fue un sueño muy raro, ibas vestido con esas ropas escocesas que llevaban tus antepasados... Eras tú pero no eras tú, no sé si me entiendes.

Evan sonrió divertido.

—¿Y qué clase de sueño fue?

—Bueno, uno del que no voy a hablarte...

—¿Un sueño erótico? —El escocés apenas podía contener la risa.

—¿Te estás burlando? —preguntó frunciendo el ceño—. Puede que este borracha, pero te aseguro que después me acordaré de todo.

—Estás muy graciosa, Laura —dijo él tratando de excusarse.

—Ya, vale. —La periodista dio un paso atrás levantando una ceja y señalándolo con la mano que tenía la copa—. Voy a bailar con mis amigas.

Evan siguió disfrutando de su copa y desde la soledad de aquel rincón bajo el árbol las observó mientras bailaban todas juntas. Lo cubrió una reconfortante sensación de pertenencia. Sabía que lo habían aceptado entre ellas, que había entrado a formar parte de su curiosa familia y supo que era muy afortunado.

—Será mejor que nos sentemos, chicas —dijo Julia—, Laura se tambalea peligrosamente.

Buscaron una mesa con suficientes sillas libres y Cristina se hizo con una botella de champán antes de sentarse.

—Podrías haber pensado en tus pobres amigas solteras y sin compromiso —dijo la youtuber volcando la botella para rellenar las copas y arrugando el ceño al ver que estaba vacía—. No habéis invitado más que a cuatro chicos solteros y dos tienen menos de dieciocho...

Julia sonrió.

—No sabía que eras de esas a las que les gusta ligar en las bodas.

—¿Cómo ibas a saberlo? ¿A cuántas bodas hemos ido? —intervino Laura, que trataba de mirar a su amiga a los ojos, aunque le resultaba difícil porque no dejaba de moverse.

—Os doy mi palabra de que en mi boda habrá chicos, muchos chicos —aseguró Cristina.

—Tranquila —dijo María—, yo me lo he pasado genial.

—Y yo, pero eso ¿qué tiene que ver? —dijo Laura.

—Solo constatamos un hecho —dijo Cristina levantando la mano para llamar la atención del camarero—, tráenos *drambuie*, por favor.

Cuando el escocés se dio la vuelta para marcharse, después de dejar cuatro vasitos y la botella, Cristina le miró el trasero e hizo gestos a sus amigas para que no se lo perdieran.

—Oye, el camarero ese no está nada mal —dijo llenando los vasitos.

—No deberíamos mezclar —dijo Julia y miró a Laura—. De hecho, tú deberías parar ya.

—Aguafiestas —dijo su amiga apartando el vaso y recostándose en la silla.

—A ti te pasa algo —dijo Julia sin apartar la mirada de su rostro.

Las otras también la miraron escudriñándola.

—Sí que has estado un poco rara todo el día —dijo Cristina.

Las tres la miraban esperando que dijese algo y Laura les cogió las manos y las junto en el centro de la mesa poniendo las suyas encima.

—Tengo una sensación extraña —dijo.

—¿Qué clase de sensación? —preguntó Julia poniéndose seria.

—Es como si... No sé cómo explicarlo.

—Dilo de una vez —dijo María.

—Desde que bajamos del avión he tenido la sensación de que iba a pasar

algo —dijo sin pensar.

Sus amigas la miraron con atención.

—¿Algo? —preguntó Cristina—. ¿Algo cómo qué?

—Algo malo.

Ya está. Lo había dicho. Laura soltó el aire que había acumulado en sus pulmones y miró a sus amigas completamente despejada. Fue como si al verbalizar lo que llevaba todo el tiempo preocupándola desapareciese la tensión.

Julia giró la cabeza y observó a Evan charlando con su amigo Tommy. Laura siguió su mirada.

—No digo que vaya a pasaros algo a vosotros —dijo Laura rápidamente—. Es a mí, no sé cómo explicarlo. No me hagáis caso, es una estupidez.

María sacó la mano de debajo y la puso sobre las de su amiga apretándola con cariño.

—¿Qué crees que te va a pasar? —preguntó la profesora.

—No lo sé, es un sentimiento, no una certeza.

—¿Es por el sueño del que me hablaste?

—¡Julia! —exclamó Laura apartando las manos y recostándose de golpe contra el respaldo de la silla.

—¿Qué? No pasa nada porque ellas lo sepan —se justificó su amiga.

—¿Saber el qué? —Cristina miraba a Laura.

—¿Un sueño? —La curiosidad de María se puso en marcha—. ¿Qué clase de sueño?

—Un sueño estúpido —respondió Laura moviendo la cabeza—. Había un *highlander*...

Cristina abrió la boca sorprendida y rompió a reír a carcajadas.

—¿Era un sueño erótico? —preguntó sin dejar de reír.

—¡Qué empeño tiene todo el mundo con los sueños eróticos! No, no era un sueño erótico.

—El *highlander* era Evan —aclaró Julia.

—¡No era Evan! Se parecía a Evan... —Laura se sentía avergonzada.

—¿Evan? —María miró a su amiga y luego a Julia.

—Es un sueño —dijo la novia—, no tiene ninguna importancia. Laura siempre ha tenido sueños raros.

—¡Es verdad! —exclamó María—. Desde pequeña siempre se acordaba de todo lo que soñaba.

—Y se empeñaba en contárnoslo con todo lujo de detalles —afirmó

Cristina.

—Por eso me siento rara —dijo Laura estirando la espalda y mirándolas a las tres con expresión confusa—. Desde esa noche no he vuelto a soñar nada.

Sus amigas la miraban sorprendidas.

—¿Y eso te asusta? —preguntó Julia—. Yo nunca recuerdo lo que sueño.

—Mira que llegas a ser tonta, hija —dijo Cristina moviendo la cabeza.

—Para mí es muy raro —dijo la periodista jugando con el vasito—. Es una sensación muy extraña despertarme y no recordar nada, me siento como si no hubiese dormido, como si acabase de cerrar los ojos. ¿Me entendéis?

—Pues no —dijo Cristina rellenando su vasito—. Pero me alegro de que esas sean tus preocupaciones.

—Parece que Laura se ha convertido en una persona normal —dijo María levantando su vaso—. ¡Brindemos por ello!

Las cuatro bebieron y Laura dejó su vaso en la mesa dispuesta a dejar de lado aquella tontería.

—Bueno, hablemos de lo que importa —dijo mirando a Julia—. ¿Te das cuenta de que has sido la primera de nosotras en casarte? Siempre pensamos que la primera sería Cristina.

—¿Yooooo? —La youtuber las miró con los ojos muy abiertos.

—Bueno —dijo María—, siempre has sido la que más ligaba.

—Pero nunca he tenido suerte con mis elecciones —dijo Cristina poniéndose seria—. ¿Os acordáis de Lucas?

Todas asintieron. ¿Cómo no acordarse de él? Cristina tenía dieciséis años y él uno más. Al principio parecía un chico majo.

—Lo que no he podido superar aún es que se lo montase con Patri —dijo Cristina dándole vueltas al vaso vacío—. Parecía una buena chica, a mí me caía bien.

—Incluso la defendiste un año antes, el día que la encontraste acorralada en los lavabos por Silvia y su grupo —dijo María asintiendo.

—Me parecía muy tímida y apocada y no soporto que se metan con la gente tímida y apocada —dijo Cristina mirando a sus amigas—. Cuando veo a alguien metiéndose con personas así me sale la choni que llevo dentro.

Todas se echaron a reír. Sabían muy bien a qué se refería Cristina, la habían visto perder los papeles más de una vez al ver alguna injusticia.

—De verdad, chicas, ya sé que parece que me voy a comer el mundo, con todo eso de ser youtuber y tener miles de seguidores que quieren ver mis vídeos, pero cada día estoy más convencida de que seré una vieja solterona.

La tita Cris, me llamarán vuestros hijos.

—La tita Cris —repitió María riendo.

—No digas tonterías —dijo Julia—. ¿Quién sabe lo que nos depara el futuro? Mírame a mí. La historia de mis padres me marcó de un modo tan profundo que creí que jamás me enamoraría. Y aquí estoy...

Se puso de pie para mostrar su vestido de novia en todo su esplendor.

—La novia más guapa del mundo. —Evan la sorprendió cogiéndola por la cintura desde detrás—. En el futuro se hablará de ti en los libros de texto.

—Los libros de texto no hablan de novias. —Julia sonreía sin girarse a mirarlo.

—Lo harán para poder hablar de ti. —La besó en el cuello y Julia se volvió, sin salir de sus brazos, para besarlo.

Tommy y su marido silbaron durante todo el tiempo que duró el beso y las chicas se miraron con tristeza.

—La echaremos de menos —dijo Cristina.

Laura sintió un escalofrío y los ojos se le llenaron de lágrimas, pero no dijo nada, cogió su vasito y apuró el contenido.

Capítulo 4

—¿Estarás bien? —Cristina la miraba a los ojos con interés sin soltar su abrazo—. Si quieres cambio el billete y me quedo.

María había sacado las maletas del maletero y las colocó junto a Cristina.

—Yo no puedo quedarme —se disculpó—, solo tengo dos días, pero Cristina es su propia jefa, Laura, no seas tonta, si quieres que se quede...

—No necesito que os quedéis ninguna —dijo Laura mirándolas a las dos—. Estoy perfectamente. Bebí demasiado en la boda y dije muchas tonterías.

—Me muero por leer ese artículo —dijo María dándole dos besos y un abrazo—. Estoy segura de que va a ser una pasada.

—Te iremos a recoger al aeropuerto cuando regreses —dijo Cristina tirando de su maleta y caminando hacia la puerta de la terminal—. Hasta entonces, ve contándonos todo lo que averigües.

—Buen viaje, chicas. —Laura las saludó con la mano.

Sintió unas irrefrenables ganas de correr a abrazarlas otra vez. Le había pasado lo mismo al despedirse a Julia y Evan cuando se marchaban para su viaje a Nueva Zelanda, pero igual que aquella mañana, se contuvo. Se metió las manos en los bolsillos traseros de su tejano y las observó desaparecer tras las puertas de la terminal.

Caminó hasta el coche y una vez dentro miró sus notas. Había quedado con Steven MacTavish en Inverness y tenía el tiempo justo para no llegar tarde. Puso el coche en marcha y se alejó del aeropuerto borrando de su mente cualquier cosa que no fuese el magnífico artículo que iba a escribir.

Steven MacTavish había sido profesor universitario. La Historia había sido su profesión, pero ahora que ya estaba jubilado continuaba siendo su pasión. Recibió a Laura en un pequeño saloncito donde, Rose, la agradable mujer que se ocupaba de atenderlo les preparó un delicioso té con pastas. Era un hombre apacible, de esos que da tranquilidad solo verlos. Barba canosa y bien peinada, a juego con un pelo completamente blanco y tan suave a simple vista que parecía hecho de plumas. Sus ojos eran inquietos y curiosos como los de Laura.

—El rey William de Orange tenía claro que debía deshacerse de sus enemigos de una vez para siempre, si quería reinar tranquilo —dijo MacTavish cogiendo una de las pastas de su platito. Se habían metido en faena enseguida que acabaron con los saludos de rigor—. Debía destruir cualquier apoyo de los *Highlanders* a Jacobo II o se vería abocado a una guerra interminable con éxitos y derrotas en los dos bandos.

—Por eso decidió instaurar una amnistía —dijo Laura dejando su taza en la mesa.

MacTavish asintió y terminó con la galleta.

—El camino para vencer a tu enemigo —siguió cuando acabó de masticar—, deberá contar con un gesto de perdón en algún momento. Pero William no podía perdonarlos y ya está, debía hacer que se humillaran aunque solo fuera un poco. Por eso les exigió un juramento de lealtad.

—¿Cree que realmente quería perdonarlos? Yo tengo la impresión de que fue una argucia para hacer un escarmiento.

—Las dos cosas —reconoció el historiador—. Seguro que William quería terminar con el problema de los *highlanders*, pero sin privarse por ello de algún tipo de resarcimiento.

—En el fondo los reyes no son más que hombres —dijo Laura con cierto deje de desprecio—. Incluso a veces parecen niños en un patio de colegio.

—Cierto. Pero no toda la culpa fue de William, Jacobo también tuvo lo suyo. Los jefes de los distintos clanes le enviaron una petición, al que consideraban su verdadero rey, para que les diese su consentimiento antes de hacer dicho juramento, pero Jacobo se tomó con calma lo de responder. Aun sabiendo que el plazo terminaba el 1 de enero de 1692 su respuesta no llegó hasta mediados de diciembre.

—Probablemente no le hizo ninguna gracia dar ese consentimiento. Se sentiría humillado por William y no se le ocurrió otro modo de mostrar su disgusto que poniendo a aquellos fieles hombres en peligro. Niños en un

patio de colegio, lo dicho.

—Sin duda. Estaba entregando un reino que consideraba legítimamente suyo.

—Alasdair Ruadh MacIain MacDonald, no se quedaba atrás en cuanto a orgullo. Aunque hay que reconocer que también tuvo algo de mala suerte

Laura se refería al jefe del clan MacDonald que era el encargado de firmar el juramento en nombre de su clan.

—Bueno —cuestionó MacTavish—, no sé si la suerte tiene algo que hacer aquí. Lo cierto es que MacDonald esperó hasta el último día de diciembre para viajar a Fort William. Eso no fue un gesto muy inteligente por su parte, no creo que los imprevistos fueran algo raro en aquella época, más bien debía ser algo habitual.

—No podía saber que el coronel Hill no le tomaría el juramento —abogó Laura.

MacTavish se encogió de hombros.

—Hill era el gobernador, cualquiera habría pensado que estaría autorizado. No creo que Alasdair lo previera. Pero está claro que se equivocó al echarle un pulso a la corona. Un líder debe pensar en los suyos, no dejarse arrastrar por su orgullo.

—Al no tener poder para tomarle el juramento el coronel Hill lo envió a Inveraray para que jurara ante sir Colin Campbell, con una carta de protección y una nota para sir Colin pidiéndole que validara el juramento dentro del plazo asignado, a pesar del retraso —dijo Laura pensativa—. No parece la actitud de un hombre que quiere arrastrar a otro hasta el patíbulo.

—Posiblemente Hill no lo quisiera, pero tampoco sabemos a ciencia exacta lo que ponía en aquella nota —adujo el profesor—, quizá decía lo que creemos o por el contrario conminaba a Campbell a hacer lo que estuviese en su mano para que no cumpliera con el ultimátum real.

Laura lo miró asombrada de que no se le hubiese ocurrido a ella. MacTavish sonrió.

—Veo que su mente de periodista ya se ha puesto a imaginar. No corra a escribir su artículo, no hay ningún indicio que apoye semejante fantasía.

Pues sería muy interesante, pensó Laura.

—Alasdair se encontró con mal tiempo y además fue retenido por el capitán Drummond en el camino —sentenció MacTavish—, por eso tardó tres días en llegar a Inveraray.

—Y luego tuvo que esperar tres días más a que sir Colin regresara de

pasar el Año Nuevo con su familia —coronó Laura cogiendo una galleta—. Están deliciosas.

—Son un peligro para mis arterias —corroboró el profesor.

—Entonces aceptamos que Alasdair tuvo algo de mala suerte —dijo Laura volviendo al tema.

—Muchos creen que Drummond cumplía una misión, que no fue fortuito que interceptara a MacDonald —insistió el profesor al que no le gustaba dejar los asuntos históricos en manos de la diosa Fortuna.

Para él eso era igual que decir que fue culpa de un mago. Y, por supuesto, la magia no existe.

—Aun así Alasdair hizo el juramento —dijo Laura apartando la vista de las tentadoras pastas y centrándose en el tema.

—Sí, lo hizo y regresó a Glencoe convencido de que había cumplido con el mandato real y que tanto los MacDonald como el resto de clanes que se hallaban bajo su liderazgo, no corrían ningún peligro.

—Pero los mataron a todos —dijo Laura y un estremecimiento recorrió su espina dorsal.

—¿Quieren algo más? —Rose entró en ese momento interrumpiendo la conversación.

—Supongo que le sorprendería mi mail —dijo la periodista después de que terminaran de hablar sobre la masacre de Glencoe.

—Pues lo cierto es que sí, me sorprendió mucho. No es que en estos tiempos no interese la Historia, pero a nadie le parece necesario hablar con viejos profesores sobre ella.

—Le confieso que leí su libro en una noche —dijo Laura muy seria—. Sus páginas están cargadas de pasión.

Steven sonrió satisfecho, pocas cosas pueden resultar más agradables a un escritor que un halago como ese.

—Yo también leí su artículo sobre el hallazgo en la cueva —dijo Steven—, hice que me lo tradujesen. Debió ser impresionante para su amiga.

Laura asintió.

—Aún no han podido identificar quién era el cuerpo momificado, pero nosotras estamos convencidas de que se trata de Margaret.

—Supongo que es una idea muy romántica —dijo el historiador sonriendo—. Podría ser, ambas comparten el hecho de que nadie sabe a qué familia pertenecían, ni se conoce detalle alguno sobre sus vidas.

—Exceptuando su historia de amor de Margaret con Alexander MacDonald —dijo Laura con una sonrisa cómplice.

—Alexander MacDonald desapareció de la faz de la tierra tras el incendio de Turlom —dijo MacTavish pensativo.

Laura asintió.

—Pero no he venido a hablar de Alexander y Margaret. Sobre ese tema ya escribí entonces. Lo que me llamó la atención fue que en su libro habla usted de una corriente de opinión que cree que los Campbell tenían motivos más que fundados para desear masacrar a los MacDonald.

—Yo nunca he creído la teoría de la maldad natural de ese clan. Siempre pensé que a Robert Campbell no le resultaría en absoluto agradable matar a sus anfitriones, a sangre fría, después de que los recibieran en sus casas y los agasajaran como era costumbre en la época. Tan solo era un soldado que cumplía órdenes —dijo rotundo—. No digo que los Campbell no se beneficiaran de colaborar con el rey inglés, lo hicieron y mucho, pero no hay nada que indique que la idea de la masacre fuera instigada por los Campbell. No tenían una motivación real.

—La enemistad de los dos clanes era evidente y conocida...

—Sí, lo era, pero ¿para llegar hasta ese punto? Los Campbell acusaban a los MacDonald de haberles robado unas cuantas ovejas, pero no creo que ese sea motivo suficiente para hacer lo que hicieron.

—Es inconsistente, es cierto —afirmó Laura—, pero podemos aceptarlo como una muestra de cómo debían ser sus relaciones ¿no?

—Podemos, pero es mera especulación. El hecho de que los Campbell fueran amigos de los ingleses debía convertir su convivencia con los clanes jacobinas en un infierno. Eso es un hecho. Acusaron a uno de los clanes afines a los MacDonald de robarles sus animales, otro hecho. Pero matar a hombres, mujeres y niños en plena noche, perseguirlos por la nieve y masacrarlos sin compasión es algo demasiado salvaje para hacerse sin odio. —Se levantó para buscar su pipa—. ¿Le importa que fume?

—No, tranquilo —dijo Laura sacudiéndose las migas de la ropa.

—De todos modos esa es mi opinión y no vale demasiado —dijo el historiador volviendo a sentarse.

Laura sonrió por su modestia. Su opinión era muy respetada.

—Si quiere hacer un buen trabajo de investigación debe hablar con Rowell Done. Para él a los Campbell solo le faltaban los cuernos para ser el mismo demonio. Tiene una bien entramada teoría de por qué los Campbell

odiaban de verdad a los MacDonald. Bien entramada y muy fantasiosa. En especial el suceso que él ha llamado la boda negra.

—He oído hablar de ello, pero no tiene muchos adeptos dentro de la comunidad científica —dijo Laura—. Muchos lo consideran un charlatán.

—Rowell fue amigo mío muchos años, pero ahora se ha vuelto un ermitaño y hace mucho que no lo veo. No es ningún charlatán, tiene un coeficiente intelectual de ciento sesenta y cuatro.

Laura fingió saber lo que eso significaba.

—Es un superdotado con una capacidad de trabajo descomunal. Pero, lamentablemente, carece de inteligencia emocional. Está convencido de que hubo una boda en la que mataron a los hijos de un *laird* de los Campbell.

MacTavish aspiró el humo de su pipa y se deleitó con su sabor antes de volver a expulsarlo.

—Según Rowell, los hijos de un *laird* de los Campbell fueron invitados a la boda del hijo de un jefe del clan MacDonald, con la excusa de acercar posiciones entre ambos clanes. Pero, en realidad, los MacDonald tenían oscuros planes para esos dos jóvenes a los que les cortaron la cabeza sin haberles servido los postres.

—¡Ostras!

—Yo soy de los que creen que es una historia inventada, una fábula que viene a alimentar el folklore nacional. Las rencillas entre Campbell y MacDonalds han dado lugar a muchos cuentos a lo largo de todos estos años.

—¿No han ninguna prueba?

MacTavish negó con la cabeza.

—Rowell Done asegura haber visto documentos que acreditan que estos hechos se produjeron, pero se niega a mostrárselos a nadie.

—Pero un suceso como ese estaría narrado en innumerables libros...

—Para Rowell, después de la masacre de Glencoe, los Campbell disfrutaron de tanto poder que se encargaron de borrar esa rama de los MacDonald por completo. Está convencido de que tu Alexander, el de la historia de Margaret, era ese jefe MacDonald.

—Eso era lo que hacían los faraones egipcios cuando querían borrar del mapa a sus antecesores —dijo pensativa.

El historiador asintió.

—*Damnatio memoriae* —dijo—, se ha hecho a lo largo de la Historia en todas sus épocas y es una idea plausible, pero yo no lo creo. Incluso Akhenaton salió a la luz después de siglos de oscuridad.

—Sería muy interesante poder hablar con el profesor Done —dejó caer Laura.

—Le daré su dirección —dijo MacTavish—. O mejor aún, si quiere le llamo por teléfono y le concierdo una entrevista con él. ¿Qué le parece?

—¿Haría eso? —Laura se sintió enormemente agradecida.

—Ahora mismo, espere aquí —dijo poniéndose de pie y saliendo del saloncito.

Laura se entretuvo mirando los libros que había en las estanterías hasta que el profesor MacTavish regresó.

—Me ha dicho que la espera dentro de dos días, esta es su dirección. — Le dio una tarjeta—. Le ha entusiasmado la idea, dice que debe ser una chica lista si quiere conocer las dos versiones de la historia.

Laura sonrió ante la expresión de irónico humor del profesor y se guardó la tarjeta.

—Supongamos que fue cierto, que la boda negra ocurrió y aquellos dos Campbell murieron a manos de los MacDonald —dijo pensativa—. ¿Cree usted que los Campbell pudieron fraguar una venganza tan terrible? ¿Que matarían personas inocentes, incluso niños, para castigar al otro clan?

El profesor se llevó la pipa a la boca y la miró un largo rato sin contestar.

—La Historia está plagada de momentos de inflexión. Situaciones que han llevado los destinos de miles, de millones de personas, hacia un camino distinto al que en principio deberían haber seguido. Sí, lo creo totalmente posible.

Siguieron hablando durante una hora más y llegó el momento de marcharse. Laura estrechó la mano del historiador agradeciéndole su inestimable ayuda.

—Ha sido de lo más interesante, profesor, me aseguraré de que aparezca su nombre en mi artículo.

—¿Va a quedarse muchos días en Escocia?

—Quince, quiero recorrer los lugares relacionados con la historia que voy a contar. Visitaré los dominios de los Campbell y de los MacDonald. Mañana me daré un paseo por los alrededores de Glencoe y visitaré la cueva —explicó.

—Estuvo un tiempo cerrada al público para protegerla —dijo MacTavish—. Después de que los periódicos aprovecharan para sacar de nuevo la historia de Margaret, las autoridades temieron que se convirtiese en una atracción turística. Pero lo cierto es que nunca va nadie por allí. Al fin y al

cabo solo es una cueva.

Capítulo 5

—¿Quieres que te acompañe?

Laura y Leod charlaban frente a una taza de café en el cuartito, mientras Sam se hacía cargo de la recepción. Laura había cenado con Rosario y cuando la anciana se sentó a ver la tele ella salió a dar un paseo que la llevó hasta el hotel.

—No hace falta —dijo con una sonrisa. Leod era realmente encantador. Ojalá tuviese veinte años menos.

Miró hacia la pared, donde seguían los objetos de los MacDonald.

—ECD —dijo al recordar las siglas que había grabadas en la bolsa.

Leod asintió.

—Esas cosas llevan toda la vida en mi familia. Han pasado de generación en generación hasta hoy, así que está claro que ECD es uno de mis antepasados, aunque no tengo ni idea de quién era. Mi abuelo solía contarme historias sobre él cuando yo era un crío, pero sé que eran falsas porque cambiaba los hechos muchas veces —dijo riendo—. Mi abuelo era muy fantasioso y le gustaba contarnos historias de miedo a mi hermano y a mí. Yo me escondía bajo las sábanas después, cuando me iba a la cama.

Durante unos segundos se quedó mirando el café y dándole vueltas con la cucharilla, como hipnotizado.

—¿Te ha contado Julia que discutimos? —preguntó al fin.

Laura asintió.

—¿Aún estás enfadado?

—No, claro que no —dijo sin apartar la mirada de su taza—. Adoro a Julia, no podría enfadarme con ella aunque quisiera. Me comporté como un

estúpido.

—Ella no quería molestarte.

—Lo sé, si es que a veces parece mentira que tenga la edad que tengo. — Levantó la mirada—. Ese baúl lleva en mi familia toda la vida. No tiene nada de valor, tan solo son documentos, cartas y fotografías. Antes de dárselo a Evan debo meter algo que me represente y no tengo ni idea de qué será. Las tradiciones familiares son un coñazo.

—Pero Julia tiene razón, ese baúl ya no es un simple objeto que ha pasado de generación en generación. Ahora es Historia, Leod. Al menos deberías saber qué valor tiene. Y sabes que no hablo de valor económico.

Leod asintió.

—Lo sé. Y siento mucho haberme puesto como me puse con ella. Espero que Julia me haya perdonado de verdad.

—¿Qué cosas hay en él? —preguntó Laura interesada.

—Pues lo que te he dicho, algunas cartas, documentos comerciales, fotografías. También hay alguna prenda de ropa femenina, un brazalete, varios anillos, un cinturón y algunos utensilios más. Sube a verlo.

—¿Ahora? —preguntó sorprendida.

Leod se encogió de hombros y sonrió.

—Si quieres. Esta noche me toca quedarme en la recepción así que estaré por aquí por si me necesitas.

Laura se puso de pie, no iba a hacerse de rogar.

Entró en la buhardilla y encendió la luz antes de mirar hacia la escalera. Leod le hizo un gesto desde abajo, después se dio la vuelta y desapareció.

El baúl estaba junto a la pared, tal y como le había indicado Leod. Estaba forrado con algún tipo de tela color verde y tenía un cierre en forma de cruz. Aunque estaba segura de que cuando era nuevo el verde de la tela era mucho más intenso, estaba claro que debía ser una tela de calidad para haber aguantado tantos años en un relativo buen estado.

Laura observó a su alrededor. La buhardilla estaba muy limpia y ordenada. Nada que ver con la idea que ella tenía de un lugar como ese. Si fuera suya estaría llena de trastos y polvo. Se sentó en el suelo frente a la cerradura, que alguna vez tuvo una llave y apartó la aldaba para levantar la tapa.

La dejó caer de golpe y apartó la mano con expresión confusa. Aquel

olor... Sacudió la cabeza tratando de deshacerse de aquella estremecedora sensación. Había algo allí que desprendía un olor que le resultaba tremendamente familiar. Volvió a levantar la tapa con prevención y de nuevo el olor entró por sus fosas nasales y llegó hasta su cerebro encendiendo las luces de alguna oscura y abandonada sala de su memoria.

—Huele a algo, sí —susurró—. Las cosas huelen, Laura, agradece que no es un olor desagradable, hija.

Sacó las fotografías y las observó con curiosidad, buscando el parecido físico con Leod y Evan. Revisó los documentos sin prestarles demasiada atención y se centró en el vestido que descansaba en el fondo del baúl.

Era un vestido precioso, color marfil y con pasamanería de oro en el escote. Se puso de pie y con el vestido pegado al cuerpo se acercó a un espejo que había colgado en la pared. Aquel color le favorecía y sonrió al imaginarse vestida con él. Se inclinó como si tuviese a alguien delante.

—Caballero, estaré encantada de concederle este baile —dijo muy seria.

Empezó a moverse por la buhardilla como si realmente estuviese en un baile y alguien la llevase de la cintura, al ritmo de la música. Después de unas cuantas vueltas se detuvo un poco mareada y decidió dejar el vestido en su sitio antes de que lo dañase de algún modo.

Revisó el resto de cosas: un brazalete, varios anillos, un colgante y otras chucherías que no creía que tuviesen mucho valor. Ordenó las cartas y los documentos, colocándolos a la derecha, y el vestido y las joyas a la izquierda. Bajó la tapa y observó la habitación para asegurarse de que lo dejaba todo como estaba. Miró el reloj.

—Las doce y media de la noche —dijo caminando hacia a la puerta—. Mañana cuando suene el despertador no habrá quién se levante.

—Buenos días —la saludó Rosario cuando entró en la cocina ya vestida—. ¿Ha sido muy duro?

—Muchísimo —dijo sentándose en uno de los taburetes frente a la taza de café humeante que Rosario acababa de servirle—. Al final me metí en la cama a la una y media, tengo que agilizar mi rutina de noche.

—¿Tienes rutina de noche? —preguntó la anciana sorprendida.

Laura asintió.

—Sí, sigo la rutina de los siete pasos.

Rosario sonrió divertida.

—¿Siete pasos?

Laura volvió a asentir mientras daba vueltas a la azúcar de su café.

—Primero me lavo la cara con jabón y después paso siete algodones con tónico hidratante por mi rostro y cuello.

—¿Queee? —La anciana ya no pudo aguantarse la risa—. ¿Siete algodones?

—Sí, uno detrás de otro, no todos a la vez. O sea, primero me lavo la cara y me seco, entonces pongo tónico en un algodón y lo paso por toda la cara, espero a que se seque y repito seis veces más antes de...

—¡Dios mío! —Rosario no daba crédito—. ¿De verdad que haces eso todas las noches?

Laura asintió repetidamente.

—Pero eso es estúpido —dijo la anciana—. Ni que trabajaras en una mina de carbón, hija. ¿No te das cuenta de que es una pérdida absurda de tiempo y dinero?

—No puedo dormirme si no me limpio bien la cara, es imposible que me meta en la cama sin hacerlo. Llevo años...

—¿Años? ¡Pero si eres muy joven!

—Si no cuidas el cutis cuando eres joven luego te conviertes en una uva pasa —dijo Laura cogiendo poniendo dulce de leche a su tortita.

—¿Te parezco una uva pasa? —preguntó Rosario inclinando la cabeza.

—Seguro que tú cuidaste muy bien tu cutis —aseguró. Rosario tenía una piel tersa a pesar de las arrugas y su cuello sería la envidia de muchas famosas más jóvenes que ella.

—Mi rutina diaria, como tú la llamas, consistía en lavarme la cara todas las noches con jabón. Eso sí, de pastilla y natural. Por la mañana me lavaba de nuevo, pero esta vez solo con agua.

—Habrás utilizado alguna crema carísima...

—La Nivea de toda la vida.

Laura abrió los ojos y la boca como si Rosario estuviese blasfemando en una iglesia ortodoxa.

—Una vez a la semana me embadurno, cara, cuello y pelo, de aceite de coco. También me tomo una cucharada y la mantengo en la boca durante quince minutos. Después me enjuago la boca y me lavo todo lo demás para retirar todo el aceite. Es un tratamiento natural que sigo desde que cumplí los cincuenta años. Antes de eso me lavaba la cara y Santas Pascuas.

—No es posible.

—Toca, toca —dijo la anciana inclinándose para acercarle la cara.

Laura obedeció y la suavidad del cutis de Rosario solo podía compararse al tacto de la seda.

—Pero, es imposible que solo hayas utilizado eso... ¡Yo tengo cremas que valen más de cien euros! ¿Nivea? ¿En serio?

Rosario asintió sonriendo.

—¡Ay, muchacha! ¡Como dejáis que os tomen el pelo!

—No me lo puedo creer —dijo Laura terminándose la tortita.

—Bueno, dejemos de hablar de tonterías y cuéntame, ¿cómo llevas el artículo?

—Ayer tuve una entrevista muy interesante con Steven MacTavish y mañana veré a otro historiador.

—¿Y hoy?

—Hoy voy a Glen Coe. Quiero visitar la cueva.

—¿No has estado? —preguntó Rosario sorprendida—. ¿Julia no os llevó la primera vez que vinisteis?

Laura asintió.

—Sí, ¿no te acuerdas? Me torcí un tobillo y no pude llegar. Me quedé en una cafetería y las chicas hicieron una visita rápida para no dejarme sola mucho rato. Dijimos que volveríamos, pero siempre encontrábamos cosas más interesantes que hacer. He pensado que si voy a escribir un artículo en profundidad debo conocer el lugar en el que Julia encontró a Margaret ¿no crees?

—Por supuesto —afirmó Rosario—. Pero, vamos, que tampoco es la octava maravilla del mundo. Ya verás que es más bien poca cosa. Y ve con cuidado, siempre has sido la más patosa de las cuatro.

—Vaya, gracias —dijo Laura riendo—. Julia me hizo un dibujo para asegurarse de que no me caía por el agujero, como ella. De todos modos, sabes a donde voy, si no estoy aquí a la hora de comer manda a los bomberos a buscarme. Pero asegúrate de que son como los de las pelis.

Laura levantó la mirada hacia *Las tres hermanas* y la magnificencia de aquellas montañas la hizo suspirar. El lugar era tal y como Julia se lo había descrito. «La primera vez que alzas la vista y las ves te quedas sin aliento», le

había dicho. Y era cierto. Laura estuvo allí un buen rato disfrutando de la estampa, empapándose de aquella atmósfera melancólica que dibujaba sombras en las montañas. Se miró los pies e hizo un gesto de advertencia.

—Hoy vengo sola, ni se os ocurra fallarme —dijo como si hablara con un niño desobediente.

A diferencia de la otra vez, en esta ocasión llevaba unas zapatillas de lona y cordones. Las sandalias no eran una buena idea con aquel terreno tan abrupto. Emprendió la subida sin más paradas, rezando porque aquellas amenazadoras nubes no descargaran.

La boca de la cueva era muy grande y la luz entraba sin problemas hasta la mitad. Se había asegurado de cargar al máximo la batería de su móvil y preparó la linterna para adentrarse en la parte más oscura de la gruta. No tenía intención de investigar demasiado, pero quería ver lo suficiente como para poder demostrar en su artículo que había estado allí.

Dos metros más adentro percibió una suave brisa que venía de la oscuridad. Apuntó hacia ella con su móvil y vio que había una pared y que la gruta continuaba a la derecha. Frunciendo el ceño siguió para ver la abertura de la que provenía la entrada de aire. Según recordaba, en el dibujo de Julia la cueva se desviaba a la izquierda, no a la derecha, pero tampoco es que ella fuese muy buena orientándose, probablemente se habría confundido. Si no se lo hubiese olvidado en casa de Rosario lo comprobaría.

El pasadizo se estrechaba y por un instante dudó si darse la vuelta, pero la curiosidad era algo innato en una periodista por lo que decidió continuar. Puso una mano en la pared de roca y sintió un estremecimiento en la base del cráneo justo antes de que el suelo empezase a temblar. Se quedó quieta mientras su corazón latía desbocado. ¿En serio? ¿Un terremoto justo ahora?

La cueva no dejaba de temblar y las paredes a su alrededor emitían sonidos aterradores que parecían anunciar la inminente caída del techo sobre su cabeza. Se dio la vuelta dispuesta a salir de allí cuanto antes, tropezó con una piedra, perdió el equilibrio y se le cayó el móvil de las manos. Como si hubiese una sima profunda a sus pies el teléfono desapareció. Ni rastro de la luz de la pantalla. Su primer impulso fue agacharse a recuperar el celular, pero la cueva seguía temblando y lo más urgente era salir de allí.

Agarrándose a la pared y luchando por controlar el pánico logró llegar hasta la curva del camino y se encontró de nuevo en la sala grande frente a la entrada. Echó a correr como si la persiguiese el mismísimo diablo y salió de aquella gruta sin mirar atrás.

—¡Dios! —exclamó recuperando el aliento una vez que se alejó de la entrada y estuvo segura de que el suelo había dejado de temblar—. Menudo susto.

Le dolía el pie, se sentó en una piedra y se quitó la zapatilla y el calcetín para asegurarse de que no estaba hinchado. Se lo había vuelto a torcer. Lo masajeó sin dejar de mirar hacia la entrada de la cueva. No parecía haber sufrido ningún desperfecto a pesar de lo mucho que había temblado el suelo y del estruendo que se escuchaba allí dentro.

Miró hacia abajo, tenía un buen trecho hasta llegar al camino. Cuanto antes se pusiera a ello mejor. Debía ir con calma si no quería acabar con su tobillo.

El descenso fue lento pero seguro. La torcedura aguantó bien y una vez en el camino volvió a sentarse para masajear el pie y ayudar a que la sangre circulase, tal y como le había enseñado el fisio.

Cuando se puso de pie y miró a su alrededor frunció el ceño desconcertada. Hubiera jurado que allí delante había una carretera. De hecho la dueña de la cafetería en la que había parado a tomar un café después de aparcar le dijo que podía llegar con el coche hasta allí. Ella le había explicado que prefería caminar porque sus amigas le habían dicho que no era lo mismo acercarse a *Las tres hermanas* en coche, algo con lo que la dueña estuvo totalmente de acuerdo.

Se sacudió los pantalones y se apartó el pelo de la cara, ojalá hubiese cogido una goma de pelo. Empezó el camino de regreso al pueblo pensando en el artículo y escribiendo mentalmente una narración, un poco exagerada, de su aventura en la cueva. Nada que no fuese verdad, pero sí un poco aumentada para que los lectores disfrutasen. Esas cosas gustan mucho.

Todo el mundo que conocía a Laura Martos sabía que su poder de abstracción no tenía parangón. De haber estado atenta se habría percatado de las tres sombras amenazadoras que la seguían.

Capítulo 6

Se detuvo en seco al ver que tres hombres la rodeaban. Frunció el ceño al ver que llevaban el traje típico de los *highlanders*, un kilt que combinaba el verde y el azul, dos colores que, a su juicio, no pegaban ni con cola. Pensó que debían ir camino de algún evento histórico de esos que suelen organizarse para turistas.

—Hola —saludó forzando una sonrisa—. Bonito traje.

Ninguno dijo nada y solo se escuchó el sonido del viento y algún que otro pájaro.

Los tres hombres se parecían mucho, aunque uno de ellos era claramente mayor que los otros dos. Los más jóvenes la miraban como si fuese una pata de cordero recién asada y llevasen una semana sin comer. Uno tenía un parche en un ojo, como un pirata, y el otro tenía la mejilla adornada con una profunda cicatriz. Laura se estremeció. Si eran actores estaban demasiado bien caracterizados. Hay que ver lo mucho que se lo curran, pensó.

—Está demasiado flaca —dijo el mayor mirándola de arriba abajo—. Y esa ropa... parece que la hayan embutido como a un chorizo.

—Mire padre, se le marcan los pezones —dijo el del parche al tiempo que se acercaba y, sin ningún reparo, le pellizcaba en uno de sus pechos.

Laura le quitó la mano de un manotazo y dio un paso atrás, pero entonces el de la cicatriz la agarró por la espalda y la inmovilizó.

—Huele muy bien, padre —suspiró—. Como las flores en primavera.

Le dio un lametón en el cuello y a Laura le dio escalofríos notar su boca húmeda. Forcejeó tratando de apartarse y él la estrechó con mayor violencia.

—¡Suéltame! —gritó aterrada.

El que la había pellizcado en un pezón aprovechó que su hermano la tenía bien sujeta y metió una mano dentro del sujetador sin ninguna delicadeza. Aquella brutalidad despertó una parte de sí misma que desconocía y, sin pensar, le propinó una potente patada en la entrepierna para, inmediatamente, sacudir la cabeza hacia atrás, como había visto hacer en muchas películas. El dolor estalló en su cerebro irradiando por todo el cráneo, pero los gemidos que escuchó a su espalda y ver al del parche en el ojo retorciéndose en el suelo le dio la fuerza suficiente para echar a correr como una loca.

—¡Maldita zorra! —gritó el del parche mientras su padre corría tras ella y la apresaba.

Ni siquiera vio venir la mano que le propinó un terrible golpe con inusitada violencia. Laura cayó al suelo con un grito que llevaba mezclado el terror y la sorpresa a partes iguales.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Animales! —gritó mirando al que la había golpeado que se inclinaba para agarrarla—. ¡Suéltame!

a miraba ahora con los ojos más crueles que ella había visto nunca.

—Cuando terminemos contigo no te quedaran fuerzas para pegarle a nadie —dijo con la mirada más cruel que Laura había visto nunca y agarrando su blusa la desgarró de un solo tirón haciendo saltar todos los botones por los aires y dejando el sujetador expuesto.

—¡Torquhil! —gritó—. ¡Ven aquí y sujétala bien esta vez!

El de la cicatriz se acercó con expresión furibunda y la nariz sangrando. La agarró por los brazos igual que antes y se inclinó sobre su oído derecho.

—Como vuelvas a golpearme te juro que te meteré el puño por la garganta hasta ahogarte.

Laura se estremeció de terror. Aquello no podía estar pasando. Tenía que llegar alguien. ¿Dónde estaban los turistas?

—¿No tendréis un poco de agua, por casualidad? Llevo varios días cabalgando y se me ha terminado.

La voz masculina sonó detrás de ella y Laura se volvió hacia el recién llegado con mirada suplicante.

—¡Por favor! ¡Ayúdame! ¡Van a violarme! —gritó.

—Vaya —dijo el desconocido bajando de su caballo—, parece que la señorita no se encuentra cómoda con la situación.

—¿Connell? —el que parecía el padre de los otros dos se encaró a él—. ¿Te han soltado?

—Eso parece —dijo el recién llegado.

—Lárgate, Connell —dijo el que tenía un parche en el ojo, aún dolorido por la patada—. Aquí no hay nada para ti.

—No seas imbécil, Patrick. Connell lleva mucho tiempo sin catar hembra. No creo que los ingleses se hayan preocupado de aliviar sus necesidades masculinas —dijo su padre.

Los hijos se rieron a carcajadas.

—¿Te la has meneado mucho, Connell? —El del parche, al que su padre había llamado Patrick, añadió un gesto obsceno a sus palabras.

—Veo que tus modales no han mejorado nada durante el tiempo que he estado fuera, Patrick —dijo Connell.

Laura lo miraba ansiosa, sin saber si iba a ayudarla o se iba a unir a la fiesta. Era enorme y sin embargo sus movimientos eran suaves. Tenía el pelo rojo y le caía en mechones hasta las mejillas. Los músculos de sus brazos se marcaban con cada gesto y era ágil como un gato, a juzgar por cómo acababa de saltar sobre una piedra para después caer al otro lado. Pero lo que la sorprendió más era el parecido con...

—Tal y como yo lo veo —dijo el escocés recostándose contra la piedra y cruzando los brazos delante del pecho—, esta señorita no está de acuerdo en satisfacer vuestras necesidades, así que tenéis dos opciones: os marcháis por dónde habéis venido y os lleváis vuestras cosas u os marcháis por dónde habéis venido con unos cuantos golpes muy dolorosos y algún miembro amputado.

El que parecía el padre se volvió a mirarlo con expresión irónica.

—¿Nos vas a sacudir a los tres? Está claro que la zorra de tu madre no tuvo tiempo de enseñarte a contar antes de palmarla.

—Esos modales, Frederic —dijo aquel al que habían llamado Connell—. Esa no es manera de hablar delante de tus hijos. ¿Qué clase de educación les estás dando?

—Acabemos con él, padre —dijo Torquhil al tiempo que aumentaba la fuerza con la que sujetaba a Laura.

Ella se revolvió con violencia, pero no consiguió soltarse. Miraba a Connell con la súplica en los ojos. Estaba aterrada y al parecer aquel solitario y extraño escocés, que también vestía la típica falda escocesa, en su caso roja y verde, era su única salida.

—Marchaos por donde habéis venido —insistió Connell apartándose de la piedra y sacando su espada—. Estaba cabalgando tranquilamente hacia mi casa, quería llegar a cenar al castillo y comerme un buen asado. Llevo una

larga temporada lejos de Turlom, como sabéis, y lo único que quiero es comer y tumbarme en mi cama.

—Creíamos que estabas muerto —dijo Patrick.

—Pues no siento decepcionaros —dijo—. ¿Sabéis a qué he dedicado todo este año que he estado preso?

Dobló el brazo que sostenía la espada y se apartó la tela de la manga de la camisa para mostrar un enorme músculo.

Patrick frunció el ceño con preocupación.

—Recuerdo que la última vez que me peleé con vosotros perdiste algo, ¿verdad Patrick?

El susodicho se llevó una mano al parche.

—Y a ti te dejé un bonito adorno en la cara —dijo Connell mirando ahora a Torquhil—. No sabéis lo mucho que he aprendido este año. Los ingleses también tienen cosas que enseñar, no penséis.

—No queremos más problemas contigo —dijo Frederic claudicando al fin—. Torquhil, suéltala, nos marchamos. Puedes quedártela para ti solo. Después de todo está demasiado flaca para soportarnos a los cuatro.

Hizo un gesto a sus hijos que con reticencias obedecieron a su padre. Dieron la vuelta en busca de sus caballos y se alejaron de allí sin volver la vista atrás.

Cuando los tres violadores se hubieron alejado lo suficiente, el escocés con falda roja y verde envainó su espada, caminó hasta su caballo y volvió a subirse a él.

—¿Vas a dejarme aquí? —preguntó Laura asustada.

El hombre giró su caballo y se colocó frente a ella.

—Sigue por ahí y llegarás al pueblo —dijo mirándola con una ceja levantada.

—Pero puedo volver a encontrármelos. —Laura trataba de arreglarse la camisa de manera que le tapase el sujetador.

—Te aconsejo ponerte ropa algo más decente —dijo él—. Así vestida volverás a tener problemas.

Encaminó el caballo en la dirección que pensaba seguir e inició el paso.

—¡Espera! —gritó Laura corriendo hasta él y agarrando las correas de su montura—. No sé qué está pasando.

El jinete la miró interrogador.

—Estaba en la cueva y el suelo ha empezado a temblar y cuando he salido todo está... diferente.

Connell miró a su alrededor. Él llevaba un año fuera, pero lo veía todo exactamente igual que siempre.

—Mira, mujer, estoy muy cansado. Como he dicho llevo días cabalgando y estoy deseando llegar a...

—Me llamo Laura Martos —dijo la joven tendiéndole la mano.

El escocés la miró desconcertado y poco a poco una sonrisa se dibujó en su boca.

—Connell MacDonald —respondió cogiéndole la mano y llevándosela a los labios.

Laura la apartó rápidamente sintiéndose aún más confusa.

—No eres de por aquí —dijo él empezando a comprender—. Ese acento tan peculiar...

—Española.

Connell asintió. Quizá eso explicase su extraño atuendo, aunque él había conocido a unos cuantos españoles y ninguno vestía así.

—Tienes el tobillo muy hinchado —dijo señalándolo—. Así no podrás caminar mucho. ¿A dónde te diriges?

—A la cueva —dijo Laura señalándola.

—¿A la cueva? —El rostro del escocés se descompuso en una mueca divertida—. ¿Vives ahí? ¿Eres una druida?

Laura lo miró malhumorada. Tenía que estar soñando, eso era. Aquello no estaba pasando de verdad.

—¿En qué año estamos? —preguntó de pronto.

—1691, creo —respondió socarrón.

—No puede ser —susurró Laura riéndose—. Me he debido dar un buen golpe en la cabeza y estoy inconsciente en la cueva. ¡Estoy soñando de nuevo!

Connell la miró ahora serio, empezaba a pensar que aquella pobre mujer estaba loca. Quizá el terror que había pasado la había desquiciado hasta el punto de desvariar.

—Así que te llamas Connell MacDonald —dijo mirándolo con atención—. Te pareces muchísimo al marido de mi amiga. Precisamente estoy aquí por su boda.

La mirada del joven cambió.

—¿Has venido para la boda de Luke? —preguntó molesto—. Y, por

cierto, yo no me parezco en nada a ese mentecato. No vuelvas a decir semejante cosa.

Laura entrecerró los ojos mirándolo con curiosidad.

—¿Te alojas en el castillo de mi...? ¿Del *laird*?

—¡No! Tengo que regresar a la cueva... —insistió decidida y consciente de que aquel escocés engreído y antipático no iba a ayudarla comenzó a caminar dando saltitos.

El escocés se cruzó de brazos observándola desde su montura. Recorrió tres metros antes de caer al suelo gimiendo de dolor.

—Con ese pie no caminarás mucho sobre esas piedras —dijo Connell sin inmutarse—. Si eres capaz de volver hasta aquí, te llevaré conmigo. La boda es en un mes, tienes tiempo de sobra de recuperarte.

Laura miró hacia arriba de la montaña. Se puso de pie y fue arrastrándolo hasta el caballo.

—No voy a cuestionarme nada de lo que has dicho —dijo Connell observándola desde el animal—, no tengo cabeza para eso en estos momentos. Mi casa está en dirección contraria al castillo de mi padre, y no voy a cambiar mis planes por ti. Te ofrezco mi hospitalidad y, cuando estés restablecida, haré que te lleven a Broch Deich. Una vez acabe la ceremonia y los festejos podrás volver con las hadas que se ocultan en esa cueva.

Laura tuvo que reconocer que aquel rudo escocés tenía razón, de ningún modo iba a poder subir hasta la cueva con el pie como lo tenía. Lo único que quería era una cama para dormir. Tenía que despertar de aquel horrible sueño cuanto antes. Se agarró al brazo que le ofrecía y Connell la levantó en el aire y la sentó delante de él.

—Agárrate a la crin —ordenó mientras iniciaban la marcha.

—¿Qué es Broch Deich? —preguntó Laura después de unos cuantos metros.

—Está claro que no llevas mucho por aquí. Es el castillo de mi padre y el lugar en el que se celebrará la boda de Luke. ¿No te lo dijo Karen?

Laura frunció el ceño mientras su mente trabajaba en aquella curiosa trama que había ideado su cerebro. Karen debía ser la mujer que iba a casarse con Luke, que era su hermano.

—Claro, por eso me sonaba el nombre —mintió sonriendo sin que él la viese.

—De ahora en adelante debes tener cuidado con los Campbell —dijo con voz grave—. Ahora te odian por mi culpa, y esos tres son de la peor calaña.

—Claro porque antes me adoraban —dijo ella moviendo la cabeza.

Connell sonrió y durante un buen trecho avanzaron en silencio.

Laura buscaba alguna explicación lógica a aquel sueño. De nuevo aparecía Evan, aunque en esta ocasión podía percibir claras diferencias entre Connell y el marido de Julia. Connell tenía el pelo más claro y largo, sus ojos eran penetrantes y nada suaves y su voz mucho más dura. En cuanto a su cuerpo... Evan era un hombre sumamente atractivo, pero no tenía aquellos descomunales pectorales ni los hombros tan desarrollados. Y sus labios... Sonrió turbada por sus pensamientos.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Connell que había visto su sonrisa al girar la cabeza para contemplar el paisaje.

—Pues que para ser un sueño, todo esto resulta bastante real —dijo Laura sin prevención—. Suelo soñar mucho. Bueno, antes soñaba mucho. Ahora llevaba un tiempo sin soñar. Desde que soñé contigo.

El escocés frunció el ceño desconcertado.

—¿Soñaste conmigo?

Laura asintió sin borrar su sonrisa.

—Creí que era Evan, pero ahora veo que eras tú. No sois exactamente iguales, pero os parecéis bastante.

Connell seguía confuso.

—No ocurrió nada impúdico entre nosotros —continuó Laura—. Yo respeto mucho a Evan, lo aprecio sinceramente, pero como a un hermano. Aunque yo no he tenido hermanos. Mis padres son padres adoptivos, así que tuvieron que conformarse conmigo.

—¿Los Campbell te han golpeado en la cabeza?

—En realidad yo le golpeé a él con la cabeza —dijo Laura riéndose—. Lo había visto en muchas películas, pero nunca lo había hecho. ¡Ha sido genial! Creo que le he roto la nariz.

—Pues creo que a ti también te ha dado fuerte —dijo él—, no dices más que tonterías.

—¡Oye! —exclamó Laura girándose para mirarlo—. ¡Estás en mi sueño, haz el favor de ser un poco más amable!

—Tenemos un largo camino hasta Turlom, espero que en tu estado puedas soportarlo. Una buena cena y una larga noche de sueño te ayudará a recuperarte.

—¿Mi estado? —Laura volvió a mirarlo con desagrado—. Lo dicho, para estar en mi sueño eres un muy impertinente.

Laura decidió seguir con sus pensamientos en silencio. El paisaje resultaba de lo más real, como reales eran los movimientos del cuerpo que tenía pegado a su espalda y el olor que desprendía el escocés al que le iría bien un buen baño.

Bajó la mirada a los musculosos brazos que sostenían las riendas del caballo al tiempo que la mantenían en la posición correcta. Se mordió el labio, preocupada. Todo era demasiado real, nunca había tenido un sueño tan nítido. Miró hacia el camino dispuesta no pensar. No permitiría que el pánico hiciese presa de su ánimo, ya había tenido bastante terror por un día. Y de ningún modo estaban en el siglo XVII. Eso era imposible.

Capítulo 7

Empezaba a anochecer cuando vislumbraron la silueta del castillo. Laura estaba cansada y le dolían todos los huesos, además del entumecimiento que sentía en el tobillo. Siendo un sueño deberían haber llegado en un instante, sin embargo habían vivido cada hora de aquel trayecto. A pesar de todo eso no pudo evitar sentir una punzada de emoción al ver la torre que se elevaba por encima del resto y que parecía un montículo rocoso, más que parte de una edificación.

—Ya estamos en Turlom —musitó Connell—. Es gratificante regresar a casa.

Laura se había recostado contra su pecho sin darse cuenta y los dos se movían al unísono con la cadencia del caballo. Habían recorrido un angosto paisaje juntos y ahora avanzaban por el sendero que los llevaría hasta la puerta del castillo que, según se acercaban, se iba haciendo cada vez más grande e imponente.

—¿Tiene tres plantas? —preguntó.

—Sí —respondió escueto.

Dos grandes perros salieron de detrás del castillo y corrieron hacia ellos ladrando con gran estruendo. Connell saltó del caballo y se agachó a abrazarlos restregando su rostro con los de los dos chuchos.

—Tranquila, no hacen nada, son mansos como las gallinas —dijo Connell riendo—. Hace mucho que no me ven, por eso están tan eufóricos. Te presento a Jock y Lis. Chicos, esta es Laura.

Después de unas cuantas carantoñas más, el escocés se incorporó de nuevo y se acercó al caballo para ayudarla a bajar. En lugar de sujetarla como

antes y ayudarla a caminar, Connell optó por cogerla en brazos y entrar en la casa con ella.

—¡Dios bendito! —exclamó una mujer que había salido a recibirlos—. ¡Dios bendito!

—Mayssie, tranquila —dijo Connell riendo—, tan solo está lesionada y no puede caminar.

—¡El señor ha regresado! —gritó la mujer eufórica—. ¡Dios bendito!

Connell entró en la casa mientras el servicio acudía desde distintos lugares para comprobar con sus propios ojos que lo que Mayssie gritaba era cierto.

—¡Señor Connell! —un hombre de edad avanzada lo miraba con solemnidad—. Hemos rezado mucho por usted.

—Lo sé, lo sé, Ranald y como ves vuestros rezos han surtido efecto —dijo sonriendo—. Luego hablamos, ahora voy a llevar a esta señorita a una habitación para que descanse. Se ha hecho daño en un tobillo.

—Enviaré a Marie para que la atienda, señor —dijo el criado—. Y bienvenido. Es una alegría.

—¿Entonces no es su novia? —insistió Mayssie siguiéndolo a las escaleras—. Esta casa necesita una mujer, señor MacDonald, y usted también.

—Mayssie, para qué quiero más mujer teniéndote a ti. Deberías casarte conmigo de una vez.

—¡Pero qué cosas dice! —Mayssie se rio a carcajadas, adelantándose—. Déjeme que abra la puerta.

Connell la depositó sobre la cama con delicadeza, mientras la criada recorría las cortinas y abría la ventana.

—Ordena que nos preparen el baño, Mayssie. Yo huelo como un zorro y ella necesita relajarse —ordenó caminando hacia la puerta—. Y sirve la cena a las ocho. ¡Estoy hambriento!

Laura lo vio salir del cuarto con expresión embobada y después volvió la cabeza hacia Mayssie que la observaba con los ojos entrecerrados.

—¿Qué clase de ropa lleva puesta? —preguntó sin poder contenerse.

Laura se miró y volvió a mirarla antes de responder.

—Soy de España —dijo encogiéndose de hombros.

El baño le sentó de maravilla y el dolor del pie pareció calmarse después

de permanecer en el agua durante un buen rato con aquellas hierbas que Marie había esparcido por el agua.

La criada la ayudó a secarse y vestirse, lo que a Laura le resultó muy raro, y después la acompañó hasta el comedor, donde Connell la esperaba para empezar a cenar.

—Siento haber tardado —dijo colocándose la servilleta sobre el regazo—. No estoy acostumbrada a... todo esto.

—Esa ropa te sienta muy bien —dijo Connell visiblemente admirado.

Laura sintió que se ruborizaba y centró la atención en su plato. Verduras y un gran trozo de carne grasienta con una salsa brillante y oscura. Aquello debía tener un millón de calorías.

—Come —ordenó Connell—, tu cuerpo no tiene reserva ninguna y hoy has tenido muchas emociones.

Laura movió el pedazo de carne con el tenedor y le dio varias vueltas antes de decidirse a atacarlo con el cuchillo. Le sorprendió la textura suave de la carne y el delicioso sabor de la salsa.

—Y dime, Laura, ¿de qué conoces a Luke? Es un poco extraño que hayas venido desde España tú sola para asistir a la boda de mi hermano.

—No, yo...

—¡Connell, bribón! —La puerta del comedor se abrió y un hombre barbudo de gran tamaño irrumpió en la habitación yendo directamente hacia el escocés, que se puso de pie y se abrazó a él dándole sonoras palmadas en la espalda.

—¡Malcolm! ¡Viejo cascarrabias!

—¿A quién llamas viejo? Cuando tú tengas mi edad tendrán que sonarte los mocos.

Laura siguió comiendo sin dejar de observarlos, después de todo aquel era su sueño y no quería perderse nada. El hombretón se volvió hacia ella entonces y la miró con curiosidad.

—¿Los ingleses te han soltado y encima te han dado una mujer? —Se acercó a Laura y el fuerte olor que despedían sus ropas hizo que la joven arrugase la nariz involuntariamente.

—Ha venido a la boda de Luke y la encontré teniendo una mala conversación con Frederic Campbell y los dos tarados que tiene por hijos —explicó Connell volviendo a su sitio en la mesa—. Siéntate a cenar con nosotros. Mayssie, ponle un plato a mi tío.

La criada ya venía preparada para ello y se apresuró a colocar las cosas

para que aquel al que habían llamado Malcolm se sentara cuanto antes y dejase de hacerle cosquillas.

—Veo que sigues teniendo las manos tan largas como siempre, Malcolm MacDonald —dijo mirándolo con fingido enfado—. Siéntate de una vez en esa silla si no quieres que te rompa la cabeza dura esa que tienes.

—Mírala, en el fondo se muere por mis huesos —dijo el tío de Connell obedeciendo.

—Voy a ordenar que te preparen el baño para quitarte esa mugre que te acompaña —sentenció Mayssie caminando hacia la puerta y saliendo del comedor.

Malcolm acercó su nariz a una de sus axilas y aspiró con fuerza.

—No huelo nada —dijo encogiéndose de hombros.

«Pues necesitas una nariz nueva, esa ya no te sirve» —pensó Laura bajando la mirada a su plato para disimular.

—Así que tuviste un encuentro con los Campbell —dijo Malcolm al tiempo que se servía un gran trozo de carne.

Laura asintió pero no dijo nada.

—¿Es muda? —preguntó a su sobrino.

Connell sonrió y negó con la cabeza.

—No. Es española, pero chapurrea lo suficientemente bien nuestra lengua como para que incluso tú la entiendas.

Malcolm la miró con fijeza esperando que dijese algo, pero Laura no sabía qué decir y siguió comiendo como si no hablasen de ella.

—Imagino que te has librado de los Campbell con una buena dosis de mamporros.

—No ha hecho falta. Frederic no quería jaleos.

—Supongo que tu aspecto le ha quitado las ganas de ello —dijo Malcolm—. ¿Qué has estado haciendo en esa cárcel para haber desarrollado así esos músculos?

—Tenía mucho tiempo libre —dijo Connell encogiéndose de hombros.

—¿Y qué vas a hacer con ella?

—Le he ofrecido mi hospitalidad hasta que se recupere. Después haré que la lleven a Deich.

—¿No vas a ir a la boda? —Malcolm se puso serio—. Es una buena excusa para hacer las paces con tu padre y recuperar el sitio que te corresponde.

—Yo ya estoy en el sitio que me corresponde —dijo Connell con una

mirada helada que hizo que Laura dejase de comer—. Soy un bastardo y mi padre me quiere lejos de él. Turlom es mi hogar y lo único que necesito después de una guerra y la prisión es un poco de paz.

—¿Crees que eso es posible? —preguntó Malcolm poco convencido.

—Mientras Jacobo siga en Francia...

—¡Ya basta!

Los dos hombres miraron a Laura sorprendidos. La joven se había puesto de pie empujando la silla y tirando la servilleta sobre el plato con cierta violencia.

—Vamos a ver. Pase que la comida tenga sabor, que el olor que desprende este horrible hombre me llegue a través de la mesa, todos sabemos que los sueños pueden ser tremendamente realistas, pero es que ahora mismo me estoy meando y eso sí que no puede pasar en un sueño. Todo el mundo sabe que si sueñas que meas, mojas la cama, y yo dejé de mojarla hace muchos años. Así que ya está bien, esto tiene que acabarse aquí y ahora. Solo falta que tenga que ir a mear al campo o a uno de esos lavabos de madera horribles y llenos de bichos.

Los dos hombres la miraban con expresiones que iban de la curiosidad a la estupefacción. Laura se puso las manos en la cintura y golpeó con el pie el suelo durante unos segundos.

—Que está muy bien esto de soñar con el pasado, y es divertido imaginar que lleva estos vestidos —dijo sacudiéndose la falda—, pero no creo que sea bueno que esté tumbada en la cueva tanto rato a mis cosas. Si tardo demasiado en despertar a saber lo que puede ocurrirme. Podría haberme abierto la cabeza en la caída...

—Está como una cabra... —dijo Malcolm frunciendo el ceño y sin dejar de mirar a Laura con la boca abierta.

Connell se recostó en el respaldo de la silla y apoyó las manos en los reposabrazos mirándola con preocupación.

—¿Por qué me miráis así? —Laura se acercó a él con decisión—. No digo que no seáis personajes interesantes, lo parecéis al menos, aunque mi cerebro no ha creado demasiada información sobre vosotros... Vamos a ver —empezó a pasearse alrededor de la mesa—. Malcolm es tu tío, probablemente hermano de tu padre. Él ha cuidado de ti porque no te llevas bien con tu progenitor. Es típico, pero efectivo. No tengo claro por qué te detuvieron los ingleses, pero siendo escocés y estando en 1691, el rey Jacobo tuvo algo que ver. Debiste luchar en uno de los levantamientos, claro. Pareces

el clásico personaje masculino atormentado por alguna desgracia del pasado...

—¿No deberías buscar un médico? —preguntó Malcolm mirando a su sobrino—. Está claro que está delirando.

—Sospechaba que no solo se había hecho daño en un tobillo —aseveró Connell poniéndose de pie—. Voy a decirle a Mayssie que mande a buscar al doctor Anderson.

—¿Adónde vas? —le espetó Laura con las manos en la cintura.

Connell se detuvo sorprendido por su vehemencia.

—Necesitas un médico —dijo muy serio.

—¿Un médico para qué? ¿No sabes que en un sueño no puedes hacerte daño? Mira. —Laura se dirigió a la mesa, cogió el cuchillo con el que había cortado la carne y sin dudar lo pasó por su antebrazo.

La sangre empezó a brotar al tiempo que la joven lanzaba un alarido de dolor y soltaba la herramienta con espanto.

—¡Me he cortado! —exclamó—. ¡No puede ser! ¿No ves que estoy sangrando? Dios, esto no está pasando. No esta...

Connell corrió hacia ella y la cogió antes de que cayese desmayada.

Laura abrió los ojos lentamente. La habitación estaba en semipenumbra, tan solo una vela titilaba sobre la mesilla de noche. Todo estaba en silencio hasta que ella lanzó un largo y sentido suspiro. Se incorporó apoyándose en los codos y gimió al notar el dolor del brazo. Se lo habían vendado y también le habían puesto una especie de camisón.

Se dejó caer en los almohadones y fijó la vista en el techo. Iba a tener que ir aceptando la idea de que aquello no era ningún sueño. Le gustase o no, estaba en el siglo XVII. Era una locura y el mero hecho de planteárselo le hacía darse cuenta de que probablemente su cerebro había dejado de funcionar de manera racional. Se miró la herida del brazo. Era real, muy real. Desde luego, no estaba soñando.

Al mirar hacia la ventana vio la figura masculina recortada por la luz de la luna. El escocés se volvió hacia ella y, al ver que ya había despertado, se acercó hasta sentarse en la cama.

—Por fin despiertas —dijo con una sonrisa.

Laura sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Un profundo sentimiento de pérdida se apoderó de su ánimo. Estaba en un mundo hostil al

que no la ataba nada ni nadie. No tenía adónde ir ni a quién acudir para pedir ayuda, tan solo aquel rudo y salvaje highlander que la habría dejado sola en aquel páramo, sin remordimientos. Por muy atractivo que hubiese resultado en un sueño o en una novela, aquello era la vida real y su dureza no tenía nada de romántico.

—¿Estás mejor?

Laura negó con la cabeza y las lágrimas cayeron de sus ojos.

—¿Por qué lloras, muchacha? Aquí no va a pasarte nada malo.

—Estoy muy asustada —dijo acurrucándose bajo las sábanas—. Sé que piensas que estoy loca, pero no lo estoy. Creía que estaba soñando porque yo siempre tengo sueños extraños...

—Pero ahora que ya sabes que esto no es un sueño no tienes nada que temer. En cuanto tu tobillo se recupere te llevaré al castillo de mi padre y después de la boda podrás volver a tu casa, a España, con tu familia.

—Tú no lo entiendes... —gimió—. No puedo volver allí.

Connell frunció el ceño y la observó con atención.

—¿No puedes volver a tu casa?

Laura negó con la cabeza y más lágrimas rodaron por sus mejillas. Pensaba en sus padres, en lo mucho que habían sacrificado para tenerla y ahora iban a perderla para siempre. Y en las chicas... Se giró poniéndose de lado y ocultó la cara en la almohada para tratar de ahogar los sollozos. Connell puso una de sus enormes manos sobre su pequeño hombro.

—No llores, mujer. ¿Tus padres no te quieren?

—¡Mis padres no están! ¡Ni mis amigas! ¡Nadie que conozca está en ninguna parte! —sollozó.

Connell apartó la mano y la miró con atención mientras su cabeza elucubraba tratando de encontrar los motivos que podrían haber hecho desaparecer a todas las personas que conocía.

—¿Murieron todos? ¿Estáis en guerra? ¿Qué clase de catástrofe te ha quitado a todos tus seres queridos?

Los sollozos de Laura arreciaron y Connell volvió a poner una mano en su hombro para tratar de transmitirle seguridad.

—Sea como sea no tienes nada que temer mientras estés aquí... Mi hermana llegará pronto y podrás hablar con ella, sé que a las mujeres os gusta poder hablar de vuestras cosas.

Los sollozos de Laura no cesaron a pesar de ser consciente de lo inusitadamente amable que estaba siendo el escocés. Ella necesitaba a su

familia, a sus amigas, y no iba a volver a verles jamás. Connell no sabía cómo reaccionar, nunca había estado en una situación semejante. Ni él ni nadie.

—¿Hay algo que pueda hacer para que dejes de llorar así? —preguntó.

Laura se limpió las lágrimas con las sábanas y sorbió las que se habían colado por el conducto nasal. Después se sentó en la cama muy despacio y, con las manos en el regazo, lo miró con la expresión de un cordero a punto de ser degollado.

—¿Tienes una hermana? —preguntó.

Connell asintió sonriendo aliviado.

—Hermanastra, en realidad. Ella es hija de mi padre y de su esposa. Ya oíste que yo soy un bastardo —lo dijo con desafiante expresión, como si la retase a despreciarlo por ello.

Laura no se inmutó.

—¿Tu madre no vive aquí contigo? —preguntó.

—Mi madre murió hace años. —En su rostro se evidenciaba el desconcierto que sentía por su reacción tan natural.

—¿Y no te llevas bien con tu padre?

—Lo explicaste muy bien en tu discurso —dijo sonriendo—. Mi tío es hermano del *laird* y es lo más parecido a un padre que he...

—Típico —le cortó Laura sin darse cuenta.

Connell frunció el ceño.

—¿Conoces a muchos como yo?

—Algunos —dijo Laura pensando en John Snow.

—¿En tu país no se menosprecia a los bastardos? —preguntó Connell con curiosidad.

—En el lugar en el que yo vivo, no. A nosotros nos da igual quiénes sean tus padres, lo que nos importa es lo que hagas tú.

—Interesante lugar —dijo pensativo.

—¿Y tienes más hermanos? —siguió preguntando la periodista.

Connell asintió.

—A parte de Margaret, a la que veremos pronto, están Luke, Rose, Ian y Peter.

—Una gran familia. —Laura encogió las rodillas y se abrazó a ellas, pero la herida en el brazo la obligó a volver a la posición anterior.

—Te hiciste un buen corte —dijo Connell—. Y con el cuchillo de la carne. Espero que no se te infecte. Anderson te limpió la herida, pero dijo que

debíamos vigilar que no tuvieses fiebre.

Laura se miró la venda y después a él.

—Aún no te he dado las gracias —dijo emocionándose otra vez—. Si no hubieses intervenido cuando aquellos energúmenos...

—No te aflijas, muchacha —dijo sonriendo incómodo, estaba claro que no le gustaba que fueran demasiado amables con él. Se puso de pie como si un muelle lo hubiese expulsado de la cama—. Te dejaré descansar. Mañana cuando amanezca lo verás todo con mucho mejor ánimo.

Caminó hasta la puerta y salió sin decir nada más. Laura se quedó con la mirada fija en la madera durante mucho rato, con un millón de pensamientos macabros danzando en su cabeza.

Capítulo 8

Laura abrió los ojos y la luz de la mañana hizo que volviera a cerrarlos rápidamente. Se acordaba perfectamente de la noche anterior, pero eso no hacía que su confusión fuese menos acentuada.

Marie trasteaba por la habitación, motivo por el que se había despertado y, después de unos segundos en los que recabó la fuerza que necesitaba para enfrentar lo que se le venía encima, la invitada se sentó en la cama y abrió bien los ojos para observar a la criada con atención.

—Buenos días —dijo llamando su atención.

Marie se volvió hacia ella con una sonrisa y después siguió colocando diversas cosas sobre un mueble que parecía hacer las veces de tocador.

—Le he traído algunas cosas para su arreglo —dijo la joven criada—. Enseguida la ayudo a vestirse.

Laura miró las prendas de ropa con un sentimiento inquietante. El día anterior dejó que la vistiera, pero entonces creía que era un sueño. Saber que todo estaba ocurriendo de verdad acrecentaba su natural pudor. Vio una camisola, una falda granate y un corpiño color hueso. También estaban las medias y los zapatos. Se levantó de la cama y se acercó a Marie.

—¿Para qué es todo eso? —preguntó.

—¿No utilizáis estas cosas en tu país? —Marie la miró interrogadora.

—No estoy segura —respondió Laura, al tiempo que cogía un palito oscuro mirándolo confusa.

—Esto es para las cejas —explicó—. Y con esto de aquí puede pintarse los ojos, ¿ve? Así —dijo extendiendo un poco de polvo sobre el párpado—. También tenemos estos polvos para el rostro.

Laura se maravilló al ver que las mujeres del siglo XVI utilizaban casi tantos potingues como las de su época.

—A mí no me gustan mucho estas cosas —dijo—. Solo utilizaré esto para los ojos y esto para los labios.

Marie se encogió de hombros.

—Como deseé. —La criada le indicó el lugar en el que estaban sus ropas y la ayudó a quitarse el camisón.

Laura se encontró completamente desnuda frente a Marie y se preguntó por qué se sentía tan incómoda. Cuando iba al gimnasio se paseaba desnuda por el vestuario sin ningún pudor. De hecho, cuando su amiga María le decía que ese era uno de los motivos por los que ella no hacía deporte Laura solía decirle que el cuerpo no es más que un montón de células unidas por simpatía, a lo que la profesora le respondía que la teoría se la sabía muy bien, pero que la práctica era otra cosa.

—Una de mis mejores amigas se llama como tú, María —dijo en voz alta.

—María —repitió la escocesa con un marcado acento.

Laura asintió y levantó los brazos para que le colocase la camisola blanca de fino algodón, intentando mostrarse indiferente a pesar de la incomodidad. Después siguieron las faldas y el corpiño. Pero cuando la criada quiso ponerle las medias, se negó en rotundo.

—Puedo hacerlo sola —dijo.

Marie se encogió de hombros y recogió la habitación mientras ella terminaba de ponerse su atuendo.

—El señor la espera para desayunar —anunció.

Laura entró en el comedor y fue a sentarse directamente en el mismo lugar que había ocupado el día anterior. Connell se puso de pie en cuanto la vio entrar.

—Buenos días. Espero que hayas podido descansar —dijo sentándose después de que lo hiciese ella.

—Sí, gracias —dijo Laura sin demasiado convencimiento.

El aspecto de Connell mejoró mucho después del baño, el afeitado y el corte de pelo, pero a pesar de eso Laura se sentía cohibida y asustada cuando estaba frente a él. No es fácil asimilar que estás en un siglo en el que el hombre tiene todo el poder y las mujeres son menos importantes que su caballo.

—Al final no me contaste de qué conocías a Karen —dijo Connell llamando su atención.

Laura dio un pequeño respingo que esperó que él no hubiese captado, cosa difícil porque no le quitaba ojo.

—Yo... —Levantó la mirada y clavó sus ojos en él—. No la conozco de nada, me lo inventé todo.

Connell frunció el ceño.

—¿Que te lo inventaste todo?

—Lo de la boda... —dijo con expresión culpable—. Nadie me ha invitado en realidad.

Connell la miraba con expresión desconcertada.

—¿Por qué mentiste?

—No lo sé —dijo sincera—. Temí que me abandonaras a mi suerte.

Connell sintió una punzada de desconfianza. Estaba claro que aquella mujer ocultaba algo, ya no tenía ninguna duda. Pero ¿qué podía ocultar? Una idea empezó a fraguarse en su mente. ¿Y si era una espía que los ingleses? Su liberación fue algo que no esperaba. Beatrix tuvo mucho que ver en que no lo matarán, pero ni siquiera la hija del comandante Hennessey tenía tanto poder como para hacer que lo soltaran después de un año.

El escocés se recostó contra el respaldo de la silla y observó a Laura que comía en silencio. Sus ademanes eran lentos y nerviosos. Estaba claro que se sentía atemorizada por él. Pero no le había dado ningún motivo para tenerle miedo. Se había comportado de un modo demasiado correcto incluso, para lo que solía ser. Entonces, ¿por qué lo temía?

Laura levantó la mirada del plato y la fijó en su anfitrión. Por un breve instante captó una furiosa expresión, un fuego rojo capaz de arrasar un bosque entero, brillando titilante en sus pupilas. Fue apenas un segundo, pero fue tiempo suficiente para que comprendiese que no se encontraba ante un hombre del siglo XXI. Connell MacDonald era un hombre del siglo XVII acostumbrado a que se hiciese su voluntad. Capaz de luchar cuerpo a cuerpo, de matar a otro ser humano...

La joven empezó a toser desesperada y de pronto se quedó sin respiración. Connell se levantó rápidamente y fue hasta ella levantándola de la silla y rodeándole la cintura desde atrás. Apretó con tanta fuerza que Laura sintió crujir sus costillas y como un proyectil, un pedazo de pan salió disparado de su garganta. Respiró de nuevo cuando él la soltó dejándola apoyada sobre la mesa. Lo miró sorprendida, no imaginaba que ya

conociesen ese método.

—Te he dado mi hospitalidad creo que merezco un poco de sinceridad por tu parte —dijo Connell muy serio.

Laura seguía apoyada con las manos en la mesa y respiraba despacio. Giró la cabeza para mirarlo y el cabello le cubrió parte del rostro.

—No pretendo engañarte, tan solo... hay cosas que no puedo contarte.

Connell apretó los labios.

—¿Nuestro encuentro fue fortuito o venías siguiéndome?

—¿Siguiéndote? —Laura se incorporó y lo miró de frente—. ¿Crees que te estaba persiguiendo?

—Te lo pregunto.

—¡No! Yo solo... estaba... la cueva... ¡Oh, déjalo! —Hizo un gesto con la mano como si espantara sus pensamientos.

¿Cómo iba a contarle la verdad? ¿Qué persona en su sano juicio la creería? Se preguntó cómo tratarían a los locos en ese siglo. Quizá los abandonaban en medio del bosque para que se encargasen de ellos los animales salvajes. O peor, los encerraban en lo alto de la torre bajo siete llaves. Lo que tenía claro es que Connell MacDonald no sería un amigo comprensivo después de eso.

—No me echés de tu casa, por favor —pidió asustada.

—Está claro que me ocultas algo —dijo él muy serio—. Te salvé, te ofrecí el amparo de mi casa y de mi arma y aun así no confías en mí. Te diré que hay pocas personas en el mundo que me hayan ofendido de ese modo y sigan respirando. No voy a echarte de mi casa, tranquila, a pesar de todo soy un MacDonald y nosotros no hacemos eso. Pero a partir de ahora no nos sentaremos juntos a la mesa y te pido que, mientras sigas aquí, me evites en la medida de lo posible.

Hizo un gesto de saludo con la cabeza, caminó con determinación hasta la puerta y salió del comedor dejando a Laura con un enorme sentimiento de culpa comprensible tan solo por lo trascendente de sus palabras. Estaba claro que para aquel hombre su silencio era algo imperdonable, aunque para Laura no tuviese la más mínima importancia. En el siglo XXI la gente se oculta cosas constantemente. No hay un código tan estricto en el que el honor puede depender de una palabra no dicha.

Se dejó caer en la silla exhausta. La tensión emocional que percibía en todo su cuerpo no tenía una explicación lógica. ¿Qué le importaba a ella lo que Connell MacDonald sintiese o pensase? Era un troglodita, un hombre que

no conocía más que un apretado lugar de su anacrónico mundo. No había viajado en avión hasta la otra punta del planeta, no sabía que era el ADN ni había escuchado cantar a Michael Jackson.

Cerró los ojos y se limpió la cara en un estado de confusión total. ¿Estaba llorando? ¡Lo que faltaba! Respiró hondo tratando de calmarse y buscando un sentido a todo lo que le estaba pasando. ¿De verdad iba a tener que vivir el resto de su vida en aquella época? ¿En serio se estaba planteando esa locura como una realidad?

—Un infarto habría estado bien —dijo en voz alta por si el Hacedor tenía la oreja puesta—. No tengo miedo a morir, te lo he dicho muchas veces. No hace falta que sea con dolor, no quiero que me atravesen con una espada, pero no despertarse tampoco sería tan terrible.

¿Qué estaba diciendo? ¿Desde cuándo se había vuelto una cobarde? Estaba allí por algo, aquello escapaba a todo raciocinio, pero no saber algo no significa que no tenga una explicación. Si ella le contase a Connell lo que es el ADN y él se esforzase por entenderlo, sería contra todo su raciocinio. Desde su punto de vista sería algo más cercano a la magia que a la verdad empírica que conocía. Y sin embargo era ciencia, no magia.

Apoyó los codos en la mesa y la cabeza en las manos. Necesitaba pensar, serenarse. No podía contarle la verdad, no podía arriesgarse a que la echara de su casa, a que le retirase su protección. Al menos no hasta que pudiese defenderse por sí misma. Debía aprender, eso es. Ni siquiera sabía cómo se cogía una espada.

Se levantó resuelta y salió del comedor.

Connell escuchó los gritos desde las caballerizas y salió a ver qué ocurría.

—No puedo dejarla, señorita, si se hace daño...

—No me haré daño. —Laura no soltaba la empuñadura de la espada a pesar de que el muchacho no quería dejársela—. Tengo dos manos como tú y puedo aprender perfectamente.

Connell los observaba incrédulo.

—¿Se puede saber qué pasa, Euan?

—La señorita quiere que le enseñe a usar la espada, señor —explicó el joven soltándola por temor a que se hiciese daño en el forcejeo y acabase recibiendo una buena tunda de su señor.

Connell miró a Laura con el ceño fruncido, pero ella en lugar de

amilanarse levantó la barbilla y lo miró desafiante. Eso sí, la punta de la espada descansaba en el suelo, no se esperaba que pesara tanto.

—Vuelve al trabajo Euan —ordenó el *highlander*.

Cuando se quedaron solos se acercó a ella y le quitó la espada de las manos con decisión. Laura no habría podido resistirse aunque lo hubiese intentado. Lo miró apretando los labios.

—¿No puedo aprender a usarla?

Connell levantó una ceja.

—¿Para qué quieres aprender?

—Para poder defenderme. Está claro que este mundo está plagado de peligros y no quiero tener que depender de desconocidos.

El escocés la miraba desconcertado.

—¿Este mundo?

—Quiero decir este país —rectificó rápidamente.

—Ya veo.

—No sé cuánto tiempo estaré aquí...

—¿Aquí en mi casa?

—No, aquí en... Escocia.

—Dijiste que no tenías a nadie en España.

—No tengo a nadie en ninguna parte —reconoció ella con la desolación en su mirada, pero rápidamente la sustituyó por orgullo—. Eso me abre un mundo de posibilidades.

Connell asintió pensativo.

—No es buena idea que aprendas a usar la espada. Pesa demasiado y tú eres... muy poca cosa —dijo—. Primero habría que enseñarte a utilizar lo que tienes. Tus brazos y piernas sirven para algo más que para lo que los usas.

—¿Y no podrías ampliarlo un poco? —preguntó con ironía—. No sé, un cuchillo o algo...

El escocés sonrió divertido y asintió.

—Eso vendrá después. Incluso llegaremos a la espada... cuando seas capaz de caminar sin tropezar con tu sombra.

Laura sonrió suavemente y él la imitó.

—Creía que íbamos a ser enemigos a partir de ahora —dijo ella.

Connell amplió más su sonrisa y no respondió.

Capítulo 9

Laura estaba empapada en sudor y jadeaba como si hubiese corrido una maratón. Estaba exhausta. Connell la miraba divertido. Llevaban tan solo dos horas entrenando y parecía haber llegado al límite de su capacidad.

—¿Cuántas horas puede llegar a durar una batalla? —preguntó recostada contra un árbol.

Se habían sentado a la sombra después de que Connell fuese a buscar algo de comer y una cantimplora de vino.

—Muchas —dijo él y después bebió un largo trago dejando caer el líquido desde cierta distancia hasta su boca.

Laura trató de hacer lo mismo y se manchó el corpiño.

—¡Oh! —exclamó tratando de limpiarlo con las manos.

—Te tiemblan las manos —dijo él divertido.

—Jamás podré defenderme, soy un desastre. Está claro que no sirvo para esta época.

—¿Por qué hablas así? —preguntó él con curiosidad—. Siempre mencionas la época en la que estamos y hablas de Escocia como si se tratase de otro mundo distinto al tuyo.

—En cierta manera lo es ¿no? —trató de sonar convincente—. Cada país tiene sus costumbres y maneras de hacer. Pero no me cambies de tema. Háblame de la guerra.

Connell frunció el ceño, desconcertado.

—¿Quieres que te hable de la guerra?

Laura asintió.

—Esto sí que es raro. Ninguna mujer quiere que le hablen de eso.

—Debe de ser terrible —dijo Laura pensativa—. Matar a otro ser humano contra el que no tienes nada...

—No puedes pensar en eso —dijo él muy serio—, debes centrarte en sobrevivir. Es como si durante el tiempo que dura la batalla solo hablase tu instinto de supervivencia. No pensar en nada, tan solo avanzar buscando una salida. Hasta que todo se queda en calma, una calma estremecedora y espesa en la que se escuchan gemidos exhaustos pero nada se mueve.

—Habrás visto morir a mucha gente.

Connell asintió.

—Buenos amigos, familia... La vida es un lugar de paso, no estamos aquí para quedarnos —dijo sacudiéndose la melancolía—. Morir por algo en lo que crees tiene su valor. Es mucho más terrible morir por azar o por un mal paso.

Laura comprendía lo que quería decir y estaba de acuerdo.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó con curiosidad.

—Treinta y dos —respondió.

No eran solo los seis años que los separaban, además Connell había vivido experiencias cercanas a la muerte y eso unido a una infancia desgraciada y a no tener el apoyo y el cariño de su madre lo habían hecho madurar deprisa. En cambio ella...

—Tengo que ausentarme y no volveré hasta mañana —explicó el escocés de pronto—. Debo visitar a alguien.

—¿Una mujer? —lo dijo sin pensar y se arrepintió en cuanto se escuchó.

Había ironía en la sonrisa de Connell.

—No hay ninguna mujer —dijo—. Y si la hubiese habido seguramente ahora estaría con otro.

—¿Porque has estado un año preso? —preguntó Laura, confusa.

—Al principio todos creyeron que había muerto. Hasta hace tres meses no supieron que estaba preso.

—¿Por qué no te mataron? Por lo que he oído contar sobre los ingleses no parecen la clase de hombres que perdonan a sus enemigos.

Connell apoyó el brazo en su rodilla doblada y la miró torciendo ligeramente la cabeza. Los rayos del sol le daban de refilón en la cabeza y hacían brillar su pelo con destellos rojizos. Laura sintió algo en el estómago, un encogimiento tenso que no supo catalogar. Su corazón se aceleró y se mordió el labio, inquieta. Apartó la mirada centrando su atención en la hierba que acariciaba con la mano.

—No lo sé —respondió él—. Lo cierto es que fusilaron a todos los que capturaron excepto a un MacFarlane y a mí. Los dos estábamos gravemente heridos y parece que para los ingleses matarnos en esas condiciones superaba su estricto código de honor. Nos llevaron a un hospital y cuando estuvimos curados nos encerraron en una apestosa prisión. MacFarlane vivió ocho meses. Cuando enviaron sus nimias pertenencias a su mujer con una nota metieron por error algo que me pertenecía. Ella se lo hizo llegar a mi familia y así supieron que estaba preso.

Laura pensó que el destino era muy curioso.

—Yo le prometí que si sobrevivía iría a ver a su familia y me aseguraría de que estaban bien.

—¿Y es ahí adonde vas?

Connell asintió.

—Es un bello gesto —dijo Laura bajando el tono.

Connell sonrió, pero no dijo nada.

A la mañana siguiente, cuando Marie entró en la habitación de Laura la encontró vestida y lista para bajar a desayunar. Como debería hacerlo sola no quiso que la llevara al comedor y pidió si podía comer algo en la cocina. Marie no pareció sorprenderse y la acompañó hasta el santuario de la señora Beaton.

Al entrar en la cocina la recibió el fuerte olor de la comida, aunque no pudo identificar qué era lo que lo producía. La cocinera vertió una masa blanquecina y semi líquida en un recipiente de madera y se lo ofreció. No resultaba nada apetecible y su estómago se agitó incómodo advirtiéndole de lo que ocurriría si se le pasaba por la cabeza tragarse aquello. Lo rechazó con mucha educación y después de revisar lo que se le ofrecía cogió un poco de pan, lo untó de melaza y se lo llevó hasta un rincón donde se sentó a comérselo.

—No se preocupen por mí —dijo sonriendo—, hagan como si no estuviese.

Mientras comía observó a la señora Beaton trabajando la masa para el pan y no pudo evitar acordarse de su madre. De pequeña la dejaba meter sus pequeñas manitas en una correosa mezcla que se convertía mágicamente en galletas después de pasar por el horno. Una punzada de tristeza la atravesó

como un fino alambre y cortó su respiración. No podía pensar en que nunca iba a volver a verla sin sentir aquel terrible dolor.

—Lo que tiene que hacer su hermano es buscarle un buen marido —decía la cocinera sin apartar la mirada de la masa—. Esa niña está demasiado mimada y acabará dándoles un disgusto.

—Es muy guapa —dijo Susan, la ayudante de la señora Beaton—. Debe de tener muchos pretendientes.

—Se parece al señor —dijo Marie.

—¡Ca! El señor es el hombre más guapo de Escocia —dijo la señora Beaton—. ¡Quién tuviera treinta años menos...!

Laura pensó que la señora Beaton tenía razón, Connell MacDonald era el hombre más atractivo que había conocido. A pesar de su mirada fiera y salvaje tenía un rostro noble y un porte elegante, aunque algo rudo. Sus rasgos parecían haber sido cincelados sobre el mármol, eran firmes y marcados como los músculos de sus brazos.

—La señorita Margaret también es hermosa —insistió Marie.

—Pero se comporta como un muchacho y ahuyenta a sus pretendientes. No ha habido uno solo al que no haya tirado del caballo, golpeado o ensartado con una flecha.

Susan se rio a carcajadas.

—¿Se acuerda de Ian MacKenzie? ¡Estuvo un mes sin poder sentarse en una silla!

Las otras dos mujeres se contagiaron de su risa y Laura no pudo contener su curiosidad.

—¿Qué pasó? —preguntó acercándose a la mesa en la que trabajaban.

—Se atrevió a darle una palmada en el trasero y ella colocó un clavo en un cojín e hizo que se sentara sobre él —explicó Susan entre risas.

Laura se tapó la boca con la mano para ahogar una exclamación.

—¡Tendría que haber visto cómo gritaba el pobre muchacho! —dijo la pinche de cocina—. ¡Y la señorita MacDonald haciéndose la sorprendida!

—Es una jovencita muy testaruda —dijo la señora Beaton—. Si no tiene cuidado se quedará soltera o su padre la obligará a casarse con alguien que pueda doblegar su espíritu rebelde.

—¿Por qué tendría que obligarla? —intervino Laura—. ¿No puede elegir con quién va a vivir el resto de su vida?

La señora Beaton la miró frunciendo el ceño.

—¿Elegir? ¿Y cómo va a elegir? ¿Crees que es mejor que seleccione a su

marido por el color de su pelo o por cómo tiene las orejas? ¿Así se asegurará de tener un matrimonio feliz?

—Si se conocen...

—¡Bah! Pamplinas —dijo la oronda cocinera—. Lo importante en un matrimonio es la familia. Mira al padre y sabrás cómo va a ser el hijo. Y ahora dejadme de chácharas que tengo mucho que hacer. La señorita y sus hombres vendrán con hambre, tengo que preparar muchas cosas para la comida. Susan, ponte con las verduras que luego se te hace tarde.

—El señor me dijo que la llevase a la biblioteca, para que se entretuviese hasta que llegase su hermana —dijo Marie y salieron las dos de la cocina.

La criada la dejó sola en la biblioteca, que resultó ser una pequeña habitación con unos pocos libros, un escritorio, varios sofás y una enorme chimenea. Si hubiera que catalogarlo, Laura no diría que era una biblioteca, más bien un estudio. Ella no habría colocado el escritorio allí en medio teniendo aquellos ventanales tan altos, con vidrios de un tono pardusco. Tuvo el impulso de empujar la mesa hasta colocarla en el sitio que consideraba perfecto, pero se contuvo cuando otro objeto llamó su atención.

Caminó hasta un rincón y se arrodilló frente al pequeño baúl. Estaba forrado con una preciosa tela verde y tenía un cierre en forma de cruz y una llave. Durante unos minutos se quedó contemplándolo sin moverse, como si estuviese ante el cáliz de Cristo o la vara de Moisés. Los ojos se le llenaron de lágrimas, consciente de que aquel baúl viajaría al futuro, pero que de ninguna manera podía llevarla con él. Acarició la tapa con suavidad, como si quisiera imprimir su esencia en ella para que cuando Julia lo abriese, en algo más de trescientos años, pudiera sentirla.

Giró la llave y la sacó dejándola en el suelo junto a ella, después levantó la tapa con mucho cuidado esperando encontrar el vestido y las alhajas que vio en la buhardilla de Leod, pero allí solo había documentos. Cogió uno de aquellos pergaminos, un contrato de compraventa de unas tierras. El siguiente era otro contrato por la compra de varios caballos. Laura arrugó la nariz decepcionada, el baúl de Leod contenía cosas mucho más interesantes que aquel.

Cerró la tapa y volvió a colocar la llave en su sitio. Se quedó un buen rato allí de rodillas pensando en la que había sido su vida. Tenía veintiseis años y podría decirse que había tenido una buena vida. Unos padres que la

quisieron con locura, las mejores amigas del mundo... Había conseguido dedicarse a la profesión que deseaba y solo le quedaba un sueño por cumplir: convertirse en escritora.

—También se puede ser escritora en el siglo XVII —dijo en voz alta.

Se puso de pie dispuesta a sacudirse la melancolía y volvió a repasar la habitación. Era tremendamente masculina lo cual no era raro ya que allí no vivía ninguna mujer.

Se acercó a la mesa y acarició la robusta madera con un dedo preguntándose por qué Connell MacDonald no se había casado aún. Era un hombre increíblemente atractivo y estaba segura de que habría enamorado a muchas mujeres. Pensó en lo que le había contado de la guerra y el dolor que mostraban sus ojos al hablar fue más elocuente que cualquier cosa que pudiese decir. Sonrió al recordar cómo se había enfrentado a los Campbell para liberarla, parecía tomárselo todo a broma, pero estaba claro que había sopesado bien su posición. No era un hombre que dejase nada al azar.

Mientras la enseñaba a utilizar la daga de un millón de modos distintos hubo mucho contacto entre ellos. Aspiró recordando el aroma de su piel y su cabello. Aquella estancia olía a él. ¿Qué le dirían las chicas si pudieran hablar con ella? Casi podía escucharlas.

—Como no te acuestes con él te retiro la palabra —diría Cris.

Laura se giró hacia el sofá y pudo verla estirada como una diosa, con uno de sus antebrazos apoyado en la frente y mirando al techo.

—Ese hombre es un pecado de Dios, nadie puede ser tan guapo. —Ahora era María, que estaba de pie frente a la estantería que soportaba los libros—. Estos libros son de lo más interesantes.

Laura se recorrió la habitación con los ojos buscando a Julia. Su amiga estaba de pie frente al ventanal, contemplando el agreste paisaje.

—Deja hablar a tu corazón, Laura. —Caminaría hacia ella y la cogería de las manos—. Todas las cosas ocurren por una razón. Ahora tu vida está aquí, seguro que aprendes a sacarle partido. ¿Verdad, chicas?

Laura se miró las manos vacías y después repasó la estancia. Allí no había nadie, solo ella, pero de algún modo las chicas siempre estarían a su lado. En su corazón.

El sonido que venía del exterior la atrajo hasta la ventana. Se asomó y vio un grupo de jinetes que se detenía frente a la entrada y a una mujer que saltaba de su caballo. La puerta de la biblioteca se abrió de golpe.

—La señorita Margaret ya ha llegado —dijo Marie.

Laura asintió y respiró hondo antes de seguir a la criada.

—¿Y esta quién es, Ranald?

—Es una invitada de su hermano, señorita Margaret.

—¿Una invitada de mi hermano? ¡Eso sí que es nuevo! —exclamó la joven.

Laura se había quedado embelesada al verla, era realmente hermosa, se parecía mucho a Connell, en los ojos y el pelo rojo, aunque su boca era distinta. Se movía con una elegancia natural y sus ademanes destilaban una seguridad que chocaba con su condición de mujer tan joven.

—Soy Laura Martos —dijo saludándola—. Me lesioné el tobillo y su hermano tuvo el detalle de invitarme mientras se cura.

—Vaya, vaya con Connell —dijo la otra con expresión irónica—. ¿Y te trata bien?

—Muy bien, gracias.

—¿Dónde está? —Margaret se volvió hacia el servicio.

—Volverá esta noche a la hora de la cena —dijo Mayssie.

—Muy bien —dijo Margaret caminando hacia el comedor—. ¿Nadie nos va a dar de comer?

Capítulo 10

—Así que española. —Margaret estaba recostada en una de las sillas de respaldo alto que presidían el comedor.

Había puesto los pies en la mesa y comía con las manos la carne que le habían servido en una bandeja. A Laura le resultaba chocante su actitud teniendo en cuenta la época y también por su aspecto tan dulce y femenino.

—¿Y dices que mi hermano te rescató de esos mentecatos de los Campbell?

—Así es —afirmó Laura, sentada junto a ella.

—Pues tuviste suerte, porque si esos hubieran cumplido con sus amenazas te aseguro que no habrías salido viva.

—¿Los conoces?

La joven asintió antes de responder.

—Frederic Campbell es el hermano de la primera esposa de mi padre —dijo sin que su expresión variase lo más mínimo.

Laura no pudo evitar mostrar su sorpresa. ¿Aquellos tres criminales eran familia de Connell? ¿Entonces toda aquella jerga violenta no era más que un juego entre primos?

—Ya veo que mi hermano no te ha puesto al día de los asuntos de los MacDonald —siguió hablando Margaret—. Mi padre es un hombre sentimentalmente inquieto, siempre ha necesitado tener a una mujer a su lado. Los Campbell piensan que no se portó muy bien con Agnes, su primera esposa y una Campbell, como habrás deducido.

Laura sacó su bloc mental y comenzó a tomar notas. ¿Agnes? Las elucubraciones de Laura no tenían parangón, pero quizá se estaba

precipitando al pensar que aquella Agnes pudiese ser Agnes de Albany. ¿Cómo había dicho Connell que se llamaba su padre? Y que la hermanastra se llamase Margaret tampoco ayudaba a descartar que aquella fuese una trama digna de la mejor serie de la HBO.

—¿Cómo se llama vuestro padre? —preguntó certera.

—Alexander MacDonald —respondió Margaret.

Laura trató de contener su desconcierto. ¿Alexander MacDonald era el padre de Connell! ¿El Alexander MacDonald que traicionó a Margaret? ¿Y Agnes Campbell era Agnes de Albany? La mente periodística de Laura funcionaba a toda velocidad tratando de enlazar los puntos de conexión de aquella historia. ¿Pero no habían muerto en un incendio los dos? ¿Y Margaret qué pintaba en esa historia?

—¿Te pusieron Margaret por tu madre? —se aventuró.

La hermanastra de Connell entrecerró los ojos mirándola fijamente. El comedor se inundó de un estremecedor silencio.

—¿Margaret mi madre? —dijo la joven después de unos segundos y después soltó una carcajada que sus hombres corearon.

—En mi país es muy común poner a las hijas el nombre de sus madres —se justificó Laura.

—Mi padre tiene un sentido del humor muy peculiar, mucho más retorcido que eso —dijo Margaret—. Mi hermana Rose nació antes que yo y lleva el nombre de nuestra madre. A mí me pusieron Margaret por la madre de Connell.

¿Margaret era la madre de Connell?!

—¿Y exactamente a qué has venido a Escocia? —preguntó la joven Margaret mirando a Laura con mayor atención.

Laura buscó en su cabeza una explicación plausible de sus motivos y no halló nada que ofrecerle. Por más que trataba de entramar una historia, se sentía paralizada.

—Estoy escribiendo un libro —dijo al fin.

Margaret bajó los pies de la mesa y apartó el plato de un empujón.

—¿Un libro? —Cogió la jarra de vino y lo escanció en su copa.

Margaret la miró con el ceño fruncido mientras bebía de su copa. Era bastante evidente que aquella joven no sentía el más mínimo aprecio por la literatura.

—Quiero escribir sobre el rey Jacobo. —Laura siguió con su fantasía—. Pensé que sería muy interesante escribir su historia desde el punto de vista de

los escoceses. Por eso vine a Escocia y al oír hablar de los MacDonald y de que el hijo mayor iba a casarse...

—Luke no es el mayor. A pesar de ser bastardo, Connell sigue siendo el primero —Margaret había detenido su copa cuando viajaba en dirección a su boca y la miraba muy seria, casi enfadada.

Laura asintió despacio consciente de que navegaba por aguas turbulentas.

—Para mí no tiene ninguna importancia el hecho de que Connell sea... ilegítimo —aclaró.

Margaret suavizó su expresión y bebió tranquilamente de su copa.

—Quizá puedas convencer a mi hermano para que te acompañe...

—¿Acompañarla a dónde?

Laura se volvió hacia la puerta al escuchar la potente voz de Connell MacDonald que entraba como una ráfaga de viento atravesando el comedor para llegar hasta ellas. Sus ropas olían fatal y su invitada no pudo evitar el gesto de desagrado.

—Hermano, apestas —dijo Margaret sin ningún tacto.

—Yo también me alegro de verte. —Cogió un pedazo de carne asada y se la llevó a la boca con evidente deleite—. Venimos famélicos.

Su tío se sentó a la mesa junto a Margaret y, después de hacer un gesto de saludo, empezó a comer con ganas.

—Creí que no llegarías hasta esta noche —dijo Margaret torciendo una sonrisa.

—Hemos acabado antes de lo esperado —dijo enigmático.

—¿No será que tenías muchas ganas de regresar? —dijo mirando a Laura de soslayo—. Para ver a... tu hermanita.

—Hemos ido a ver cómo estaba la mujer de Robert MacFarlane —dijo Malcolm—, y se la ha traído.

Margaret miró a su hermano confusa.

—¿Te has traído contigo a su mujer? ¿Por qué?

—Estaban pasándolo mal —explicó Connell—. Tiene dos hijos pequeños y apenas tenían para comer los tres. Aquí tenemos de sobra...

Laura lo miraba asombrada y sintiéndose una intrusa. Margaret se puso de pie muy despacio y rodeó la mesa para llegar hasta él.

—Cuando tienes esa mirada me das miedo, muchacha —dijo su hermano sonriendo.

Margaret se lanzó a sus brazos y subió las piernas hasta su cintura cuando él se puso de pie para darle vueltas.

—¡Eres el mejor hombre de la Tierra, Connell MacDonald! ¡No sabes la alegría que tuve al saber que regresabas!

El escocés se echó a reír a carcajadas y Laura se contagió de su risa. No se percató de la atenta mirada de Malcolm al que no se le escapaba la intensa mirada con la que la joven miraba a su sobrino.

—Hablábamos de Luke —explicó Margaret cuando estuvieron todos sentados de nuevo—. No dejarás que esta pobre muchacha vaya sola a la boda de ese energúmeno. Si la dejas sin protección es muy probable que nuestra cuñada lleve cuernos antes incluso de que el matrimonio haya sido consumado.

Connell no decía nada y Laura lo observaba en silencio mientras sus pensamientos seguían vagando por los hechos que había conocido de boca de su hermanastra.

—¿Qué opinas de que escriba un libro sobre el rey Jacobo?

—¿Un libro? —La voz de Connell la sacó de sus pensamientos—. ¿Quién va a escribir un libro?

Laura hizo un gesto señalándose a sí misma y asintió con poco entusiasmo, convencida de que la pillaría a la primera.

—¿Vas a escribir un libro?

Laura asintió de nuevo con el mismo entusiasmo.

—¿Y qué tiene que ver la boda de Luke en eso?

—Pensé que así podría conocer la vida en las *Highlands* —argumentó—. Una boda es siempre una buena manera de conocer una cultura.

—Pues será mejor que te lo quites de la cabeza. Luke MacDonald no es una buena idea en ninguna situación.

—No seas injusto —intervino su hermanastra—, dando coces es único.

Los dos sonrieron. Había una natural complicidad entre ellos y las miradas que se dirigían el uno al otro eran de verdadero afecto, a pesar de sus rudos modales y del distante trato que parecían darse.

Margaret se puso de pie y dio por terminada aquella improvisada comida.

—Vamos, tenemos que hablar —dijo haciéndole un gesto a su hermano para que la siguiera.

Connell no se hizo de rogar y salió del comedor tras ella, sin volver la vista atrás. Laura se quedó en la mesa con Malcolm que enseguida terminó de comer y se marchó de allí sin despedirse.

—¿Ha sido muy duro? —Margaret miraba a su hermano con expresión severa.

—Ya lo sabes —respondió él sosteniéndole la mirada.

—¡Eres un cabrón invencible! ¡Está claro que no hay quien pueda contigo!

—Tuve suerte.

—Suerte debería ser tu segundo nombre —Margaret lo miraba orgullosa—. Ahora ándate con ojo, no te fíes de nadie.

Connell la miraba con una tierna sonrisa, sabía muy bien que su hermana se preocupaba por él y que esa preocupación era fruto del cariño que le tenía.

—Tranquila. Vi a Beatrix antes de regresar.

—Sé que ha estado visitándote y procurando que sobrevivieras —dijo Margaret.

Connell asintió.

—Sabes que está loca por ti —siguió su hermana—, querrá cobrarse los servicios prestados.

—Ella sabe que no siento lo mismo.

—Eso no importa, hermanito. Estoy segura de que en su fuero interno está convencida de que un día cederás y serás suyo.

—Pues lo siento por ella porque eso no ocurrirá jamás.

—¿Porque es inglesa o porque hay otra que te gusta más?

—No sé de qué hablas —dijo el escocés cruzándose de brazos.

—No te hagas el interesante conmigo, he visto cómo la miras.

Connell sonrió de un modo tan sensual que a Margaret no le extrañó que aquellas dos mujeres hubieran caído en sus redes.

—Me contó algo importante —dijo Connell poniéndose serio—. El rey Guillermo va a exigir que le juremos lealtad. Aún no lo ha hecho público, pero Beatrix está segura de que lo hará antes de que termine el verano.

—Y tú te fías de ella, claro —dijo Margaret torciendo una sonrisa.

Connell levantó una ceja como si no hiciese falta decir nada. Sabía bien que su hermana no confiaba en Beatrix, a pesar de que no estaría vivo si no fuese por ella.

—Los Campbell están intentando sacar tajada. Según Beatrix es serio.

—¡Malditos Campbell! —exclamó Margaret furiosa—. ¡Nuestro jefe jamás aceptará semejante ofensa! ¡Y padre no consentirá en jurar lealtad a

ese... ese...!

—Padre hará lo que ordene Alasdair, para algo es el jefe del clan.

—No estoy tan segura, ya han tenido sus más y sus menos en el pasado.

Connell asintió conoedor de las tensas relaciones entre su padre y Alasdair.

—Por eso debemos reunirnos y decidir juntos qué vamos a hacer.

—Padre siempre ha querido una guerra con los Campbell, esta sería la excusa perfecta.

—Yo no quiero una guerra, pero no podemos quedarnos de brazos cruzados —dijo Connell, preocupado.

—De brazos cruzados no, pero hemos de ser cautelosos. Al menos hasta ver si de verdad ocurre lo que ha dicho Beatrix. ¿O quieres sublevar a toda nuestra gente y que luego haya sido para nada? Nos prepararemos —dijo Margaret pensativa—, hablaremos con aquellos en los que se pueda confiar ciegamente. Pero tú y yo sabemos que padre no es uno de ellos.

—¿Estás segura de que es mejor callar? Además de nuestro padre es nuestro *laird*. Esto no pinta nada bien, Margaret. Guillermo está decidido a escarmentarnos por haber seguido a Dundee en su lucha por Jacobo.

—Maldito Dundee, mira que dejar que lo mataran. —La joven se movía por toda la habitación con las manos en la cintura.

—Solo ha pasado un año de aquello —dijo Connell apartándose el pelo de la cara.

Su hermana lo miró con preocupación. Lo vio llevarse la mano al costado, al lugar en el que la espada del soldado inglés lo atravesó de parte a parte. Él fue uno de los heridos en la batalla de Cromdale. Margaret no comprendía aún cómo estaba vivo a pesar de la gravedad de sus heridas. Bueno, sí lo sabía, aunque no quería aceptarlo porque eso sería reconocerle el mérito a Beatrix Brugwin, y una asquerosa inglesa no conseguiría jamás su respeto, por mucho que hubiese salvado la vida de su hermano.

Margaret se acercó a él y se sentó a su lado en la mesa colocando las manos sobre sus piernas y mirando hacia la puerta, pensativa.

—Has escogido un mal momento para hacer de buen samaritano —dijo—. Primero la española y ahora los MacFarlane. ¿Quién será el próximo?

Connell la miró sonriendo.

—¿Te preocupa Laura?

—¡Vaya! ¿Ya es Laura?

—Es una buena chica, Margaret, no la tomes con ella. Se hizo daño en la

cueva de los susurros y no pudo huir de los...

—¿La encontraste allí? —preguntó y, sorprendida, se apartó de la mesa para colocarse frente a su hermano.

—La encontré en el camino, cuando los Campbell se disponían a violentarla...

—¡La cueva de los susurros! ¿Estás seguro de que no es un hada? No lo parece, ciertamente, es demasiado... normal.

—No me puedo creer que sigas creyendo en esas cosas. La abuela Marian te ha hecho mucho daño con sus historias...

—La abuela Marian es la única persona interesante de nuestra familia, aparte de nosotros dos, claro —refutó su hermana—. Pero no me cambies de tema. ¿No te parece rara su historia? ¿Y esa manera que tiene de moverse y de hablar? ¿De verdad crees que es solo por ser extranjera?

Connell no dijo nada. No quería imaginar lo que pensaría Margaret si hubiese visto las ropas que llevaba cuando la encontró. Aquello no era un traje típico de ninguna parte. Había hecho que Marie se las llevase para verlas con detenimiento y aquello no era nada que hubiese visto en ninguno de sus viajes. En especial el curioso cierre de la parte delantera de las ajustadas mallas. Por no hablar de las cosas que decía. No, definitivamente, Laura era extraña, viniese de donde viniese.

—¿No podría ser una espía de los ingleses? —siguió Margaret—. Piénsalo bien, sería una jugada maestra. Nadie sospecharía de una española, sería más fácil hacernos creer que era una viajera, nada más.

Connell empalideció. ¿Cómo podía ser que Margaret pensara lo mismo que él?

—Veo que ya lo has pensado —añadió su hermana con preocupación—. Debemos interrogarla.

Su hermano se sobresaltó.

—No pegaré a una mujer —dijo muy serio.

—Tranquilo, ya lo haré yo —dijo ella con resolución.

Connell se puso de pie y la miró desde su enorme altura con una firmeza incontestable.

—Nadie pegará a Laura. Con miel se consigue atraer al oso. La acogeremos entre nosotros y me convertiré en su sombra. Te aseguro que si es una espía enviada por los ingleses la descubriré y dejaré que hagas con ella lo que quieras. Eso sí, no en mi casa.

Margaret sonrió.

—Y si puedes beneficiártela mientras tanto, pues eso que te llevas —soltó una carcajada—. No hay más que ver cómo la miras. Te la comes con los ojos.

Connell levantó una ceja con ironía, y dejó que su hermana pensara lo que quisiera.

Capítulo 11

La puerta del estudio se abrió de golpe y Connell la sorprendió de rodillas frente al baúl abierto y con los documentos que contenían esparcidos a su alrededor.

—¿Se puede saber...? —En dos zancadas se había colocado junto a ella y la miraba con severidad.

Laura se puso de pie con expresión inocente.

—¿Crees que podrías guardar todo esto en otra parte? —preguntó con naturalidad—. Me gustaría quedarme con este baúl, si no es demasiado valioso para ti.

A Connell le pareció tan de verdad que tuvo que concienciarse para aceptar que la habían entrenado muy bien, porque aquella reacción requería de mucha inteligencia y enorme serenidad. Sonrió taimado.

—No tiene el más mínimo valor. Puedes quedártelo.

Laura sonrió y se inclinó para cogerlo, pero su peso era demasiado para ella. Volvió a erguirse y lo miró con la súplica en la mirada.

—¿Podría alguien llevármelo a la habitación? Lo utilizaré para guardar mis cosas.

—Por supuesto —dijo Connell asintiendo.

—Si me dices dónde puedo colocar todos estos documentos, lo haré encantada.

—Tranquila, yo me encargo. —La miró con mayor atención al ver que tenía los ojos hinchados—. ¿Has estado llorando?

Laura apartó la mirada rápidamente.

—Una vez vi un baúl como este y me ha traído recuerdos, nada más.

Sintió la mano de Connell que se cerraba alrededor de su brazo para después tirar de ella suavemente, atrayéndola hacia su cuerpo. Con el otro brazo le rodeó la cintura y utilizó la mano con la que la había sujetado para apartarle un mechón de pelo que caía sobre uno de sus ojos.

—Te sientes muy sola, ¿verdad?

Laura se estremeció. ¿Podía ver dentro de ella?

—No debes pensar así —siguió el escocés, mientras sus ojos la miraban con intensidad—. Yo estoy aquí.

Hacia un momento estaba sola en aquella habitación lamentándose de la vida que había perdido y ahora tenía los ojos de aquel increíble hombre navegando en sus pupilas. Debía reconocer que Connell MacDonald era estremecedoramente rápido, apenas se conocían, pero no parecía dispuesto a perder el tiempo.

El escocés bajó la boca muy despacio y apenas rozó sus labios un instante para después volver a separarse. Laura respiraba con dificultad y se preguntaba por qué no se lanzaba ella y se dejaba de tanta tensión sexual. Los ojos de Connell eran dorados y tenían unas manchitas verdes que le recordaron a Laura el color del trigo al atardecer...

—Pídeme que te bese —dijo Connell con una aterciopelada voz.

—Bésame —pidió Laura sin hacerse de rogar.

Connell se apretó contra ella y colocó la mano en su nuca asegurándose el control. Ya sin pausa acabó con la distancia que había entre sus bocas e inició la lenta pero inexorable conquista. En cuanto Laura sintió su lengua le dejó paso y fue como si alguien abriese las compuertas del infierno, un calor abrasador los arrolló a ambos haciendo que sus cuerpos buscasen el modo de combatirlo.

El beso se hizo más dominante y exigente. Connell ya no se conformaba con el suave contacto, quería poseer, arrasar cualquier resistencia por mínima que fuese.

A Laura nunca la habían besado así, pensó aturdida, apenas podía mantener las manos quietas y controladas, deseaba acariciarlo y sentir en la yema de sus dedos el contacto de sus fuertes músculos. Gimió cuando le mordió el labio inferior y tiró de él con suavidad, después pasó la punta de la lengua por él y volvió a tomar su boca con fuerza.

Connell besaba como si no hubiese hecho otra cosa en su vida: lento, directo, inexorable, con una fuerza justa y la mayor intensidad. Le estaba haciendo el amor con la boca y Laura estaba enloqueciendo de deseo. Se

moría de ganas de empujarlo hasta el sofá para sentarse a horcajadas sobre sus piernas y...

Lo apartó de un empujón. ¿Qué estaba haciendo? ¡Era una mujer del siglo XXI y él un Neanderthal del XVII! Debería mirarlo como se mira a un niño, después de todo tenía trescientos cincuenta años más que él.

—No parecías disgustada —dijo él con expresión desconcertada.

—Apenas nos conocemos —respondió Laura—. No suelo ir besándome por ahí con desconocidos.

Connell sonrió.

—No soy un desconocido. Te recuerdo que vives en mi casa.

—Y yo te recuerdo que me defendiste de unos violadores. Espero que no fuese para quedarte tú con el botín.

La expresión de Connell se endureció.

—Jamás he tomado a una mujer que no deseara que la tomase. No soy esa clase de hombre.

—Lo sé —se apresuró a decir Laura, consciente de que lo había ofendido—. Tan solo pretendo que entiendas...

—Tú me has pedido que te bese.

—Eso ha sido más que un beso —respondió Laura—. Si no te hubiese detenido habríamos terminado en ese sofá.

Connell miró el mueble que señalaba y después volvió su mirada hacia ella con expresión irónica.

—Tengo una hermosa cama en mi cuarto —dijo—, no pensaba tomarte en ese sofá.

—Será mejor que busque algo que hacer —dijo Laura ignorando su comentario y caminando hacia la puerta—. ¿Podrás pedir que me lleven el baúl a mi habitación?

—Lo llevaré yo mismo —dijo como si le hiciese una velada promesa.

—Pues hazlo cuando yo no esté en ella, por favor.

Laura salió del estudio dejando a Connell algo confuso. Era la primera vez en su vida que una mujer lo rechazaba y no resultó una experiencia agradable.

Con paso renqueante Laura avanzó por el terreno que rodeaba el castillo aspirando el aroma salvaje y desconocido de aquellas tierras. Hubiera dicho

que el aire olía a lavanda, como el aceite esencial que su madre utilizaba para aromatizar la casa, pero también a tierra húmeda y a hierba.

En la parte de atrás, unos metros al oeste había varios edificios anexos. Uno de ellos era una casa sencilla, pero muy bonita, frente a la que estaban jugando dos niños pequeños con espadas de madera.

—¿Por qué siempre me toca a mí ser un sucio inglés? —preguntaba el más pequeño con cara de disgusto y la espada baja.

—Porque yo peleo mejor. No querrás que el sucio inglés gane ¿no? —le respondió el otro.

—Claro que no —dijo el pequeño con cara de susto.

—Pues ya está. ¡En guardia, inglés asqueroso!

El pequeño levantó su espada y empezaron a luchar con cierta precaución, por parte del bando inglés, ante las violentas acometidas del aguerrido escocés.

—Son incorregibles.

Laura caminó hacia la mujer que había hablado y que estaba tendiendo la ropa en un lateral de la casa.

—Hola —dijo sonriendo—. Soy Laura.

—Yo soy Alina, mi esposo era Robert MacFarlane —explicó como si eso fuese suficiente explicación.

Laura miró a los dos pequeños con ternura.

—Son adorables —dijo.

Alina asintió con tristeza.

—Tendrán que crecer sin un padre.

—Pero ahora están aquí y el señor MacDonald...

—Sí, es un buen hombre. En cuanto vio la situación en la que nos encontramos no lo dudó ni un momento. Y esta casa es mucho más de lo que jamás pudimos soñar.

—Aquí estarán bien —dijo Laura convencida.

—Ya le dije al señor que no quiero limosna. Me dijo que yo me encargaría de lavar la ropa, la señora que lo hacía hasta ahora es ya muy mayor y le duelen las manos. Yo estoy fuerte y mis manos aguantarán mejor el frío del agua del río.

—Espero que usted y el señor se casen pronto —dijo sonriendo afable—. Es un buen hombre y se merece una buena familia.

—¡Oh, no! —Laura enrojeció con timidez—. Connell y yo... quiero decir, el señor MacDonald no...

—¡Mamá, Jamie me ha pegado en la cabeza! —Uno de los niños corría hacia su madre llorando.

—Niños, niños, os tengo dicho que no juguéis a pegaros, siempre acabáis igual. —Alina se volvió un momento hacia Laura mientras se llevaba a los niños hacia la casa—. Perdóneme, estos niños... Me ha gustado mucho hablar con usted. Encantada de conocerla.

—Igualmente —dijo Laura y se alejó de la casa mirando hacia atrás de vez en cuando.

La venda compresiva, que se había fabricado con algo de ingenio, para el tobillo permitía que pudiese caminar sin dolor. El reposo absoluto no funcionaba con ella. El ungüento que le había puesto Marie la noche anterior había bajado la inflamación por completo y deshecho el hematoma que se había formado con la torcedura. Ahora apenas notaba una ligera molestia. Aun así, caminó con cuidado y a un paso lo suficientemente lento como para que cualquiera pudiese atraparla a la pata coja.

El rumor de una cercana caída de agua llegó hasta ella y guio su camino. Bajó la ladera con cuidado y se acercó al cauce del río atraída por el sonido brillante y cantarín de la corriente.

—¿Huyendo de mi hermano?

La voz de Margaret la hizo dar un respingo. Laura miró hacia el lugar del que provenía la voz y vio a la hermanastra de Connell sumergida en una poza.

—Ven, métete, es muy agradable —explicó Margaret haciéndole un gesto para que se acercase.

Laura se acercó y se sentó en una piedra situada a una prudencial distancia. La hermanastra se incorporó y mostró sus pequeños pechos.

—¿Te da vergüenza desnudarte delante de mí? —preguntó.

Laura sonrió y negó con la cabeza.

—No sería buena idea —dijo—, estoy segura de que resbalaría en esas piedras y volvería a lesionarme el tobillo.

Margaret se encogió de hombros y volvió a sumergirse.

—Connell suele venir a bañarse aquí todos los días.

—Me alegro —dijo Laura con expresión cínica—, es de agradecer que cuide de su higiene. Todo el mundo debería hacerlo.

La joven MacDonald se apoyó en una piedra, sin salir del agua, adoptando una pose indolente y sensual. Si le gustaran las mujeres, aquella

joven le habría resultado irresistible.

—Cuéntame algo de ti —pidió Margaret.

Laura trató de mostrar una expresión indiferente.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

—¿Tienes hermanos?

Laura negó con la cabeza.

—Mis padres me adoptaron porque no podían tener hijos —dijo.

Margaret frunció el ceño sin comprender.

—¿Adoptaron?

—Mis verdaderos padres me abandonaron y ellos me... recogieron —
rectificó rápidamente.

—¡Vaya! —exclamó Margaret sorprendida—. ¿Y te trataron bien?

Laura asintió con una mirada triste.

—Muy bien —dijo—. Han sido los mejores padres del mundo.

—Lo dices como si hubiesen muerto. ¿Es así?

Laura dudó un instante antes de responder.

—No están en este mundo —dijo ajustándose a la verdad.

—¿Por eso iniciaste este viaje? Aparte de lo del libro, claro.

—Es posible —mintió Laura. Sabía que había cosas sobre las que tendría
que mentir.

—No puedo imaginar lo que sentiré cuando muera mi padre. Sé que la
muerte de mi madre me causará una gran tristeza, pero con él... —La mirada
de la joven MacDonald era osada y desafiante—. ¿Cómo era tu padre?

Laura pensó en él y sintió una profunda emoción.

—Dulce, cariñoso... Sabía escuchar y era muy divertido...

El rostro de Margaret mostraba una evidente confusión. Laura no tardó en
comprender que para una mujer del siglo XVII todos aquellos adjetivos en un
hombre no debían sonar muy atractivos. Pero así era su padre, eso no podía
cambiarlo ni el tiempo.

—No he conocido a ningún hombre así —dijo la joven, desconcertada—.
Está claro que los hombres españoles no son como los de las Tierras Altas.
Aquí ningún hombre podría ser catalogado como «dulce y cariñoso» sin que
lo destriparan.

Laura no pudo evitar sonreír.

—Supongo que tu hermano es un buen ejemplar de lo que debe ser un
highlander —dijo sin reparos.

Margaret levantó una ceja como hacía él y Laura se sorprendió de lo

mucho que se parecían a pesar de no compartir los genes maternos.

—Ese bastardo es un engreído cabezota, un testarudo indomable —dijo saliendo del agua y caminando desnuda hasta sus ropas—, y el hombre más leal y valiente que hayas conocido jamás. Es el mejor de los MacDonald y debería ser el *laird* cuando padre fallezca.

—Imagino que eso no será posible...

—Lo será Luke, ese estúpido, bruto e inepto salvaje.

—Está claro que lo adoras —dijo Laura sonriendo.

—Cuando lo conozcas sabrás por qué —dijo Margaret secándose el pelo con un paño.

—¿Crees que Connell querrá acompañarme? —preguntó interesada.

—Estoy segura —respondió Margaret sonriendo—. Nunca elude una buena pelea.

Durante el resto de la semana Connell MacDonald vigiló a Laura de cerca. Se convirtió en su sombra tal y como le había dicho a su hermana. Ese acercamiento no resultó desagradable para ninguno de los dos que empezaron a sentirse a gusto con la mutua compañía. Connell la observaba a corta distancia, la acompañaba en sus paseos, le presentó a todos los que vivían en sus tierras, comieron juntos y compartieron amenas charlas y acaloradas discusiones. Durante esos días el rudo escocés aprovechó cualquier ocasión para ironizar sobre algún aspecto o comentario que ella hiciese, pero también para rozar su piel de manera falsamente accidental.

Margaret se unía a ellos en alguna ocasión, aunque tenía claro que para que su hermano pudiese conseguir lo que pretendía debía dejarlos solos el mayor tiempo posible.

Pero aquellos días con Laura tuvieron en Connell un efecto inesperado. Una cuerda tiraba de él cada vez que la española estaba cerca. No era por su belleza, había conocido mujeres mucho más hermosas que ella y nunca había sido suficiente para él. Las mujeres que solo poseen belleza física y las que la utilizan como un arma, no habían despertado jamás su interés. Siempre había necesitado algo más y tenía la sensación de que Laura lo tenía, aunque ni siquiera estaba seguro de lo que era.

Quizá era la pasión con la que lo hacía todo, que fuese tan decidida o su humor. Siempre tenía una sonrisa preparada por la mañana cuando entraba al

comedor y una palabra amable para todos los miembros del servicio que la atendían. Todo el mundo la quería en el castillo. La había visto hablando con el palafrenero, con la cocinera y con el viejo Ranald. Todos los criados parecían alegres a su lado y contentos con ella. También Margaret. Nunca había visto a su hermana tan feliz como en esos días.

Y, al mirarla con otros ojos, un aura mágica se había desplegado a su alrededor mostrándole su auténtica personalidad. Y de repente empezó a fantasear con abrazarla, con sentarla en sus rodillas para mirarla a los ojos. Besar sus labios cálidos y suaves. Y aquellos pensamientos despertaron a una fiera salvaje que se rebeló dentro de su pecho. Un sentimiento de protección que amenazaba con dañarlo a él mismo si se atrevía a causarle algún mal.

Así de complejo era lo que sentía y desde el momento en que fue consciente de ello las noches se hicieron espesas y el sueño se volvió esquivo. La paz de su espíritu se desvaneció y la soledad se convirtió en un tormento.

Capítulo 12

Aquella era la última noche que cenarían juntos los cuatro, antes de que Margaret regresara al castillo de su padre. La joven sorprendió a Laura apareciendo con un traje color burdeos y varias joyas con piedras rojas que hacían juego con su pelo. Estaba arrebatadoramente hermosa y extraordinariamente femenina.

—¿Habéis tenido un día agradable? —preguntó la escocesa después de que sirvieran el primer plato.

—Hemos salido a cabalgar, cada vez lo hace con más soltura. Pero a la vuelta se ha parado a hablar con todos y cada uno de los que nos encontrábamos —dijo Connell con expresión de cansancio.

Laura lo miró con cinismo.

—¿Qué pasa, te gusta ser el señor en su torre?

—Mi hermano no peca de ser arrogante —dijo Margaret sorprendida.

—Suelo charlar con esos hombres y mujeres a menudo —adujo Connell—, pero no con todos el mismo día.

—Cuando vuelva prepararé a todos para tu regreso —dijo Margaret—. Y anunciaré que llevarás acompañante. A padre puede darle algo si te presentas sin avisar y con una mujer.

—Pues es lo que pensaba hacer —respondió Connell.

Margaret se echó a reír.

—Tratas de evitar que Luke te prepare una de las tuyas. La última vez fue sonada —dijo mirando a Laura—. Luke hizo que vaciaran su habitación y pusieran todas sus cosas en la cuadra. Muebles incluidos. Cuando Connell lo vio no dijo una palabra, simplemente se marchó a su cuarto y durmió en el

suelo.

—He dormido muchas veces en el suelo —dijo su hermanastro quitándole importancia—. Al día siguiente mis muebles volvieron a su lugar y Luke estuvo oliendo a estiércol una semana.

—¿Nunca has vivido en el castillo de tu padre? —preguntó Laura con interés, dejando a un lado el maloliente tema.

Connell asintió antes de responder.

—Cuando se casó con Rose MacTavish viví un tiempo con ellos.

A Laura le hizo gracia que la madre de Margaret se apellidase como el historiador con el que había hablado antes de visitar la cueva. De pronto sintió un escalofrío, como si una corriente de aire helado se hubiese colado en la habitación.

—¿La primera esposa de vuestro padre no te aceptó? —continuó con la conversación ignorando el mal presagio.

—Agnes Campbell era una mujer atormentada por sus fantasmas. —Connell se puso muy serio—. No podía dormir, tenía aterradores sueños en los que los muertos le hablaban. Lo último que necesitaba era un crío que echaba de menos a su madre.

—Estaba completamente loca —añadió Margaret—. Al menos eso dice padre. No quería que Connell viviera con ellos porque decía que su madre se paseaba por el castillo y la amenazaba con llevársela si no lo trataba bien.

—¿Te trató mal? —Laura no pudo evitar compadecerse de aquella mujer.

—Hacía como si no existiera —dijo Connell encogiéndose de hombros—. No soportaba estar en el mismo cuarto que yo y salía en cuanto yo entraba en cualquier habitación en la que ella estuviese. A veces, por las noches la oía gritar desesperada. Al principio me acercaba hasta su puerta, y escuchaba a mi padre tratando de consolarla diciendo que allí no había nadie más y que él la protegería. Después me acostumbré. O mi padre se cansó, no sé qué pasó primero.

—Hasta que provocó el primer incendio —dijo Margaret.

—¿Incendio? —Laura miró a Connell asustada y el escocés asintió. Resultaba evidente que no le gustaba hablar de ese tema.

—No sabemos si lo provocó.

—Padre dice que sí, que intentó matarte.

—Pudo ser un accidente —insistió él—, pero después de eso mi padre no dejó que viviera con ellos y me envió con mi tío Malcolm.

—¿Cómo murió ella? —preguntó Laura sin poder contenerse.

—En otro incendio —explicó Margaret—. Se encerró en la torre y atrancó la puerta para que no pudiesen entrar. Cuando consiguieron romper la puerta con un hacha ya estaba muerta, aunque, milagrosamente, las llamas no la tocaron.

Murió asfixiada, pensó Laura.

—Apagaron el fuego y evitaron que el castillo fuese presa de las llamas. Por eso no se utiliza la torre, sigue tal y como quedó —dijo Margaret.

Laura miró a Connell interrogadoramente y este se encogió de hombros sin decir nada.

Laura se despertó presa de una terrible pesadilla en la que todo era sangre y destrucción. El relato del profesor MacTavish sobre la boda negra se había introducido en su sueño convirtiéndolo en una película de terror que convertiría a cualquiera de la saga de viernes trece en una comedia. Se sentó en la cama con el corazón latiéndole desbocado y empapada en sudor. Había sido uno de esos sueños que de tan reales te hacen dudar de cuál es la verdad, si ahora que crees estar despierto o antes. Bajó los pies de la cama y los puso en el suelo, quería sentir el frío en ellos y convencerse de que estaba realmente despierta. La boda de Luke no era la boda negra, se dijo. De hecho la boda negra era solo un cuento de terror. MacTavish estaba seguro.

Caminó hasta la silla en la que había dejado una bata y se la puso encima del camión para salir de su cuarto. Iría a la cocina y buscaría algo de beber, seguro que tenían algo que calmase su ansiedad. *Drambuie*, quizá.

Encontró una botella de vino, vertió una generosa cantidad en una copa y salió de la cocina. Deambuló descalza por la casa hasta que vio luz en el estudio. La puerta estaba entreabierta y se escuchaban pasos lentos que se detenían y volvían a sonar. Se acercó despacio y asomó la cabeza sigilosa. Connell se paseaba con expresión distraída y cara de preocupación. Laura tocó con los nudillos en la puerta y él la miró desconcertado, como si le costase abandonar sus pensamientos.

—¿Puedo entrar? —dijo haciéndolo—. No puedo dormir.

—Vuelve a la cama —dijo él con evidente malhumor.

—Voy a tomarme esta copa de vino, si no te importa —dijo frunciendo el ceño—. ¿Quieres que traiga otra para ti? Lo he encontrado en...

—Aquí tengo todo lo que necesito —la interrumpió señalando la mesa en

la que había una botella medio vacía y el vaso que había utilizado.

—¿Tu tampoco puedes dormir? —preguntó Laura obviando el hecho de que quería que se marchara. Caminó hasta el sofá y se sentó subiendo las piernas y cubriéndolas con el camisón.

Connell negó con la cabeza como si la diese por imposible y rellenó el vaso.

—¿Ocurre algo? —preguntó Laura con prevención.

—Nada que te incumba —respondió él airado. ¿Cómo decirle que lo que le ocurría era ella?—. Aunque teniendo en cuenta lo entrometida que eres...

—¿Yo soy entrometida? —preguntó frunciendo el ceño.

—Olvídalo...

—No, no, nada de eso —dijo ella bajando los pies y soltando la copa en la mesa para después ponerse de pie frente a él—. ¿Por qué crees que soy entrometida?

—Te pillé hurgando en mi baúl...

—Ya te dije que...

—Sí, sí, que te gustó, ya me acuerdo. Y hoy en la cena...

—¿En la cena, qué? ¿Lo dices por la historia de Agnes?

—No me gusta hablar de eso —dijo él dándole la espalda y caminando hacia las bebidas—. Y tú, venga a preguntarle a mi hermana...

—No pretendía ser cotilla, lo siento si mostré demasiado interés —se disculpó Laura—. Mi mente de per...severante escritora me traiciona.

Connell terminó de llenar su copa y se volvió a mirarla inquisitivo.

—¿Mente de perseverante escritora?

Laura se insultó mentalmente, había estado a punto de decir periodista.

—Siempre estoy pensando en historias que escribir y cuando alguien me cuenta algo interesante no puedo evitar buscarle un hueco en mi cabeza.

Connell se sentó frente a la mesa y le hizo un gesto para que se sentara con él.

—Háblame de esa curiosa costumbre —dijo.

Laura se sentó a la mesa con expresión confusa.

—¿A qué extraña costumbre te refieres?

—A la de escribir.

—¿Te parece una extraña costumbre? —dijo divertida.

Connell asintió y su rostro se suavizó.

—Pues para mí es algo innato. Lo hago desde que aprendí a escribir siendo una niña. Creo que es fruto de mi amor por los libros. Mi padre me

inculcó el amor por la lectura. De niña me leía un cuento cada noche antes de irme a dormir...

La confusa expresión en el rostro de Connell hizo que Laura detuviese su discurso. ¿No se leían cuentos a los niños en el siglo XVII? ¿Existían los cuentos para niños siquiera?

—Quiero decir que me los contaba —se apresuró a rectificar—, me los contaba y los escribía... Muy especial, mi padre.

Connell siguió mirándola con desconcierto y mucha atención.

—¿A ti no te contaba cuentos tu madre? —preguntó Laura tratando de desviar la atención.

El escocés negó con la cabeza y durante unos segundos no dijo nada, tan solo la miró fijamente.

—¿Y qué escribes? Eres demasiado joven para haber vivido grandes cosas. Aunque me da la impresión de que tienes una percepción especial de la realidad. Pareces ver más allá que los demás.

—Yo no creo que posea una percepción especial, pero sí una gran imaginación. Escribir lo que ocurre requiere de cierta interpretación. Los hechos no son siempre como los percibimos y en ocasiones se necesita mirarlos desde diferentes perspectivas para hacerse una idea clara sobre ellos.

Connell la miró entrecerrando los ojos.

—¿Qué opinas de los ingleses? —preguntó de pronto.

Laura sabía que aquel era un tema muy delicado para él.

—Es un pueblo guerrero, con mucha Historia a sus espaldas y grandes logros. Nuestros reinos han sido enemigos muchas veces —dijo pensando que eso le gustaría—, y hay una desconfianza instintiva entre nosotros.

A juzgar por la expresión en el rostro de Connell, Laura había conseguido un pequeño éxito.

—Háblame de tu familia —pidió el escocés—. Mi hermana me ha dicho que te acogieron. Como mi tío a mí.

Laura se llevó la copa a los labios y bebió un largo trago.

—Así es. Mis padres no podían tener hijos... Quiero decir que por más que esperaron, mi madre no se quedaba embarazada. Así que decidieron recoger a una criatura que no tuviese padres. Es algo habitual en España. ¿Aquí no? —preguntó mostrando la mayor convicción que fue capaz de fingir.

—Me temo que aquí los niños sin padre se quedan solos para siempre o

algo peor. ¿Y no sabes quiénes son tus verdaderos padres?

Laura negó con la cabeza.

—Debe ser terrible —dijo Connell apurando su copa y dejándola después sobre la mesa con expresión pensativa—. No saber de dónde provienes, quienes fueron tus ancestros.

—A veces es mejor no saberlo —dijo ella pensativa.

El escocés la miró como si lo hubiese herido.

—Yo no me avergüenzo de mi madre —dijo muy serio.

—¡No! Yo me refería a...

—Teníamos una vida humilde, pero jamás la oí quejarse de nada. Siempre tenía una sonrisa por la mañana cuando me despertaba y una caricia para mí al acostarme. Al hacerme mayor comprendí que debió verter muchas lágrimas, pero nunca dejó que yo la viese llorar. Me siento orgulloso de ser su hijo.

Laura se sintió conmovida por el enorme afecto que se desprendía de sus palabras y sus gestos. Era como si por un instante volviese a ser aquel niño.

—No hablaba de ti, hablaba de mí. Yo nunca he querido saber quiénes eran mis verdaderos padres porque temo descubrir que mis genes tienen algo malo...

—¿Tus genes?

La expresión confusa en el rostro de Connell devolvió a Laura a su espacio temporal actual. De nuevo había regresado al siglo XXI.

—Así es como llamamos en España a la herencia que nos transmiten nuestros padres —explicó, tratando de sonar natural.

Connell asintió sin abandonar su confusa expresión y volvió a rellenar su copa.

—Tu padre es el laird de tu clan, esa es una buena herencia —dijo Laura tratando de desviar el tema.

—Alexander MacDonald es un hombre duro y cruel, incapaz de amar y con repentinos ataques de ira. Me temo que lo que he heredado de él no es muy halagüeño.

Laura frunció el ceño.

—No tenemos por qué ser como nuestros padres.

—Me he esforzado mucho para no serlo —replicó él.

—Además, hay una parte importante de tu madre en ti. Y, por lo que dices, ella era una mujer sensible y buena.

Connell la miró de un modo distinto, como si hubiese tocado una fibra a

la que nadie llegaba con facilidad. Asintió lentamente y rellenó las copas con lo que quedaba en la botella.

—Te gusta el *drambuie* —dijo el escocés sonriendo al ver su expresión de satisfacción al beber.

—Muchísimo —dijo Laura con sinceridad—. Desde la primera vez que lo probé.

—Pues debes tener cuidado, es muy fácil perder la voluntad en sus aparentes calmadas aguas.

Levantó la copa para brindar y Laura chocó la suya con entusiasmo.

—Me gustaría preguntarte algo —dijo Laura después de beber. Connell le hizo un gesto para que siguiera—. Es una tontería... ¿Entre los asistentes a la boda habrá algún Campbell?

Connell la miró como si se hubiese vuelto loca y después soltó una sonora carcajada.

—Nunca había visto a nadie a quién el *drambuie* le hiciese efecto tan rápido.

Laura temió que sus carcajadas despertarían a alguien, pero mientras se llevaba la copa a los labios sonrió con enorme alivio.

Capítulo 13

Al despertarse por la mañana Laura se sentó en la cama y miró a su alrededor sobresaltada.

—¡No tengo ropa! —exclamó en voz alta.

¿Cómo no se había dado cuenta nadie?, se preguntó. No solo ella, tampoco Connell, que sabía que no tenía equipaje cuando la encontró.

—¿No tienes vestido para la boda? —Margaret frunció el ceño, sorprendida y después desvió la mirada hacia su hermano—. ¿Pero cómo es posible?

—Estas ropas que llevo ni siquiera son mías —confesó Laura, que de pronto se dio cuenta de que no tenía ni idea de a quién pertenecían—. ¿De quién son estos vestidos que llevo?

—¿Eso importa? —esquivó Connell.

Las dos mujeres lo miraron exigiéndole una respuesta.

—Son de Agnes —dijo el escocés encogiéndose de hombros.

—¿De Agnes? —exclamaron las dos jóvenes al unísono.

—¿Me has dado las ropas de Agnes Campbell? —Laura sintió un escalofrío.

—¿Qué más da? A ella ya no le hacen falta.

La expresión horrorizada de Laura no fue nada comparada con la estupefacción que embargó a los dos hermanos cuando la vieron desprenderse de sus ropas allí mismo.

—¡Laura! —Margaret se echó a reír a carcajadas.

La joven española se había quedado en ropa interior, que para ella era como ir vestida de monja de clausura.

—Puedes seguir, no te cortes —dijo Connell cruzándose de brazos sin dejar de observarla.

—¿No puede dejarme un vestido alguna criada? —pidió Laura—. No me importa mientras esté limpio.

—Yo te dejaré uno de los míos —dijo Margaret sin dejar de reír. ¡Y a ella la tenían por una descocada! Si su madre hubiese estado presente...

Connell parecía estar disfrutando del espectáculo a juzgar por su enorme sonrisa. Laura tenía las manos en la cintura, el sol entraba a través de los ventanales y caían sobre ella haciendo que la fina camisola de lino mostrase mucho más de lo que ella imaginaba.

—La camisola también es de Agnes —dijo Connell sonriendo perverso.

—Laura, te estamos viendo desnuda —dijo Margaret.

La española miró hacia abajo y vio lo mucho que la tela se transparentaba. Se agachó a coger el vestido de Agnes y lo sostuvo contra su pecho.

—Vamos a mi cuarto —dijo Margaret cogiéndola del brazo—. Ya habrán hecho mi equipaje, pero encontraremos algo.

—¿No piensas que es horrible llevar la ropa de una muerta?

Laura terminó de atar los cordones del corpiño azul y lo estiró sobre la falda negra. Margaret iba a dejárselo a las criadas porque creía que no le favorecía nada, pero a Laura le iba como un guante.

—Te queda mucho mejor a ti —dijo la escocesa con admiración—. Ya me gustaría a mí tener esas tetas.

Laura sonrió, era uno de sus atractivos, sí. Tenía la ventaja de ser delgada y usar una copa C.

—Mi hermano tiene la sensibilidad de ese tronco —dijo señalando la chimenea—, no se lo tengas en cuenta.

—Debería habérmelo dicho. Me dan escalofríos solo de pensarlo.

—Sobre todo teniendo en cuenta que Agnes acabó con su vida... Ahora mismo debe estar ardiendo en el infierno por ello.

Laura la miró de soslayo. Claro, para Margaret, siendo católica, aquello debía ser un pecado imperdonable. A ella le importaba más bien poco la manera en que hubiese muerto, no querría sus ropas de ningún modo.

—Quería hablar contigo a solas antes de marcharme —dijo la hermanastra poniéndose seria.

—¿Es necesario que te marches?

—¿Estás nerviosa?

Laura asintió.

—No puedo quedarme un mes aquí, mi padre debe estar subiéndose por las paredes sabiendo que he venido. Además, debo preparar el terreno para cuando Connell regrese —dijo mirándola muy seria. Dio unos golpecitos en la cama para que Laura se sentase junto a ella—. Todo es tan complicado... Malcolm se viene conmigo, al parecer tienen cosas que tratar, cosas de política, ya sabes...

—¿Tu padre no se alegra de que Connell esté libre? —A Laura le parecía extraño que no quisiera verlo cuanto antes.

—Nadie sabe lo que piensa mi padre hasta que él lo dice. Es un hombre muy duro en todos los aspectos. De hecho, tanto mi tío como yo, tememos que eche a Connell con cualquier excusa y estamos convencidos de que, de ser así, esta vez será para siempre. Connell no regresará jamás.

Laura la miró con el ceño fruncido y una interrogante preocupación.

—Mi padre y Connell tuvieron una fuerte discusión la última vez —dijo de manera ambigua—. Terriblemente desagradable. Mi padre dijo cosas horribles, no creo que mi hermano las haya olvidado. Llevan años sin verse.

—¿Tan malo fue?

—Hubo un saqueo en tierras de los Campbell y acusaron a los dos mejores amigos de Connell, Hugh y Lorne MacDonald. Cuando Connell suplicó a nuestro padre que hiciera algo para ayudarlos el laird se negó a intervenir aduciendo que sabían dónde se metían. Pero Connell estaba convencido de que cumplían órdenes suyas. Los colgaron y tras su muerte Connell se presentó en una reunión de *laird* y lo enfrentó públicamente. Aquella discusión sobrepasó todo lo que había ocurrido entre ellos hasta entonces. Se dijeron cosas horribles, imperdonables... —Se detuvo estremecida al recordarlo—. Yo estaba fuera del salón y escuché lo que se dijo. Aquel día supe que Connell y mi padre se parecen demasiado. Fue una pelea de titanes. Ninguno iba a ceder un ápice de territorio.

Laura comprendió la gravedad del asunto.

—Creí que Connell no regresaría nunca después de aquello —siguió Margaret—. Quiero mucho a mi hermano y no dejaré que lo aparten de mí, pero soy la única que se ha atrevido a venir a visitarlo después de aquello.

—Pero este castillo se lo legó vuestro padre...

—Quizá hubo un tiempo en el que lo intentaron, no lo sé, yo era muy pequeña. Lo que sí sé es que ahora la relación está aplastada por capas y

capas de hielo y no sé lo que pasará cuando se encuentren después de estos años sin verse.

—No puedo permitir que asista a esa boda —dijo Laura angustiada—. No quiero que por mi culpa...

—Debe asistir —la cortó Margaret—. Es el hijo del *laird*, el primogénito. No importa que sea un bastardo, él es quién debería sucederle. Los miembros del clan no pueden olvidarse de él.

—Pero ¿eso es posible?

—Tendrá que serlo. Connell es mucho mejor que Luke en todos los sentidos. No me quedaré de brazos cruzados viendo como lo apartan. Y Malcolm tampoco. Además, se merece un respeto por lo que hizo. Luchó como un valiente, nos consta que salvó a muchos de los nuestros, cayó al ser gravemente herido y ha estado prisionero durante todo un año. A saber lo que habrá sufrido a manos de esos sucios ingleses.

—¿Por eso has venido? ¿Para asegurarte de que asistía a la boda?

—No, he venido para verlo —dijo Margaret mostrando su rostro más sincero—. Me moría de ganas de abrazar a ese testarudo bastardo. Lo que no me esperaba era encontrarte a ti. Nunca había visto a mi hermano tratando de impresionar a una mujer y me preguntó por qué.

La pícaro expresión en el rostro de la escocesa hizo que el rubor tiñera las mejillas de Laura.

—Vamos, no me digas que no te has dado cuenta. No hay más que ver cómo te mira... ¿Ya habéis retozado?

—¡No! —exclamó con demasiado ímpetu—. Son imaginaciones tuyas.

—Ya, imaginaciones. Pues ten cuidado porque mis imaginaciones te comen con los ojos. Y, por cierto, a ti también se te nota, no te molestes en negarlo —advirtió poniéndose de pie—. Se acabó la charla, que tengo un largo viaje por delante. Cuando lleguéis al castillo te tendré preparado un baúl con algo de ropa para salir del paso. También me encargaré del vestido para la boda, así no nos avergonzarás.

Laura la cogió de las manos.

—Muchas gracias, Margaret, no sabes lo necesitada que estaba de tener una amiga aquí.

—Bueno, esa es una palabra que no he utilizado nunca en mi vocabulario, siempre me he sentido más cómoda estando entre hombres que con las de mi sexo. Hasta ahora —dijo sonriendo—. Pero te advierto una cosa: los MacDonald somos personas de corazón, tanto para amar como para odiar. No

nos des motivos para odiarte o te perseguiré hasta los confines de la Tierra. Si hay algo que debas contarme, hazlo ahora.

Laura negó con la cabeza mirándola con preocupación. Después de unos segundos Margaret sonrió y de manera inesperada la abrazó.

—Debo irme ya. Nos veremos en tres semanas.

Salió de la habitación dejando a Laura con el corazón encogido.

—¡En guardia! —Laura levantó el palo frente al pequeño Jamie que luchaba como un auténtico *highlander*.

—¡Sucio español, pagarás tus *ofrendas* con la vida! —gritó el niño con entusiasmo mientras Laura se dejaba arrinconar contra un árbol aguantándose la risa.

—Afrentas, idiota —dijo Robert burlándose.

—Eso he dicho —dijo el pequeño dejando de luchar y volviéndose a su hermano mayor.

—No. Has dicho ofrendas y eso es otra cosa.

—No importa lo que haya dicho... —intervino Laura—. Cuando los guerreros discuten, el enemigo se escapa. ¡A ver quién me atrapa!

Echó a correr y los niños soltaron sus armas y corrieron tras ella ante la divertida mirada de su madre que estaba tendiendo la ropa. Laura fue alcanzada y reducida por dos pequeños monstruos que la derribaron y tuvo que defenderse con un implacable ataque de cosquillas que dejó a los dos niños exhaustos sobre la hierba.

—Se te dan muy bien los niños —dijo Alina cuando Laura llegó hasta ella.

—Son muy divertidos —Laura trataba de arreglarse el pelo.

Marie se empeñaba en sujetárselo con horquillas, pero lo tenía demasiado corto y se le salían los pelitos en cuando hacía cualquier cosa.

—¿Te apetece entrar? He hecho un pastel de zanahoria...

Laura asintió agradecida y antes de entrar en la casa echó un vistazo a los dos pequeños que seguían retozando por la hierba.

Observó a Alina mientras trajinaba. Era muy joven, a pesar de ya haber estado casada y tener dos hijos. Conservaba una bonita figura y el pesado trabajo de la colada la hacía mantearse en forma. Es curioso lo que el trabajo

doméstico puede hacer por una, se dijo mentalmente.

La mujer dejó la tarta sobre la mesa y colocó dos platos y cubiertos.

—¿Quieres un poco de leche o prefieres algo más fuerte? —preguntó con una pícara sonrisa.

—¿Tienes drambuie? —preguntó Laura sonriendo también.

Alina asintió y cogió dos vasos y una botella de cristal antes de sentarse.

—Quería hablar contigo de algo —dijo Alina—. Me da mucha vergüenza y no quiero que me malinterpretes.

Laura cogió el vasito y se lo llevó a los labios esperando con interés.

—No sé cómo decirlo... Verás, hay mujeres que pueden estar solas. Veo cómo te desenvuelves y sé que tú eres de esas. En cambio yo...

Laura asintió como si supiera lo que quería decir, aunque no tenía ni idea.

—Quería saber si... —Alina cogió su vaso y se bebió el *drambuie* de un trago para conseguir el valor—. ¿Hay algo entre el señor y tú?

Laura, que también acababa de beber, se atragantó y el licor corrió por su barbilla manchando la mesa. Cogió una servilleta para limpiarse mientras pensaba en la respuesta que debía darle. Lo lógico habría sido decirle que no, ya que era lo más exacto, pero por algún motivo no fue capaz de hacerlo. Estaba claro que Alina había puesto sus ojos en el atractivo *highlander* y eso, incomprensiblemente, la molestó enormemente.

—Es una pregunta muy... personal —dijo de manera ambigua.

—Es un hombre soltero y enormemente atractivo. Yo soy una viuda con dos hijos y necesito un hombre en mi cama. —Al parecer Alina había conseguido el valor que necesitaba y un par de sacos de reserva por si acaso.

—Quizá deberías hablar con él...

—Pienso hacerlo —dijo la mujer—, pero las dos sabemos que ellos no necesitan palabras, sino otra cosa. Lo que quiero es asegurarme de que no hay nadie... ya sabes... calentando su cama. Sería muy difícil para mí ocupar ese lugar si ya hay alguien ahí. ¿Me entiendes? Soy mujer y como tal comprendo que debemos utilizar nuestras armas para conseguir lo que deseamos, pero no lucharé contra ti si estás ejerciendo tus artes en esos dominios.

Laura la miró estupefacta. Ahora sí que se había pasado tres pueblos. Vamos, casi había cambiado de país. La expresión en el rostro de la española fue transformándose en una fría máscara a medida que asimilaba las intenciones de Alina. Estaba dispuesta a meterse en su cama para conseguir lo que pretendía.

—Creo que debo irme —dijo poniéndose de pie.

—¿Te he molestado? —Alina se mostró de nuevo como la persona que Laura había conocido—. No querría perder tu amistad por esto, si estás interesada en él no interferiré, valoro mucho tu amistad.

¿Por qué era que no le resultó sincera? Era como si ahora pudiese ver lo que había bajo la máscara.

—Alina, no pienso que las mujeres tengamos que ejercer nuestras «artes» de manera sibilina. Opino que si tienes interés por Connell debes ir y decírselo para que él pueda decidir lo que quiere. No me he metido en su cama para marcar mi territorio, si me meto en la cama de un hombre será porque los dos así lo deseemos. —Caminó hacia la puerta con la irritada mirada de Alina clavada en la nuca—. Gracias por el drambuie, seguro que la tarta estará deliciosa.

Laura salió de allí y cuando vio a los dos pequeños, que seguían jugando incansables, sintió un pellizco de tristeza.

—¿Qué haces aquí?

Connell la encontró en la torre contemplando la puesta de sol.

—Necesitaba pensar y este lugar es perfecto para eso —dijo mirándolo un instante y volviendo de nuevo la vista hacia el horizonte.

—¿Te ocurre algo?

Se dio la vuelta y se apoyó en el muro bajo mirándose las manos, que trenzaban uno de los cordones de su vestido.

—Esta tarde he tenido una conversación muy interesante con Alina MacFarlane —dijo.

Connell la miró frunciendo el ceño.

—¿Y por eso estás así?

—¿Así cómo?

—Taciturna..., melancólica.

Se colocó frente a ella y apartó un mechón de pelo, que se había salido del recogido de Marie, y le caía delante del ojo. Lo colocó en su sitio con suavidad y volvió a mirarla a los ojos.

—¿Qué te ha dicho Alina?

—Me ha preguntado si me acuesto contigo.

Connell sonrió ligeramente.

—¿Tan terrible te parece la idea?

Laura movió la cabeza negando, como si no la comprendiera, y miró

hacia otro lado.

—Lo ha preguntado de un modo... —dijo pensativa—, me he dado cuenta de cómo son las mujeres ahora... No creo que jamás pueda encajar, no puedo aceptar según qué cosas.

Connell la miraba confuso. Se dijo que debía ser una cuestión del idioma y esperó que siguiera hablando.

—Está interesada en ti —dijo apartándose de la pared unos centímetros—. Ya lo sabes, si te apetece que te calienten la cama tienes una candidata dispuesta.

Se apartó de él para dirigirse a la puerta, pero Connell le cortó el paso y volvió a capturar su mirada.

—¿Crees que solo hay una candidata? —preguntó con sorna—. No pensaba que me tuvieras por tan poca cosa.

—¿No te han dicho nunca que eres un arrogante engreído?

—¿Por qué habrían de decirme tal cosa? No voy a hacerte una lista de todas las mujeres que se han ofrecido literalmente a calentarme la cama, pero te aseguro que son muchas.

Laura soltó el aire por la nariz, enfadada y trató de esquivarlo para llegar a la puerta.

—¿Qué te molesta tanto? —insistió él—. ¿Por qué te importa?

—No me importa —dijo y apretó los labios.

—Oh, sí que te importa.

Laura no quería esa mirada en los ojos de Connell, no era eso lo que pretendía y se irritó aún más.

—No me estoy ofreciendo, si eso es lo que has pensado —dijo apartándolo de un empujón—. ¡Mierda! ¡Qué difícil es comunicarse con vosotros! Me ha molestado el modo en que lo ha dicho, nada más. Por mí te puedes ir acostando con todas las mujeres de Escocia y seguir hacia Inglaterra...

—Jamás me acostaría con una *sassenach* —dijo Connell con expresión despreciativa.

—Estoy segura de que si tuviera unas buenas tetas te acostarías con lo que sea que hayas dicho y con su madre.

—Tienes una lengua muy sucia, Laura Martos.

—Lo que tengo es un cansancio emocional que no me aguanto —dijo al borde de las lágrimas.

—Quiero escuchar música, comerme un helado de turrón, bañarme en

una piscina, conducir y oír el maldito sonido del despertador que me diga que todo ha sido una insoportable pesa...

Connell la besó para hacerla callar y Laura cedió sintiendo que se le borran de un plumazo todos aquellos atronadores pensamientos. Sus dedos subieron hasta enmarañarse con los rojos cabellos del escocés y, en lugar de apartarse, se apretó contra su cuerpo. Connell bajó una de las manos que tenía en su espalda y agarró una de sus nalgas con firmeza atrayéndola hasta que su erección encontró un lugar al que presionar. Laura sintió que todos los mecanismos capaces de producir el ansiado orgasmo se estaban poniendo en funcionamiento y se preguntó por qué narices tenía que resultarle tan fácil.

Y, de repente, todo cambió. El beso de Connell se volvió suave y dulce. Sus manos la rodearon y atrajeron con tal delicadeza que fue como si la acunara. Un sentimiento distinto empezó a emerger en el pecho de la joven. Fuerte y sólido como una roca, pero tierno y sereno con la certeza de un mañana.

El escocés se apartó de ella cogiéndole la cara con las manos para mirarla a los ojos.

—No quiero que ninguna mujer caliente mi cama —dijo—. Quiero una que caliente mi corazón.

Ella lo miraba conteniendo la respiración. ¡Yo quiero ser esa mujer! Gritó en silencio.

—No soy tan superficial ni estoy tan vacío como crees. —La soltó y dio un paso atrás para dejarla pasar—. Yo también estoy cansado de que me conviertas en alguien que no soy para sentirte mejor despreciándome.

Laura levantó la barbilla sin saber por qué se sentía ofendida. Sin decir nada abrió la puerta y desapareció por la escalera de caracol dejando al escocés contemplando la puesta de sol con la mente revuelta.

Capítulo 14

Al día siguiente Laura bajó a desayunar temiendo el encuentro con Connell, pero no tenía de qué preocuparse porque el escocés había salido temprano y no volvería hasta la noche.

A la hora de la cena entró en el comedor dispuesta a enfrentarse a él y decirle unas cuantas verdades, pero enmudeció ante la sorpresa que le tenía preparada.

—Buenas noches, Laura —dijo Connell saludándola—. Le he pedido a Alina que cene con nosotros.

—Ha sido un precioso detalle, señor MacDonald...

—Connell, por favor, Alina, ya te he dicho que puedes tutearme.

—¡Oh, es cierto! —rio afectada.

Laura se había sentado sin emitir el más mínimo sonido y ahora sentía deseos de pinchar aquel pollo, que esperaba en el centro de la mesa para ser trinchado, y lanzárselo a Alina para que rebotase en su cabeza. *¡Oh, es cierto!* La imitó mentalmente. ¿Cuánto hacía que había muerto su marido? ¡Dos días y medio!

—¿No piensas lo mismo, Laura?

La joven española los miró alternativamente sin saber qué decir. Estaba claro que le estaban preguntando algo, pero no tenía ni idea de qué era. Así que optó por sonreír como una boba y encogerse de hombros mientras colocaba la servilleta en su regazo.

Connell y Alina siguieron con su conversación mientras ella dedicaba toda su atención a la comida que Mayssie acababa de ponerle en el plato. ¿Cuánto hacía que se conocían Connell y la mujer de ese pobre hombre que

murió en una sucia prisión de Inglaterra? No sabían nada el uno del otro. Sí, quizá hubiese atracción física, pero...

—Laura, ¿le pasa algo a tu pollo? —Connell miraba el despiece de carne que había hecho Laura en su plato y contuvo la risa. Estaba claro que no era al pollo a quién deseaba descuartizar.

Laura vio el estropicio que había hecho y sonrió como una boba.

—Me gusta cortarlo primero —dijo sin demasiada credibilidad. *¿Por qué no te metes en tus asuntos?*

—¿Ya tienes vestido para la boda, Laura? —preguntó Alina con una sonrisa sibilina—. Será todo un acontecimiento social, iré lo mejorcito de cada casa, espero que dejes el listón de las amistades de Connell muy alto...

Laura pensó que su sonrisa era como la de los pescados esperando en el hielo de las pescaderías para ser descuartizados.

—Margaret me dejará uno suyo...

—¿Vas a llevar el vestido de otra? —preguntó Alina con expresión horrorizada.

—Por lo menos ella está viva —susurró Laura mirando a Connell que trató de esquivar con una sonrisa los cuchillos que salían de sus ojos.

—¡Lo que me habría gustado a mí ir a esa boda! Pero, claro, soy una abnegada madre, no me separaría de mis hijos por ningún motivo.

—¿Los has traído a cenar? —Laura miró a su alrededor buscando a los pequeños y luego le dedicó una falsa sonrisa.

—No, ya están durmiendo —respondió Alina, que no era tonta y ya se había percatado de la animadversión que Laura sentía por ella.

—Ya veo —dijo Laura apartando su plato casi intacto y sirviéndose más vino.

Connell la observaba con disimulo y empezaba a preguntarse si habría sido mala idea juntar a las dos mujeres esa noche. Laura empezaba a mostrar un ánimo decaído. Más que furiosa parecía triste.

—En realidad yo solo voy a acompañar a Laura —dijo mirando a Alina—, no tenía intención de asistir a la boda de Luke.

—¡Oh! —exclamó Alina sorprendida—. ¡Pero es su hermano!

—Hermanastro —rectificó—. No olvide que soy un bastardo.

—Bueno, eso no tiene importancia, sea como sea es un MacDonald.

Laura miró a la viuda y tuvo que reconocer que aquel comentario decía más de ella que de él.

—¿Hay baile en las bodas escocesas? —preguntó mirando a la mujer con

una expresión más suave.

—¡Claro que hay baile! —exclamó—. La celebración puede durar hasta el día siguiente. Al menos para los que aguanten. En mi boda los invitados esperaron hasta que mi marido y yo nos levantamos a desayunar. No se fue nadie.

Laura se sintió contagiada por su risa y siguió preguntándole cosas de su boda. La velada resultó mucho más agradable de lo que hubiera esperado y cuando se retiró a su habitación tenía un sentimiento agridulce. Por una parte se sentía mal por haberse comportado de un modo tan injusto con Alina y por otro estaba contenta de haber rectificado a tiempo.

Al pasar cerca de la casa de Alina, cuando iba camino del bosque de tejos, Laura pensaba en lo que había ocurrido la noche anterior y se castigó mentalmente por su actitud ruin y mezquina. ¿No era normal que Alina quisiera encontrar un hombre que le diese su protección? De algún modo era lo que Connell había hecho al llevarla a sus tierras y ofrecerle un hogar en el que vivir con sus hijos huérfanos. No había nada malo en ello. Él era un hombre libre.

Se sacudió aquellos pensamientos y siguió su camino con el ánimo algo bajo. Sentía que los colores eran más intensos aquella mañana y el aire fresco portaba olor a jazmines y hojas verdes. Todo parecía más hermoso a su paso y provocaba en su ánimo una extraña sensación de melancolía. Volvía a sentirse sola de nuevo, después de unos días agradables, incluso divertidos.

Nunca confesaría que sus pasos la llevaron por aquel camino con toda intención. Sabía que él iba a bañarse allí, Margaret se lo contó, y siempre había evitado acercarse, cuando salía a pasear temprano, por temor a encontrarlo.

Se aproximó despacio escuchando el sonido que hacía la cascada de agua sobre la poza. Lo vio nadando y se ocultó detrás de uno de los tejos que crecían cercanos al río. Con el corazón latiendo desbocado y la espalda apoyada en el tronco, se quedó un rato inmóvil temiendo ser descubierta. Cuando por fin se decidió a moverse y salió de su escondite dispuesta a alejarse de allí se encontró con que Connell había salido del agua y, ajeno a su presencia, realizaba algunos ejercicios de estiramiento, completamente

desnudo. Laura se quedó hipnotizada por la belleza de su cuerpo y la perfección de aquellos músculos y no se dio cuenta de que estaba expuesta a su mirada hasta que él se volvió y la encontró mirándolo de arriba abajo.

En lugar de cohibirse, el escocés se llevó las manos a la cintura sin dejar de mirarla.

—Has salido temprano —dijo.

Laura estaba roja como un tomate y no atinaba a dónde mirar. El escocés cogió su ropa y comenzó a vestirse con una sonrisa divertida bailándole en los labios.

—¿Vas al bosque de los tejos? —preguntó acercándose a ella—. Ya puedes mirarme, estoy vestido.

Laura asintió, mirándolo con precaución.

—Sí —dijo una vez asegurado el perímetro.

—Anoche al final todo fue bien —dijo él.

—Muy bien —dijo ella con expresión apesadumbrada—. Siento haberme comportado como una niña malcriada.

—Lo mismo digo. —Su sonrisa traviesa era irresistible—. Confieso que la invité para molestarte.

—Lo sé.

—¿Qué nos pasa? —El escocés se acercó a ella hasta que entre sus cuerpos no había más de diez centímetros.

Laura puso las dos manos en su pecho y notó el calor que emanaba de su cuerpo a pesar del baño fresco que acababa de darse. Sin pensarlo se alzó sobre las puntas de sus pies y lo besó con ternura, despacio, saboreando el momento y sus suaves labios cuyo sabor ya había hecho suyo. Él la rodeó con sus brazos y convirtió el beso en otro mucho más exigente y ávido. Sus lenguas se acariciaron como preludio a una promesa no cumplida aún. Laura sintió la fuerza de su urgencia chocando contra su vientre. Llevó entonces una de sus manos hasta la musculosa espalda masculina mientras acariciaba con la otra su mejilla. Bajó por su cuello, luego su pecho, su vientre duro y tenso...

Connell gimió en su boca y la arrastró lentamente hasta el árbol. Ninguno de los dos era consciente de dónde estaban, tan solo podían atender a la concentrada explosión de sus emociones. Los besos se fueron haciendo cada vez más intensos y Laura temió que fuese a robarle el alma por la boca. Agarró la camisa y trató de quitársela por la cabeza, pero era demasiado alto.

Connell aflojó las tiras de su corpiño y liberó sus pechos de la prisión que

los oprimía. Se inclinó y comenzó a besarlos con suave desesperación hasta que capturó entre los labios el enhiesto botón rosado y Laura lanzó un largo y sentido gemido. El escocés se puso rígido, apartó su boca y dejó caer los brazos a los lados de su cuerpo.

—No debo hacer esto —dijo como si le costara la vida.

Laura lo miró incrédula. ¿Qué no debía? Entonces, como si alguien hubiese encendido la luz de su inteligencia, comprendió. Cerró los ojos y se mordió el labio con un enorme sentimiento de agobio.

—*¡Siglo XVII, Laura, siglo XVII!* —dijo una voz en su cabeza.

—*¿Qué pasa? ¿En el siglo XVII no se folla?*

—*¡Claro, hija! Pero a ti te deja manchada para los restos. Como no te cases con él primero...*

Abrió los ojos asustada y se apartó de él. Una cosa era tener sexo con aquel tremendo ejemplar de hombre y otra muy distinta casarse. Quita, quita.

Connell la miró como si le doliese el alma, pero dejó que se apartase de él, lo que teniendo en cuenta aquellos enormes músculos de sus brazos capaces de dominarla era todo un detalle por su parte.

—Será mejor que me marche —dijo Laura respirando aún con dificultad y arreglándose la ropa que dejaba ver una parte importante de sus pechos.

—Hace muy poco que nos conocemos —dijo él como si estuviese excusándose por algo, aunque Laura no entendió muy bien por qué—. Pero nunca había sentido algo tan fuerte por una mujer.

¡Ay, madre! Laura empezó a dar pasitos cortos hacia atrás.

—Estate quieta, mujer —dijo el escocés acercándose a ella—. Escucha lo que tengo que decirte antes de salir corriendo. No voy a... violentarte.

Laura no sabía si echarse a reír o echar a correr. ¿Violentarla? ¡Pero si prácticamente se había tirado sobre él! No, lo que le deba más miedo era hacia dónde intuía que iba su discurso.

—No tienes que decir nada...

—Quiero —la cortó con firmeza acercándose a ella.

Su enorme tamaño y su expresión decidida resultaban impresionantes desde tan cerca.

—Nunca he deseado tomar mujer porque nunca he sentido algo por ninguna que me impulsara a atarme para siempre. Tú me gustas mucho, no sé por qué, no lo comprendo. No eres especialmente hermosa y tampoco tienes una familia que pueda aportar nada a este matrimonio. Aunque eso no tiene por qué ser malo, de ese modo no tendré problemas con padres entrometidos

o familiares abusones. De hecho ese es el motivo principal para que aceptes mi proposición: no tienes a nadie. Si te casas conmigo tendrás un hogar y mi protección. Si no te resulto desagradable, claro.

Aquel «claro» retumbó en la cabeza de Laura, que lo miraba petrificada. Al final lo había dicho. De nada sirvieron los gritos mentales y los puñetazos imaginarios contra aquellos enormes y desarrollados pectorales pidiéndole que se callara ahora que aún estaba a tiempo. Claro que Connell no los había escuchado, tan solo la veía parada frente a él, inmóvil y pálida, y con cara de idiota.

¡Pero si solo hace unos pocos días que nos conocemos! Laura sentía un terror profundo y denso que le subía por el pecho hasta la garganta. Un terror que nacía de sus propios sentimientos.

Sobre su hombro izquierdo un enano que se parecía sospechosamente a Tyrion Lannister le gritaba para que aceptase aquella tan poco romántica proposición.

«—¡Sí, capulla! Di que sí. ¿Qué vas a hacer sola en el siglo XVII? Como poco te violaran tres paletos como los Campbell y lo más probable es que te mate alguien con mucho dolor. Si le dices que sí él te protegerá y tendrás una casa en la que cobijarte.

—Un castillo —respondió ella sin emitir ningún sonido.

—Eso, un castillo —corroboró Tyrion sentándose en su hombro».

«—No escuches a ese indecente enano».

Laura no se sorprendió de que en su hombro derecho apareciese un ángel con el aspecto de Katy Perry. En aquellos momentos no le habría sorprendido nada.

«—No puedes casarte con alguien solamente por miedo.

—¿Tú has visto ese cuerpo, Katy?

—Sí, cierto, está como un queso. Para comérselo enterito, pero eso no compensa la mierda de proposición que acaba de hacerte. Solo le ha faltado decir que eres fea. No, Laura, tú mereces algo mejor, en el siglo XXI y en el XVII.

—Ya, por eso mi destino es quedarme para vestir santos».

El ángel se sentó también en su hombro y suspiró. Un suspiro largo y profundo cargado de intensidad.

—En el XXI o en el XVII —dijo Laura en voz alta.

—En el XXI o en el XVII, ¿qué? —Connell la miraba confuso.

—Tengo que pensarlo —dijo haciendo como si su último comentario no

hubiese existido.

Connell asintió después de unos segundos.

—Está bien. ¿Cuánto tiempo necesitas para responderme?

—Después de la boda —dijo sin pensarlo demasiado—. Te daré una respuesta después de la boda, así tendrás unos días para cambiar de opinión. Porque puedes cambiar de opinión...

—No soy de los que cambian de opinión.

—Pero puedes hacerlo —insistió ella.

—No voy a hacerlo.

—Pero puedes hacerlo.

—¡Eres imposible! —dijo dándose por vencido y caminando hacia algunas cosas que había dejado junto a la poza.

—Pero podemos seguir besándonos, ¿no? —preguntó Laura antes de seguir con su camino.

Connell se volvió para mirarla y sonrió.

—Me lo vas a poner muy difícil, ¿verdad?

Laura también sonrió, después se mordió el labio con picardía y se dio la vuelta para alejarse de él. Connell se quedó allí observándola hasta que desapareció. Tenía claro que si no aceptaba casarse con él, no podría resistirse. Y por extraño que fuese, a Laura no parecía importarle lo más mínimo.

Capítulo 15

Esta vez el viaje estaba resultando mucho más agradable que la primera vez que cabalgó con Connell, después del ataque de los Campbell. Iba montada en su propio caballo y podía disfrutar del paisaje sin la tensión de tener el cuerpo del escocés pegado a su espalda.

Salieron poco antes del amanecer y se detuvieron a contemplar la salida del sol tras los brumosos páramos.

—Es precioso —dijo Laura contemplando embelesada el espectáculo.

Connell la observaba sin que ella se percatase y su expresión era una mezcla de sorpresa y desconcierto. El escocés sentía cierta tristeza porque hubiese llegado ya el momento de emprender el viaje hacia Broch Deich. Aquellas semanas con Laura habían sido, probablemente, las más felices de su vida y resultaba desalentador reconocerlo. ¿Qué clase de vida había tenido antes de conocer a aquella salvaje mujer para que su sola compañía convirtiese su vida en un apacible y delicioso paraíso?

—¿No crees que deberías contarme ya lo que hacías en la cueva de los susurros? —dijo Connell sacándola de su ensimismamiento.

Laura lo miró con anhelo, como si deseara hablar pero temiese hacerlo.

—Me miras como si me temieras —dijo él.

—En cierto modo es así —confesó la joven sin apartar la mirada—. Si te dijera el motivo pensarías que estoy loca y no sé lo que hacéis con los locos aquí.

La sonrisa de Connell era la más sensual que Laura hubiese visto nunca, sus ojos brillaban de un modo chispeante cuando sonreía y se le acentuaba el hoyito de la barbilla. No sabía cómo podía haber convivido todos aquellos

días sin acabar uno en los brazos del otro. Tuvo que emplear mucha resistencia y dejar a un lado todas sus artes de seducción para no agravar la situación. La espantosa proposición había tenido más efecto que un cinturón de castidad con siete llaves.

—El día que te encontré te comportabas como una loca y aun así te llevé a mi casa —dijo—. No creo que debas temer nada a ese respecto.

—Creía que estaba soñando.

—¿Tan apuesto te parecí que no pensabas que pudiese ser real?

Laura sonrió y no respondió, pero hubiera querido decirle que sí.

—Háblame de tu padre —pidió regresando a su caballo y subiendo con bastante soltura. Connell no le había puesto ninguna pega a que montase a horcajadas—. De tus hermanos... ¿Cuánto tiempo viviste con ellos?

—No mucho —respondió dirigiendo su montura para ponerse de nuevo en camino—. Mi tío no estaba de acuerdo, lo aceptó porque no le quedó más remedio.

—¿Tu tío también se lleva mal con tu padre?

—Lo suyo es diferente. Malcolm no le tiene miedo a Alexander, siempre le ha hablado sin tapujos, porque el *laird* sabe que será fiel a él hasta la muerte.

—¿Y tú no?

Connell sonrió sin humor.

—Estoy seguro de que es lo que cree. Si te soy sincero, nunca lo he visto como un padre —dijo con sinceridad y sin asomo de rencor—. Lo respeto como *laird*, pero no como hombre, esposo y padre. No estoy obligado.

—Por supuesto que no —corroboró Laura.

—Margaret se me subió a la chepa en cuanto aparecí en Broch Deich —siguió respondiendo a su petición—. Me convirtió en su hermano favorito y no tuve corazón para decepcionarla, era una chiquilla muy especial. Que tenga el nombre de mi madre tiene que ser una señal.

—Es extraño que tu padre le pusiera el nombre de... tu madre —dijo Laura.

—Alexander es un hombre retorcido, siempre ha actuado tan solo buscando su propio beneficio sin importarle los cadáveres que deja a su paso. Pero también tiene un humor muy ácido, le gusta desconcertar a todo el mundo

—¿Crees que los Campbell tienen razón en odiarlo?

Connell se encogió de hombros.

—No creo que los Campbell necesiten tener razón para eso. Es algo que viene de muy lejos.

—¿Por qué se casó con una mujer de un clan al que odia? —preguntó refiriéndose a Agnes, la primera esposa del laird.

—Política —dijo como si la palabra fuese lo suficientemente elocuente—. Los jefes de los dos clanes lo decidieron así. Ellos tuvieron que acatar esa decisión.

—¿Ya conocía a tu madre? ¿Sabes si se amaban entonces?

—No lo sé. Nunca me ha hablado de aquello. Y cuando mi madre murió yo era demasiado pequeño para interesarme por estos temas. Pero no sé si Alexander amó a mi madre alguna vez. No tengo claro que haya amado a alguien en toda su vida.

—¿Y tú? —preguntó directa—. ¿Has amado a alguien alguna vez?

Connell tosió al atragantarse con su propia saliva. Cogió la cantimplora y bebió con ganas.

—¿Quieres matarme, mujer? —preguntó cuando se hubo recuperado.

Laura soltó una sonora carcajada y su caballo relinchó como si también se riera de él. Connell la miró irritado.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—¡Tu cara! —dijo entre risas—. ¡Estás tan gracioso! ¡Ojalá tuviese una cámara!

Connell la miraba sin comprender.

—En Instagram lo petarías —dijo en español y sin dejar de reírse.

El castillo del *laird* de los MacDonald era un edificio sombrío y húmedo. Desde allí podía escucharse el rumor del río y, mirases a dónde mirases, todo era vegetación. El exterior bullía de actividad y a Laura le sorprendió su aspecto descuidado y sucio. Había imaginado Broch Deich como un lugar mucho más señorial.

—¡Connell! —gritó un jovencito corriendo hacia ellos. Laura dedujo que era el palafrenero—. ¡Qué bien que has venido!

Connell saltó del caballo y acarició al pequeño alborotándole el cabello. No debía tener más de doce años y sus ojos azules tenían una vitalidad contagiosa.

—Yo también me alegro de verte Peter. Has crecido mucho desde la

última vez que te vi, ya no podrás pasar debajo de mi caballo sin tener que agacharte —dijo de manera jocosa.

—Muy gracioso —dijo el niño sin ofenderse.

Laura bajó también de su montura con cuidado y se acercó a ellos.

—¿Es tu novia?

—No, Peter, es mi invitada. Se llama Laura.

—Hola, señorita Laura —dijo el joven—, soy Peter MacDonald. Yo me encargo de los caballos.

—Es el pequeño de la familia —dijo Connell volviendo a alborotarle el pelo.

Laura observó ahora el parecido entre ambos, compartían la afilada nariz y el hoyuelo en la barbilla, además de una pícaro sonrisa.

—Muchas gracias, Peter —dijo Laura sonriéndole—. Encantada de conocerte. Pronto serás mucho más alto que tu hermano, ya lo verás. Y más guapo.

El joven sintió que sus mejillas se calentaban y se apresuró a marcharse con los caballos tratando de que Connell no se percatase. Sabía que si se daba cuenta estaría riéndose de él durante años.

—Parece que sí tienes un amigo aquí —dijo Laura caminando de espaldas hacia la entrada del castillo sin dejar de mirarlo—. Quizá él pueda contarme tus secretos amoríos, Connell MacDonald.

Se dio la vuelta riendo y el escocés entrecerró lo ojos para observarla con atención mientras se alejaba. Su cerebro no dejaba de recibir mensajes contradictorios. Era como si lo tuviese atado con una soga al cuello y tirase de la cuerda cuando se alejaba, pero lo espantase si se acercaba. Frunció el ceño desconcertado. Estaba deseando que pasara la boda para escuchar su respuesta. Una vez la tuviese bien atada, no dejaría que volviese a llevar las riendas nunca más. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. No había querido pensar en ello, pero debía valorar la posibilidad de que realmente fuese una espía inglesa. Si descubría que lo había estado engañando no podría dejarla ir sin más y por primera vez tuvo miedo. Miedo de lo que los suyos le harían de ser así.

Se quitó aquellos malos pensamientos de la cabeza y caminó hacia el castillo. Ahora tenía otras cosas de las que preocuparse.

—Nos alegramos mucho de verte, Connell —dijo, Rose, la esposa del

laird Alexander—. Bienvenida a nuestra casa, Laura.

La madre de Margaret era una mujer de una elegancia extraordinaria. Laura supuso que había sido educada para ser una dama ya que su porte así lo indicaba. Llevaba el pelo en una larga trenza que habían sujetado a su cabeza con una intrincada filigrana. Su vestido caía sobre su moldeado cuerpo ajustándose sobre sus pequeños pechos. Estaba claro de quién había heredado su físico la hermana de Connell. Tenía una mirada afable y su sonrisa parecía sincera.

Laura hizo una pequeña reverencia, tal y como había visto hacer a otros invitados que habían entrado antes que ellos, aunque se sintió completamente ridícula.

—Muchas gracias. Espero que no les moleste mi presencia en un momento tan especial para la familia —dijo con sencillez.

Aquel comentario le pareció muy tierno a Rose MacDonald y acentuó su sonrisa.

—Cualquiera que venga de la mano de Connell es bienvenido. Y más siendo una jovencita tan agradable.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —dijo una voz masculina irrumpiendo en el salón—. ¿Has venido a presentarme tus respetos, hermanito?

Laura observó al enorme y barbudo pelirrojo que se había acercado a ellos. Tenía unos enormes brazos, uno de los cuales mantenía ahora extendido en señal de saludo hacia su hermano. Connell entrelazó el suyo, agarrándolo del antebrazo con firmeza, y Laura tuvo la impresión de que sus ojos se batían en duelo frente a todos los presentes.

—No podía perderme la boda de mi hermano favorito —dijo Connell sin apartar la mirada.

—No esperaba menos de ti —respondió el otro con una sonrisa perversa.

Laura supuso que Alexander era el hombre canoso que se mantenía erguido en un lugar preponderante de la sala hablando con alguien que parecía estar presentándole sus respetos. Cuando terminó de hablar, el *laird* le hizo un gesto a Connell para que se acercase, y el escocés obedeció con evidente respeto.

—Me alegra verle, padre —saludó, agachando la cabeza.

—Bienvenido —respondió Alexander.

Laura habría querido pensar que estaba contento de ver a su hijo, pero lo cierto es que el *laird* no mostró la más mínima emoción. Alexander MacDonald no era para nada como ella lo había imaginado. Esperaba ver a

un hombre duro y cruel con aspecto de vikingo y mirada asesina. Pero ver a Alexander MacDonald era como viajar de nuevo en el tiempo y encontrarse con Connell dentro de veinte años. Seguía teniendo un porte magnífico y tan solo las canas que poblaban sus cabellos y algunas arrugas alrededor de sus ojos evidenciaban el paso del tiempo.

—Tu hermana nos avisó de que venías —dijo el *laird*.

Connell asintió con la cabeza.

—Ella y su madre me han pedido que sea paciente y confíe en tu buen juicio —siguió Alexander—. Y eso es lo que voy a hacer.

—No vengo a traer conflicto —dijo Connell.

—Bien, porque hay algo que debes saber antes de que podamos acogerte. —El rostro del *laird* no mostraba ninguna expresión—. Los hijos de Ian Campbell asistirán al enlace.

—¡No! —el grito de Margaret evidenció que ella tampoco lo sabía.

El rostro de Connell perdió el color por completo transformándose en una máscara pétrea.

—¿Has invitado a los hijos del *laird* de los Campbell? —preguntó muy despacio—. ¿El mismo que hizo colgar a Hugh y Lorne?

El *laird* mantuvo el duelo que tenían sus ojos y durante unos segundos dejó que el silencio reptase por aquella sala.

—¿Qué motivo puede haber para que les hayas invitado? No se me o...

—¿Desde cuando el *laird* debe explicar sus decisiones? —Sus ojos echaban chispas aunque su voz se mostraba estremecedoramente serena.

—Connell, por favor... —intervino Rose.

—¡Calla, mujer! —ordenó el *laird* sin dejar de mirar a su hijo—. Se comportará como se espera de uno de mis hijos, por muy bastardo que sea.

—Vas a meter al zorro en el gallinero para que se coma a tus gallinas —dijo Connell mordiendo las palabras.

—Yo tomo las decisiones y no creo haberte pedido consejo.

Connell comprendió que enfrentándose a él no conseguiría nada y suavizó el tono.

—Padre, ese hombre no es de fiar, está maquinando con los ingleses para perjudicarnos.

—Si tienes alguna acusación concreta debes hablar ahora —ordenó su padre.

Connell se controló para no mirar a Laura. No podía contarle a su padre lo que sabía, delante de ella. Con la información que acababa de darle el *laird*

ya no le cabía ninguna duda sobre la española. Sus peores sospechas se habían hecho realidad. Solo siendo una espía inglesa podía saber que aquellos Campbell asistirían a la boda. Recordaba perfectamente la pregunta que le hizo la noche que no podía dormir.

Miró a Luke y le sorprendió verlo tan tranquilo sabiendo que los Campbell estarían en su boda. Sabía que los odiaba tanto o más que él y teniendo en cuenta lo violento que podía ser su hermano lo desconcertó aquella calma. Su padre estaba cometiendo un error gravísimo y los iba a lanzar a todos al precipicio.

Alexander miró a su hijo con expresión irónica.

—Ya veo que sigues cuestionando mis decisiones. —El *laird* miró a su hija y después a su esposa—. Y también veo que vuestra información no era tan buena como pensabais.

—Padre, por favor —dijo su hija acercándose a él—. Los Campbell no...

—¿Cómo te atreves? —dijo su padre mirándola furioso—. ¡Compórtate como una mujer! ¡Deberías preocuparte por encontrar marido, no por asuntos que no te incumben! Él es un bastardo, pero tú eres una legítima MacDonald y tu obligación es obedecer a tu padre. ¡Deja de ponerme en evidencia!

Laura vio como los puños de Connell se apretaban junto a sus firmes piernas. La tensión que emanaba de su cuerpo habría hecho estremecer a cualquiera de sus enemigos.

—En cuanto a ti —dijo volviéndose de nuevo a su hijo—, si no te ves con ánimo de acatar mis órdenes puedes volverte por donde has venido.

A Laura se le erizó el vello de todo el cuerpo como si una corriente eléctrica subterránea acabase de entrarle por los pies. Imaginaba la lucha interna que estaba acometiendo Connell y sintió una enorme pena por él. No solo estaba siendo despreciado por su padre, además lo estaba humillando en público. Observó a los presentes sopesando el daño que aquello estaba haciendo en la imagen del escocés. Además de la familia, estaba el lugarteniente del *laird* y su hijo, la hermana de Rose, su marido y sus dos hijas. Malcolm MacDonald y un grupo de seis hombres de los que no había escuchado sus nombres.

El tío de Connell miraba a su hermano con expresión fría y tensa, la vena del cuello parecía a punto de estallarle y tenía los brazos cruzados frente al pecho con la espalda ligeramente curvada hacia atrás.

Connell se dio la vuelta para salir de la habitación y Laura temió que estuviese dispuesto a marcharse para no volver.

—¡No te he dado permiso para marcharte! —La voz de Alexander sonó atronadora en la sala e hizo que Connell se detuviera en seco.

El bastardo se volvió muy despacio.

—¿Estás dispuesto a acatar mis órdenes? —preguntó el *laird*.

—Sí, padre —dijo con firmeza.

—¿Puedo confiar en tu palabra?

Connell apretó la mandíbula, era evidente que aquella insistencia lo ofendía, pero asintió y agachó la cabeza en señal de respeto.

—Bien, entonces ya puedes irte —concedió el *laird*.

Connell lo miró con el brillo de la decepción chispeando en sus pupilas y salió del salón dejando una estela helada tras él.

Capítulo 16

La escalera acababa frente a una puerta de madera tachonada de clavos. Puerta que ella había escuchado cerrarse mientras subía a la torre y cuyo golpe había estado a punto de provocarle un infarto. La empujó y salió al exterior.

—Será mejor que te largues —gruñó Connell cuando la vio aparecer.

Laura lo miró en silencio durante unos segundos, pero no se fue. En lugar de eso se acercó a él y se giró hacia el exterior del castillo contemplando el paisaje. El viento la azotó haciendo ondear sus cortos cabellos y eso la reconfortó. El cielo estaba plagado de nubes algodonosas y el aire olía a lluvia.

Después de unos momentos de calma, Laura recuperó la seguridad que había perdido tras la escena del salón.

—Estoy de tu parte... —dijo con voz suave y dulce.

Connell tenía la mirada perdida en el horizonte y no dijo nada, como si ella no estuviese allí. Su férreo perfil parecía dibujado contra el azul del cielo.

Era un hombre increíblemente atractivo, con una estructura ósea digna de ser esculpida. Sus labios mantenían su impertérrito dibujo desafiando al horizonte, mientras sus ojos refulgían con brillos irisados. Laura sintió que se le encogía el corazón al comprender que sentía algo por él, algo intenso y extraño para lo que no estaba preparada. Lo sospechaba, pero al ver cómo lo había tratado su padre lo supo.

Al principio fue como el suave aleteo de una mariposa. Lo achacó al hecho de que la salvara de las garras de aquellos brutos que pretendían

violarla. Pero después, día a día, se había descubierto fantaseando con acariciar sus mejillas, sentarse en su regazo, besarlo en los labios...

Lo que había sentido unos minutos antes era otra cosa. Un sentimiento profundo de protección, una rabia sorda y muda contra aquel hombre que no se daba cuenta del daño injusto que le estaba causando a su hijo. O sí, quizá Alexander lo sabía perfectamente y eso era lo que pretendía.

Apartó la mirada, nerviosa, temiendo que él pudiese ver en sus ojos lo que estaba pensando y sintiendo. ¿Se reiría de ella? No era aprecio, precisamente, lo que había visto en sus ojos al encontrarlo allí. Estaba claro que estaba furioso con ella y aunque a Laura se le escapaban los motivos sabía que no tardaría en hacérselo saber. Connell MacDonald era de los que atacan de frente y todo su cuerpo destilaba hostilidad hacia ella.

Connell no la miraba, pero sus pensamientos estaban volcados en ella. Era la mujer más increíble que había conocido nunca. Tenía una risa contagiosa y hablaba sin tapujos ni convencionalismos, de cualquier tema. Se estremeció al recordarla vestida tan solo con la camisola, con la luz del sol atravesándola para mostrar cada curva de su cuerpo como si de una promesa se tratase. Cuando estuvieron hablando tumbados en la hierba deseó rodearla con sus brazos y besarla como si se fuese a acabar el mundo. Como hizo el día que la encontró husmeando en su baúl o cuando lo pilló espíandolo en la poza del río. Aún sentía en los labios el sabor de su boca y en la yema de los dedos la suave textura de sus pechos. No podía borrarla de sus memoria. ¿Cómo podía esa mujer ser una retorcida espía a sueldo de los ingleses? ¿Cómo podía camuflarse tan bien detrás de aquella mirada limpia y aquella falsa sinceridad?

—¿Cómo lo supiste? —preguntó mirándola al fin.

Laura vio cómo su rostro se transformaba. Su mirada se había oscurecido y sus musculosos brazos le parecieron ahora unas potentes armas que podría utilizar contra ella.

—¿De qué hablas? —preguntó, sin poder disimular su temor.

—Los hijos de Ian Campbell.

—Soñé con ello, ya te lo...

—¡No me mientas! —advirtió con voz amenazadora.

Decir la máxima cantidad de verdad posible, se recordó Laura. Era cierto que había soñado con la boda negra, pero lo que no podía contarle es que el profesor MacTavish le habló de ella y por qué sabía que aquella pudo ser la semilla que germinaría con la masacre de Glencoe. Algo que aún no había

sucedido, pero que, si ella no hacía algo, ocurriría sin remedio.

Connell parecía ahora su enemigo y la fiereza de sus ojos la dejó paralizada.

—Me estás asustando —dijo sincera.

—Dime la verdad —dijo mirándola a los ojos sin variar un ápice su expresión.

No hizo falta que la tocara para que Laura supiese que estaba en peligro.

—¿Serías capaz de hacerme daño? —preguntó sintiendo que las lágrimas afloraban a sus ojos. Estaba segura de que un golpe con aquella mano sería como si la golpease con una maza.

Connell apretó los puños. Parecía que sus lágrimas lo enfureciesen aún más.

—¿Quién te envía? ¡Dilo de una maldita vez! ¿Trabajas para los ingleses?

—¡No! —gritó ella con firmeza—. ¿Cómo puedo hacer que me creas? ¡Soy española, no tengo nada que ver con los ingleses!

—Llegaste a mí sin equipaje, sin documentos de ninguna clase, vestida de un modo imposible —dijo moviendo la cabeza—. No eres una simple viajera. No has venido porque quieras escribir un libro. No soy imbécil, aunque tú pareces creerlo.

Laura comprendió que no tenía ningún argumento que refutase su historia. No podía contarle la verdad, no podía aportar nada que lo contradijese... Podría ser una espía inglesa o una extraterrestre. Si estuviese en el lugar de Connell ella tampoco la creería.

—No tengo ningún modo de demostrarte nada —dijo con sinceridad—. Si te contase mi historia no cambiaría nada y aún sería más grande tu desconfianza...

—Inténtalo. —No cedía en su ataque.

—Vi lo que iba a ocurrir en un sueño, te lo dije...

—¿Quieres que crea que sabías algo que ni yo ni mi hermana sabíamos y que te lo revelaron en un sueño? ¿Es esa tu defensa? Te auguro una vida muy corta, Laura Martos.

—Soñé que alguien los mataba en la boda —dijo—. Les cortaban la cabeza con un hacha.

Connell frunció el ceño y Laura vio una grieta en la roca de su firmeza.

—No conocía a tu hermano, pero ahora que lo he visto creo que era él. Luke...

Connell frunció el ceño. Aquella manera de proceder encajaba con su

hermanastro. De hecho, el hacha era su arma preferida. Y, además, odiaba a los Campbell más que ninguno de la familia.

—¿Me estás diciendo que ves el futuro? —preguntó observándola con atención.

—No veo el futuro —dijo respirando con dificultad a causa del temor que aún la atenazaba—. Vengo del futuro.

Connell abrió los ojos como platos y después, inesperadamente la agarró por el cuello y la empujó hasta la pared. Laura notaba la fuerza de sus dedos aunque era consciente de que no le estaba apretando. Las lágrimas cayeron de sus ojos convencida de que su viaje terminaba allí.

—No soy ninguna espía —susurró—. Te lo juro por la memoria de mis padres.

Puso una de sus pequeñas manos sobre su brazo sin dejar de mirarlo.

—Entré en aquella cueva en el año 2018 y cuando salí de ella estaba en 1691. Es la verdad y puedes matarme si no me crees porque aquí no tengo a nadie más que a ti —sus ojos destilaban agua sin freno mientras su boca no dejaba de hablar—. No sé qué hago aquí, no quiero estar aquí. Lo único que quería cuando me encontré con aquellos tres Campbell era volver a subir a aquella cueva y regresar a mi mundo, con mis padres y mis amigas.

Connell seguía con su mano aferrada al frágil cuello de Laura, pero su rostro ya no mostraba la misma dureza. El germen de la duda había hecho presa de su raciocinio y había empezado a contaminarlo todo.

—Sé que es increíble. ¿Entiendes por qué pensé que estaba soñando? Siempre he tenido extraños sueños y eran tan reales que, cuando despertaba, no sabía si eso era en realidad el sueño. Al principio dejé que todo sucediera sin protestar porque creí que soñaba, pero cuando me corté con aquel cuchillo...

Connell la soltó muy despacio con la mirada clavada en sus ojos. Laura se limpió las lágrimas y después cogió la mano con la que la había amenazado y la colocó en su pecho.

—En mi época sabemos que cuando mentimos se acelera nuestro corazón —dijo mirándolo fijamente a los ojos.

Connell notaba los acompasados latidos bajo sus dedos, pero también notaba la abultada curva de su pecho.

—Juro por Dios que lo que te he dicho es cierto. Vengo del futuro, del año 2018. Soy española, me llamo Laura Martos y el día de la boda de tu hermano, Luke matará a los hijos de Ian Campbell, cortándoles la cabeza con

un hacha.

No fue capaz de decirle lo que ocurriría después. No estaba segura de cuál sería su reacción. Connell mantuvo su mano inmóvil durante un rato interminable sin apartar sus ojos de ella. Cuando soltó el aire de golpe, Laura supo que había estado conteniendo la respiración todo ese tiempo y comprendió que para él tampoco estaba resultando fácil.

—Estoy muy asustada —musitó—. No puedes imaginarte el terror que supone para mí estar aquí sin saber si algún día podré regresar...

Connell movió la mano y aprisionó su pecho con firmeza arrancando un gemido de su garganta. Laura sabía que no era buena idea, pero no lo pensó, se puso de puntillas para alcanzar su boca rodeándole el cuello con los brazos. Cuando Connell sintió su lengua se vio invadido por una pasión desconocida, el mismo deseo que arrolló a Laura sin que ella ofreciera la más mínima resistencia.

Connell la besó más profundamente, como si quisiera devorarla, al tiempo que sujetaba su cabeza con las manos para que no se hiciera daño con la pared. Laura tensó su cuerpo contra él y aquel anhelo imposible siguió creciendo en su interior. Se arqueó buscando consuelo para su ansia y provocó en el escocés una explosión de sensaciones.

Laura se detuvo un momento, segura de que estaba perdiendo la cabeza. Miró al musculoso *highlander* sabiendo que si quería podía dominarla por completo sin necesidad de que ella diese su consentimiento. Connell la miró también y sus ojos lanzaron llamaradas de un fuego que lo consumía por dentro, pero la soltó muy despacio y Laura supo entonces que jamás la violentaría. Por un instante se sintió segura y poderosa. Se dio cuenta de que su corazón no la había engañado, era un hombre fuerte en el que podía confiar...

—¿Crees en mí, Connell MacDonald?

La miraba con una velada súplica en sus ojos. Nunca se había entregado así a una mujer, no entendía qué era lo que lo impulsaba a otorgarle el poder de destruirlo sin ofrecer la más mínima resistencia. Pero era plenamente consciente de que no podía negarse a ella. Era como si formara parte de su cuerpo y de su mente. Como si el Hacedor los hubiese creado del mismo barro.

Asintió lentamente.

—Te juro por lo más sagrado que todo lo que te he dicho es cierto —dijo Laura—. Aún no sé por qué el destino me ha traído hasta ti, pero te prometo

que en el momento en que lo descubra, te lo contaré todo. Absolutamente todo.

Selló su promesa con sus labios y Connell respondió con su aceptación.

Laura estaba sentada en una butaca junto a la ventana de su habitación. Había pasado toda la noche en vela y el amanecer la encontró con el rostro cansado y la mente inquieta.

Las piezas habían empezado a encontrar su sitio. Después de confesarle la verdad a Connell el horizonte de sucesos se desplegó ante ella y las piezas se deslizaron por el tablero buscando su verdadera ubicación. Casi podía escuchar el mecanismo de los engranajes rodando sobre sus dientes.

Alexander, Margaret, Agnes y el propio Connell estaban unidos a Evan, Julia y los demás por un hilo invisible. Y había empezado a aceptar que ese hilo era ella.

1691 no sería un año cualquiera para los habitantes de aquel castillo. Era el año en el que se fraguaría lo que luego se convertirá en un hecho histórico: La masacre de Glencoe. Se estremeció con un sentimiento de terror contenido. Terror porque ahora aquellos personajes históricos, que no habían sido para ella más que letras en un libro, se habían convertido en personas de carne y hueso.

¿El destino de Connell era morir en la masacre? Se puso de pie y se acercó a la ventana para ver el camino que llevaba al castillo. Imaginó a los hombres que llegarían hasta allí, comandados por Robert Campbell, para pedir alojamiento.

Tan solo faltaban siete meses para la noche del trece de febrero de 1692. Esa noche cerca de ochenta personas pertenecientes al clan morirían a manos de aquellos traidores, si ella no hacía nada.

Se paseó nerviosa por la habitación. ¿Qué debía hacer? ¿Avisar a Connell? ¿A su padre? Se llevó las manos a la cabeza. No podía cambiar la Historia. A saber cuántas variables provocaría. ¿Podría cambiar su propio destino? ¿Su existencia, incluso?

¿Por qué ningún libro de Historia de los que había leído hablaban de Alexander, de Connell o de cualquier otro miembro de aquella familia?

—Quizá eso sea buena señal —susurró—. Quizá eso signifique que ellos no se vieron involucrados.

«Durante catorce días ciento veinte hombres, que se repartieron en diferentes alojamientos, convivieron con aquellos a los que iban a matar. Jugaron a las cartas, compartieron anécdotas...»

Laura se estremeció mientras recordaba las palabras de el profesor MacTavish en su libro. Ahora las palabras del historiador tenían un significado mucho más aterrador.

«Los huéspedes sacaron sus espadas y asesinaron a todos los miembros del clan que no pudieron escapar de sus camas. Después persiguieron a los que trataron de huir en medio del gélido frío invernal. Hombres, mujeres y niños fueron masacrados sin compasión».

«Alasdair fue asesinado en su cama, no tuvo tiempo de coger su arma a pesar de que lo despertaron los gritos agónicos de sus protegidos. Violaron a su mujer, la mataron y salieron en busca de sus hijos, que habían logrado escapar».

«Un caos de horror, sangre y muerte, que tiñó de infamia aquella noche. Los Campbell quemaron las casas y los animales de todos los adeptos al clan MacDonald, de manera que los que consiguieron huir no tuvieron a dónde regresar. Los que no fueron pasados por la espada murieron de frío y hambre».

—Aun así no puedo decir nada —susurró decidida—. Debo esperar. Tengo tiempo hasta entonces. Dejaré que los acontecimientos se desarrollen de manera natural y decidiré cuando llegue el momento. Por lo pronto tengo que impedir que Luke mate a esos dos...

Una criada entró en la habitación y se sorprendió al verla levantada y gesticulando como si estuviese manteniendo una conversación con alguien.

—Mi nombre es Annie y me han encargado que la atienda en todo lo que necesite —dijo con expresión afable mientras depositaba el vestido para la boda sobre la cama—. Le traigo su vestido, de parte de la señorita Margaret. Me ha pedido que le diga que está sin estrenar.

Laura sonrió, agradecida por la preocupación de la joven. Se acercó a contemplar la prenda con evidente admiración. Tenía un tono amarillo suave y era vaporoso y liviano. Parecía de seda, aunque Laura no tenía mucha idea de telas.

—Es de seda —confirmó Annie, como si leyera la mente—, creo que le sentará muy bien a su color de piel.

Laura lo cogió y se lo colocó sobre el pecho mirándola.

—¿Qué te parece? —preguntó.

La criada sonrió al tiempo que afirmaba.

—La ayudaré a ponérselo —dijo—. Pero antes le prepararé un baño y le traeré algo para que coma. Hoy todo el mundo desayuna en sus habitaciones.

Laura se puso en sus manos, todos esos preparativos la ayudarían a dejar de pensar en otros temas mucho más complicados.

Capítulo 17

La novia se retrasaba. Luke MacDonald se movía impaciente y miraba constantemente hacia la puerta de la iglesia con aspecto malhumorado. El templo estaba repleto de gente y hacía bastante calor.

—Los invitados están empezando a impacientarse —dijo Connell, que estaba sentado al final de la iglesia junto a Laura.

Rose le había hecho señas cuando entraron para que se sentara con el resto de la familia, pero él la rechazó con un gesto de cortesía y arrastró a Laura hasta aquel apartado banco.

—¿En esta época no es habitual que la novia llegue tarde? —susurró inclinándose para que solo él la escuchara.

Connell sintió el aroma de su cabello inundando sus fosas nasales y eso le provocó una oleada de sensaciones muy placenteras que le hicieron sonreír.

—Dentro de lo razonable —dijo—. Me temo que ese lapso de tiempo ya ha pasado hace rato.

Miró hacia el altar donde su hermanastro esperaba visiblemente impaciente.

—Sería todo un acontecimiento que la novia plantara a Luke en el altar —dijo riendo, lo que llamó la atención de las personas que estaban lo bastante cerca como para captar sus palabras.

Laura lo reprobó con la mirada y sonrió a quienes los miraban a modo de disculpa.

—¿Conoces a la novia? —preguntó.

—La conocí cuando era solo una chiquilla —dijo.

—¿Y crees que puede haberse echado atrás? —susurró.

La puerta de la iglesia se abrió en ese momento y la novia entró del brazo de su padre y acompañada por su damas de honor. A Laura le sorprendió que los vestidos de las damas se pareciesen tanto al de la novia.

—Sus vestidos son casi iguales —susurró al oído de Connell.

—Así la novia confunde a los malos espíritus —dijo el escocés sonriendo.

La boda se desarrolló sin más sobresaltos. Laura se pasó todo el tiempo tratando de identificar a los dos Campbell. No quería preguntarle a Connell para no llevarlo a terreno peligroso, pero era lo único que le interesaba de aquella celebración.

El sacerdote dejó caer trece monedas de plata en las manos de Luke y éste las depositó en las de Karen MacAllister, la novia, mientras Laura analizaba uno a uno a todos los asistentes.

—Están sentados a la derecha —dijo Connell sin mirarla—. En la otra bancada.

Laura siguió sus ojos y vio como su mandíbula se endurecía.

—No soy muy buena disimulando —dijo.

—No.

Los jóvenes Campbell eran apenas dos adolescentes. No tendrían más de veinte años. ¿Por qué su padre los enviaría a un lugar que sabía que era peligroso para ellos?

—La hospitalidad de los MacDonald es conocida en toda Escocia. Nadie osaría tocarles un pelo de la cabeza mientras estén bajo nuestra protección —explicó—. Fue un sueño estúpido, nada más.

Laura lo miró frunciendo el ceño, pero no dijo nada. Ya discutirían eso más tarde.

—Hay que reconocer que ese vestido parece hecho para ti —dijo Margaret cuando los vio entrar en gran comedor—. ¿Verdad, hermano?

Connell asintió ligeramente con la cabeza y Laura no pudo evitar reírse.

—Estoy segura de que piensa que si me hace un cumplido se abrirá el suelo bajo sus pies —dijo.

—Siento que tengamos que estar separadas toda la velada —dijo cogiéndola del brazo y llevándola hacia su mesa—. Yo debo estar en la mesa

del novio, aunque estoy segura de que me divertiría mucho más estando con vosotros. Os han puesto a los Campbell.

Esto último lo dijo bajando el tono hasta el mínimo audible y Laura no pudo evitar el respingo.

—¿De verdad? —preguntó asombrada—. ¿De quién ha sido la fabulosa idea?

—Supongo que ha sido padre, pero no puedo asegurártelo.

Laura miró hacia el *laird* y pudo imaginarlo frotándose las manos, perverso, después de dar la orden.

—Procura que lleguen a los postres de una pieza —dijo Margaret y la dejó para ir a su mesa.

Laura se preguntó si aquella joven era adivina o si Connell había hablado más de la cuenta.

—¿Es usted la joven española?

Laura se volvió hacia la voz masculina y se encontró frente a uno de los hijos del *laird* Campbell.

—Soy Ian Campbell y este es mi hermano John —dijo presentándolos.

—Yo soy Laura Martos —dijo devolviéndoles el saludo.

—¿Le gusta Escocia, señorita Martos? —preguntó John.

—Lo que he visto hasta ahora, mucho —respondió tratando de mostrar una serenidad que estaba lejos de sentir.

—Puede venir a visitarnos cuando se canse de Glen Coe —dijo Ian—. Estaremos encantados de enseñarle al monstruo del lago Ness.

Laura sonrió.

—Seguro que es mucho menos aterrador que algunos de los hombres que hay en este comedor —dijo sincera.

Los dos jóvenes Campbell miraron al unísono hacia el lugar en el que estaban el novio.

—Deberíamos sentarnos —dijo John al ver acercarse a Connell.

Laura se volvió hacia él, que saludó a los dos Campbell con un gesto de cabeza y se sentó en su sitio sin más.

—Nos alegramos de tu vuelta a casa —dijo John mirando Connell con fría expresión.

—Muchos escoceses murieron en aquella batalla —añadió Ian—. Fuiste muy afortunado de salir vivo.

—¿Lo sabes porque te lo han contado, Ian? —La voz de Connell sonaba tan afilada como la hoja de su cuchillo.

—Mi hermano tiene dieciséis años —dijo John con expresión ofendida.

—El hijo del difunto Morton MacFarlane acababa de cumplir los diecisiete cuando un soldado inglés le cortó el cuello con su machete.

—Conocíamos a Gibbie —dijo Ian, visiblemente consternado—. ¿Le viste morir?

Connell cambió de expresión y Laura vislumbró en su mirada una honda tristeza cuando asintió.

—Sí, pero no pude hacer nada por impedirlo.

—Cuando éramos niños... —Ian no terminó la frase al ver la expresión de su hermano.

—Se comportó como un valiente —dijo Connell mirando al joven Campbell.

—Todo eso pertenece al pasado —dijo John tratando de cambiar de tema.

—¿Al pasado? ¿Un año te parece el pasado?

—Depende de los sucesos que hayan acontecido en ese tiempo —insistió John—. Está claro que Jacobo ya ha asumido su papel en esta historia y no va a volver a Escocia, al menos durante mucho tiempo...

Laura miró al joven Campbell y después al resto de la sala que se había quedado completamente en silencio. Era como si la voz del joven se hubiera amplificado milagrosamente y se escuchase hasta en el rincón más recóndito de la sala.

Ian empalideció y le hizo un gesto a su hermano para que se callara.

—Cuando dices Jacobo, ¿te refieres al rey? —preguntó Walter MacDonald, el primo de Connell—. No sabía que os tuvierais tanta confianza como para llamaros por el nombre.

Connell miraba al mayor de los dos Campbell con fría serenidad, y a Laura se le puso el vello de punta al detectar la hostilidad creciente hacia ellos. Miró hacia la mesa nupcial y vio en los ojos de Luke que el *highlander* estaba a punto de ponerse de pie, espada en mano. Sabía lo que venía después: las cabezas de esos dos muchachos rodando por el suelo. Sin pensarlo, se puso de pie y levantó su copa para brindar por los novios.

—Que se besen, que se besen, que se besen, que se besen...

Sabía que estaba gritando sola y que nadie más iba a levantar su copa, pero tenía que hacer algo, tenía que...

—Que se besen —coreó Margaret poniéndose de pie, también con su copa en alto—, que se besen.

Poco a poco se fueron levantando los invitados con copa en mano y

coreando la misma petición, hasta que Luke y Karen se besaron.

—Tienes que sacarlos de aquí —susurró Laura para que solo Connell pudiera oírla, mientras la gente reía a carcajadas por la cara que había puesto Luke ante los comentarios obscenos del padre de Karen.

Connell la miró frunciendo el ceño.

—Si no quieres que esto acabe en una masacre... ¡Hazlo! —dijo mordiendo las palabras.

Lo que vio Connell en sus ojos era auténtico terror. Asintió ligeramente y se acercó a los dos hermanos Campbell.

—Acompañadme —pidió.

Ian obedeció inmediatamente, pero John se hizo el remolón.

—¿Adónde? —preguntó desconfiado.

Connell lo miró como se mira a un niño desobediente.

—He dicho que me acompañéis —dijo bajando el tono de voz, pero poniendo en su mirada la suficiente determinación.

—Haced lo que os dice —ayudó Laura.

—¿Por qué? —insistió John empezando a llamar la atención de los invitados más cercanos.

—Aquí corréis peligro... —susurró Laura.

Ian abrió los ojos con evidente temor y cogió a su hermano de la camisa.

—John, haz lo que dicen —pidió.

Laura vio por el rabillo del ojo que Luke se levantaba para ir hacia ellos. Miró a Connell un instante y corrió a interceptar a su hermanastro mientras el escocés sacaba a los Campbell del salón comedor.

—Señor MacDonald —dijo Laura cortándole el paso a Luke—, no he tenido el honor de felicitarlo por su matrimonio, espero que sepa perdonarme. En mi país es costumbre que los novios se pongan en un sitio para que todos los invitados puedan saludarles y ofrecerles sus buenos deseos, pero ya he visto que aquí es diferente y por eso no sabía cuando era el mejor momento de acercarme.

—Gracias, señorita... —dijo sin perder de vista a su hermano que atravesaba las puertas del salón con los Campbell.

—Martos, Laura Martos.

Los ojos de Luke sonrieron de un modo que le provocó escalofríos. Laura se giró y vio que Connell y los Campbell habían desaparecido. Volvió a mirar a Luke.

—Bueno, no le entretengo más. Mi enhorabuena.

Luke hizo un gesto con la cabeza y durante unos interminables segundos siguió allí parado frente a ella, observándola como si estuviera leyendo su código secreto. Después se dio la vuelta y regresó a su mesa dejando a Laura cubierta por una capa de sudor y a punto de sufrir un infarto.

—¿Me concedéis este baile?

Laura se volvió al escuchar la voz de Connell a su espalda y después de disculparse con el amable señor MacIntyre dejó que la rodease con sus brazos.

—¿Nuestros amigos están sanos y salvos? —preguntó en un susurro.

—Los vi alejarse en sus caballos.

Laura sonrió aliviada y apretó su mano en un gesto de complicidad.

—Menos mal que hay baile —comentó mientras se deslizaban por la pista—, pensaba que íbamos a comer y a beber hasta caer reventados.

—Una boda es una fiesta importante para nosotros. Se han repartido barriles de cerveza fuera del castillo para todo el mundo.

—Lo he visto —dijo Laura asintiendo—. Me parece un detalle muy bonito.

Mientras hablaba miraba hacia el lugar en el que bailaban los novios. Pensó en la escena que acababa de producirse cuando la novia, según la costumbre, había iniciado el baile.

—¿Crees que se quieren? —preguntó sin dejar de mirarlos.

—No lo sé —confesó Connell.

—Ella parece triste.

—Luke estuvo enamorado hace tiempo. —Connell sonrió al ver la expresión de sorpresa en el rostro de Laura—. Tenía veinte años. Ella se llama Cailey y es la hija de Raleigh Campbell, primo hermano de *laird* Campbell.

—¿En serio?

Connell asintió.

—Durante meses se vieron a escondidas, hasta que uno de los hermanos de Cailey los descubrió y se lo contó a su padre. A ella la encerraron y no volvió a salir del castillo durante meses. Y a Luke lo cogieron, lo desnudaron, lo ataron en un espino, untaron su cuerpo de resina y lo cubrieron de hojas.

Mi padre y sus hombres tardaron dos días en encontrarlo y pasaron semanas hasta que pudo mear con normalidad. Las hormigas se habían dado un festín. Luke hubiese querido matar a los que le hicieron eso, pero el *laird* no se lo permitió. No iniciaría una guerra por lo que consideraba que culpa suya.

Laura miró a Luke en la distancia y comprendió por qué odiaba tanto a los Campbell. No solo lo habían humillado públicamente, también le privaron de disfrutar del amor de la mujer que había elegido.

—¿Qué ha sido de Cailey?

—La casaron con un Campbell, por supuesto, y ya tiene dos hijos.

—¿Es feliz? —Laura se sentía apenada por ella más que por Luke.

—No sé cómo responder a eso.

Laura asintió y siguieron bailando en silencio.

—Luke ya se ha casado —dijo Connell mirándola a los ojos.

—Nunca había bailado con un hombre que llevase falda —dijo Laura ignorando su comentario.

Connell sonrió.

—¿No vas a contestarme aún? ¿Cuánto más tendré que esperar?

Laura lo miró a los ojos poniéndose seria.

—¿De verdad quieres hacerlo? ¿Sabiendo la verdad sobre mí?

La mirada de Connell le encendió el alma. Había una enorme ternura en sus ojos y su mano apretó su cintura haciéndola sentir segura.

—Si me aceptas...

Connell la cogió de la mano y la arrastró fuera del salón. Salieron del castillo y siguió tirando de ella hasta que tuvo que pedirle que parara porque estaba sin aliento.

—No puedo ir a tu paso sin correr —se quejó soltándose con brusquedad —, y este terreno es muy angosto y accidentado. Me tropiezo todo el rato.

Connell miró su tobillo para asegurarse de que no se había hecho daño.

—Discúlpame, no me acordaba de lo patosa que eres.

—No soy patosa.

Connell se rio a carcajadas.

—Te he visto tropezar con tu sombra.

—Lo que pasa es que tú conoces bien este terreno y yo no. Ya me gustaría verte a ti en un centro comercial. —Laura caminó hasta una piedra y se sentó.

Aún no era noche cerrada y el castillo dibujaba su silueta contra el cielo

azul oscuro. Se habían alejado bastante, pero se escuchaba la música a lo lejos, como un rumor mágico.

Connell apoyó uno de sus pies en la piedra en la que Laura se había sentado. Era consciente de lo nerviosa que estaba y hubiera querido decirle que estando con él no tenía nada que temer, pero no pudo hacerlo porque no era cierto. Su mundo estaba lleno de peligros y no siempre iba a poder estar a su lado...

—Lo cierto es que me hiciste una proposición horrible —dijo Laura mirándolo con severidad.

—¿Horrible?

—¡Pero si prácticamente dijiste que era fea! ¿A qué mujer le gusta eso?

—Yo no dije eso —se rio a carcajadas.

—Es igual —dijo ella quitándole importancia.

Connell se inclinó sobre ella y la miró a los ojos.

—Eres la mujer más bella que he visto nunca. Me pongo a temblar solo con que me roces con uno de tus preciosos dedos. Me estremezco cuando me miras con tus preciosos ojos...

—¡Oh, eres imbécil!

—Supongo que eso es un insulto en tu idioma.

La cogió de la mano y tiró de ella para que se pusiera de pie. Después la rodeó con sus brazos y la pegó a su cuerpo borrando aquella expresión divertida de su rostro.

—Laura Martos, viajera del futuro, extraña entre mi gente... —La apartó para tener espacio suficiente para clavar una rodilla en tierra—. ¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Laura lo miraba a los ojos. Estaba estremecida y sentía que el universo entero estaba moviéndose para alinear correctamente los planetas. Ella no debería siquiera estar allí. Y no solo había viajado más de trescientos años al pasado si no que además había intervenido para cambiarlo. ¿Qué podría ocurrir si se casaba con aquel increíble y maravilloso *highlander*? ¿Si tenían hijos?

—¿Por qué? —preguntó sorprendiéndolo.

Connell se puso de pie lentamente sin apartar la mirada de sus ojos.

—¿Esa es tu respuesta? ¿Por qué?

Laura asintió.

—¿Por qué quieres que nos casemos? Si es por el sexo, no es necesario. Vengo del siglo XXI, allí las mujeres y los hombres lo hacen después de una

noche de fiesta, sin apenas conocerse...

La expresión de Connell era todo un poema.

—Yo no lo he hecho. Bueno, acostarme sí, pero no con desconocidos. Tuve un novio... —Su expresión no mejoraba—. Un novio es alguien con quién piensas compartir tu vida.

—¿Tú ya...?

Laura asintió comprendiendo que quizá para él eso fuera un problema.

—¿En tu época es lo normal? —siguió preguntando el *highlander*.

—Sí. La virginidad no es nada valioso en el siglo XXI. Así que ya ves, si lo que quieres es acostarte conmigo, no es necesario que nos casemos.

Connell frunció el ceño.

—Quiero casarme contigo.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Laura sintiendo que le temblaba el corazón.

—Me duermo pensando en ti y me despierto contigo en mi memoria —dijo sin tocarla—. Mi cuerpo se estremece con solo un suave roce de tus dedos y me descubro mirando embelesado como se mueve tu cabello con la brisa y deseando sentirlo en mis manos. Quiero que seas mi esposa para poder amarte todas las noches y despertarme a tu lado cada mañana. Quiero que seas mi esposa para que calmes mi ira con tus labios y mi soledad con tus brazos. Quiero convertir mi triste castillo en un hogar cálido y confortable lleno de tu risa cantarina y de tus extrañas canciones.

Laura sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—No creo que los Beatles cantasen extrañas canciones —dijo rodeándole el cuello con los brazos.

Connell entrelazó su cintura y los dos se miraron durante unos segundos interminables en los que se dijeron cosas que no se pueden decir con palabras.

—¿Tenemos que esperar a la boda? —preguntó ella con expresión de súplica.

Connell sonrió y le acarició el rostro con dulzura.

—Soy un hombre de mi época —dijo mirándola con intensidad—. Pero podemos casarnos aquí y ahora, si tú quieres.

—Sí, quiero.

Capítulo 18

Sus labios eran suaves y sedosos. Laura jadeó cuando Connell los rozó con la punta de su lengua y la joven metió sus dedos en sus cabellos rojos para tener dónde agarrarse.

El escocés metió uno de sus enormes y fuertes brazos por debajo de su cuerpo y la deslizó hasta colocarla sobre él, como si manejase una pluma. Estaban desnudos y habían dedicado un considerable tiempo a observarse y acariciarse mutuamente. Ahora ya conocían cada detalle del otro y ambos estaban enardecidos con una pasión que habían contenido durante días.

—¿Esta es la función de mantenerse virgen hasta el matrimonio? —preguntó Laura sintiendo entre sus piernas la potente erección del escocés—. ¿Llegar a la noche de bodas desesperados por el sexo?

Connell sonrió con una mirada felina y amenazadora.

—¿Seguro que no debo tener cuidado? —preguntó ansioso.

Laura sonrió al tiempo que asentía.

—No soy una frágil florecilla. Soy una mujer apasionada y fuerte. —Puso una mano en su pecho para frenarlo cuando el escocés ya se lanzaba a la acción—. Pero no quiero que acabes en dos minutos, así que tómate tu tiempo para alargarlo toda la noche a ser posible.

Connell lanzó un gruñido salvaje, como si la sola idea de pasar una noche disfrutando de su cuerpo lo exacerbaba hasta límites insospechados.

—Haré lo que pueda —dijo poniendo las manos sobre sus pechos.

Laura se apretó contra él impidiendo que siguiera tocándola y empezó a jugar con sus dientes mordiéndole suavemente el labio inferior. Connell inclinó la cabeza y atrapó su boca con un beso intenso y profundo

provocando que se desbordara la pasión hacia un punto de no retorno. El escocés aprendía rápido, sus dientes mordieron con delicadeza el labio inferior de Laura tal y como ella le había enseñado. La volteó para colocarse de nuevo encima y dibujó un reguero de besos por todo su cuerpo, bajando por el cuello, pasando por entre sus pechos y llegando hasta su zona más sensible.

La boca de Connell era cálida y su lengua se movía ávida provocando en su esposa vertiginosas sensaciones. Al parecer hay cosas que el hombre siempre ha sabido hacer, se dijo Laura al tiempo que se retorció impaciente.

Después de quince minutos estaban tan excitados que el deseo había empezado a ser doloroso para ambos.

—Ya está bien de preliminares —dijo Laura sentándose a horcajadas sobre su marido.

Connell la miraba como se mira a una diosa y así era exactamente como Laura se sentía.

—¿Qué significan estás letras que hay en tu *sporrán*? —Laura estaba de pie frente a la cama poniéndose el zurrón típico que llevaban los escoceses—. ECD.

Connell no podía dejar de mirarla, allí desnuda frente a su cama con el *sporrán* apoyado sobre su pubis... Sería difícil no pensar en ello cuando volviese colocárselo sobre el *kilt*.

—Son las iniciales de mi nombre —dijo.

Laura recordó las palabras del cura en su boda.

—Eric Connell Darroch —dijo—. Darroch es el apellido de tu madre.

—Así es —dijo él colocando las manos bajo la nuca provocando que sus abdominales se acentuasen.

Laura se quitó el *sporrán* y lo dejó sobre la silla antes de volver a subirse a la cama.

—¿Darroch es el apellido de tu madre? —preguntó de rodillas junto a él. Connell asintió.

—¿Y por qué Connell y no Eric?

Connell sonrió y se encogió de hombros.

—No lo sé. Siempre me llamaron Connell.

—Pues a mi me gusta Eric. Desde ahora te llamaré Eric —dijo sentándose a horcajadas sobre él.

—Tú puedes llamarme como lo desees —dijo su marido sacando las

manos de debajo de su cabeza y colocándolas sobre sus pechos—. Pero te advierto que nadie sabrá a quién te refieres.

—Con que lo sepas tú es suficiente —dijo inclinándose sobre él—. Hazme tuya, Eric. Tómame.

Fue la noche más maravillosa de su vida, con diferencia. Laura nunca imaginó que pudiese sentir tanto y de un modo tan intenso y devastador. La pasión de Connell la había desbordado por completo y provocó una interminable cadena de sensaciones que querría repetir para el resto de su vida.

Después de la rápida boda regresaron al castillo de Turlom siendo ya marido y mujer y aquella primera noche lo convirtieron, por fin, en un lugar al que Connell podría llamar hogar. Lo llenaron de caricias y palabras hermosas. Sus emociones y sentimientos atravesaron sus paredes de piedra y avanzaron por los tortuosos corredores como espíritus enamorados.

Connell la poseyó de un modo estremecedoramente intenso. Había esperado demasiado tiempo para tener a alguien a quien amar tan profundamente. Sobrepasó todos los límites para hacerla suya y la libertad que emanaba de la que ya era su esposa lo llevó hasta cimas que ni siquiera sabía que podía alcanzar.

Le hizo el amor lentamente, recreándose en cada detalle como si se tratase de algo mágico que podía perder y cuyo recuerdo deseaba soldar a su memoria para no olvidarlo jamás.

Laura sintió su emoción como propia y se sorprendió cuando un torrente de lágrimas la desbordó en mitad de la noche. Él la acunó en sus brazos hablándole de amor y ella sintió que tocaba su alma con la punta de los dedos.

Habían hablado mucho aquellos días. De sus padres, de las chicas, de cómo era su vida. También quiso saber con cuántos hombres había estado y si alguno de ellos todavía significaba algo para ella. Lo hizo con respeto, sin recriminaciones. Como si quisiera asegurarse de que no le estaba robando su corazón a otro.

Laura lo había arrastrado de nuevo a la lujuria haciéndole cosas que ni siquiera habría podido imaginar. Lo hizo avanzar tres siglos y le mostró lo mucho que el ser humano habría de aprender en cuestión de sexo una vez se

deshiciese de tantos tabúes. Después se tumbó a su lado y se durmió en sus brazos, mientras el escocés permanecía despierto, con la mirada clavada en el techo y el corazón temblándole en el pecho. Se sentía abrumado por los sentimientos que lo embargaban. Nunca había sentido tanto por alguien. Aquella pequeña mujer que se acurrucaba contra su cuerpo era el ser más poderoso de la tierra. Podría destruirlo con un simple gesto de desprecio o abandono.

Pensó en todo lo que le había contado sobre el futuro. Aquellas inimaginables cosas a las que había llamado coches, trenes o aviones, le parecían cosas posibles, no podía visualizarlas, pero sí creer que algún día llegasen a construirlas. Pero lo que resultaba más estremecedor era la visión de la sociedad que le había descrito. Las relaciones entre hombres y mujeres. Que se permitiese que los hombres se casaran con otros hombres. Los edificios en los que vivían numerosas familias que no pertenecían al mismo clan. Los trabajos que realizaban y por los que recibían un sueldo...

Trescientos cincuenta años es mucho tiempo, se dijo. Pero si miras hacia atrás el mundo no había cambiado tanto en trescientos cincuenta años. El futuro era algo que le resultó aterrador y se preguntó qué ocurriría si ella pudiese regresar y le pidiese que la acompañase. Bajó la cabeza para mirarla y lo supo. No se separaría de ella por muy aterrador que le pareciese.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Laura levantando la cabeza para mirarlo.

Montaban el mismo caballo y llevaban varias horas de camino, pero Connell no había soltado prenda.

—Ya lo verás cuando lleguemos —repitió la misma respuesta que le había dado las otras veinte veces que se lo había preguntado.

Laura se acurrucó entre sus brazos, hacía un frío tremendo y lo que le apetecía era estar en casa frente a la chimenea del salón leyendo tranquilamente. No entendía a qué venía salir de excursión con el frío que hacía. Enero no es un mes para hacer excursiones.

El camino le sonaba, pero no fue hasta que vio a *Las tres hermanas* que lo supo. Se incorporó apartando su espalda del pecho masculino y miró hacia la montaña en el lugar en el que se ocultaba la *Cueva de los susurros*.

—¿Qué haces? —dijo girándose para mirarlo.

Connell no respondió, guio a su caballo hasta el camino y la hizo desmontar primero para después hacerlo él.

—¿Por qué me has traído hasta aquí? —su rostro mostraba temor.

Connell la cogió de la mano y tiró de ella suavemente. Tomaron el sendero que subía a la cueva y Laura no se resistió. Un cúmulo de ambiguos sentimientos la embargaba. Había pensado muchas veces en recorrer ese camino. Sobre todo al principio. Después los meses fueron pasando, su vida se llenó de amor y pasión y el futuro se fue alejando como si de un sueño se tratase.

Ahora estaba allí, frente a la entrada de la cueva y el suelo pareció volver a temblar bajo sus pies, como aquel día.

Connell estaba tras ella y la miraba con el corazón encogido cuando ella se volvió a mirarlo.

—¿Por qué me has traído aquí? —repitió la pregunta.

—Este no es tu mundo —empezó a hablar—. Me has hablado de cómo era tu vida, de cómo serán las cosas dentro de tres siglos. Debo decirte que algunas de esas cosas me parecen horribles, pero teneis remedio para muchas enfermedades y tu vida allí apenas corría peligro. Aquí la vida es mucho más dura y podrías morir de una simple infección. Además tenemos muchos enemigos y siempre estamos guerreando...

—¿Quieres que me vaya? —Laura estaba conmocionada ante la idea de que estuviese diciéndole que ya no la amaba. Había vivido los meses más maravillosos de su vida, no podía ser que ya se hubiese cansado de ella.

—No —negó Connell con expresión triste—, no quiero que te vayas. Quiero vivir mi vida contigo, en Turlom. Quiero tener hijos y amarte cada noche de cada día hasta que me muera. Lo que te estoy diciendo es que me iré contigo si tú quieres volver. Aunque me aterre la sola idea y me parezca que es un mundo atroz. Iré tras de ti hasta el fin del Universo.

Laura sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y corrió a abrazarlo casi con desesperación. Por un momento temió...

Connell la besó con desesperación y Laura sintió el sabor salado de sus lágrimas en los labios. Le cogió la cara entre las manos y lo miró con fijeza a los ojos.

—Te quiero más que a mi vida, Connell MacDonald y jamás me alejaré de ti —dijo y le limpió las lágrimas—. No voy a irme a ningún lado. Me quedaré aquí contigo porque este es mi destino. No entraré en esa cueva, no me arriesgaré a perderte.

—Yo iré...

—No —negó con la cabeza—. No sabemos lo que podría pasar. Podrías morir. Podrías quedarte atrás y que yo no pudiese volver a venir. No me arriesgaré. Tú eres mi vida y mi mundo estará allí donde tú estés.

Connell la abrazó con fuerza y Laura sintió que le crujían las costillas.

—Afloja un poco —dijo riendo—, me vas a romper.

—¡Dios, cómo te quiero! —la besó de nuevo y esta vez el beso duró una eternidad.

Ian Campbell azuzó a su caballo cuando vislumbró el castillo del *laird* de los MacDonald. Debía llegar cuanto antes y advertirle de lo que planeaba Sir John Dalrymple. Había persuadido al rey de que debía dar un castigo ejemplar a los MacDonald de Glen Coe. En cuanto Ian tuvo noticia de las órdenes que recibiría Robert Campbell su vida se convirtió en un infierno. Trató de que su hermano lo ayudase, pero John no quería intervenir.

—¿Vamos a dejar que mueran? —le había gritado Ian.

—No podemos hacer nada —había replicado su hermano mayor—, son órdenes del rey.

Pero Ian tenía un férreo código de honor. Sabía que Connell MacDonald y su ahora esposa Laura los habían salvado, tanto a él como a su hermano, de morir aquel día. Ciertamente es que Luke MacDonald no merecía su ayuda, le habría cortado la cabeza sin dudarlo, pero los demás... Pensó en la bella Margaret y su corazón se estremeció. No, no podría vivir sabiendo que no había hecho nada. Aún había tiempo.

Cuatro jinetes le salieron al paso antes de llegar a la fortaleza. Luke MacDonald iba a la cabeza.

—¡Vaya, qué sorpresa! —exclamó el primogénito del *laird*—. ¡Ian Campbell en mis tierras!

—Vengo a hablar con vuestro padre —dijo con urgencia—. Debo advertirle de algo...

—¿Un Campbell debe advertir al *laird* de los MacDonald? ¿Habrás visto semejante estupidez?

—Luke, déjame pasar, no hay tiempo de...

El hijo de Alexander cogió el hacha que colgaba de su montura y saltó del caballo por el lado contrario. El joven Campbell comprendió que estaba en

peligro y trató de girar su caballo para alejarse de allí, pero todo el mundo sabía que Luke MacDonald era muy diestro con el hacha. Ian apenas se percató de lo que ocurría. Tan solo sintió un golpe seco en la cabeza y cayó del caballo. Muerto.

—Quizá deberíamos haber escuchado lo que venía a decirnos —dijo uno de los hombres que iba con Luke.

—No me importa una mierda lo que tenga que decirme un Campbell. Coged una pala y enterradlo.

—¿Qué no va a venir? —Laura miraba a Connell con mirada furiosa—. ¿Por qué?

—Mi padre no la deja.

—No importa lo que diga tu padre, Margaret y tus otros hermanos tienen que venir. Intenta que vengan todos. Deben quedarse con nosotros hasta, hasta...

—Laura. —Su marido la agarró por los hombros y la obligó a mirarlo, estaba muy alterada—. ¿Qué pasa?

Ella trató de calmarse. Apenas podía respirar con normalidad y sentía una terrible angustia.

—¿Hiciste lo que dije? ¿Le dijiste a Margaret que debía venir? ¿Que la necesito aquí?

—Sí. Envié a Samuel en lugar de mandar una carta. Le dije que la trajese, pero mi padre no la deja venir. Tienen invitados y no quiere...

—No puede ser, no puede ser. —Laura se paseó por el salón completamente fuera de sí—. Esto no tenía que pasar. Lo arreglé. ¡Dios! Creí que ya estaba arreglado...

Connell la miró a hora muy serio.

—¿Qué ocurre, Laura? —Al ver que no respondía se acercó a ella y la sujetó por el brazo obligándola a detenerse—. ¿Qué ocurre?

Laura cerró un instante los ojos sintiendo que el suelo se abría bajo sus pies. Nunca le habló de la masacre, estaba convencida de que sus actos habían cambiado el futuro. Pero cuando recibió la nota de Margaret que le contaba que había un montón de Campbell alojados en el castillo, su mundo se hizo pedazos.

—Alasdair llegó a tiempo. —Miraba a su marido interrogadora—. Me

juraste que llegó a tiempo.

Connell estaba pálido. Ya había comprendido que Laura sabía algo de su futuro que no le había contado.

—Le avisé —asintió—, firmó su juramento un día después de Navidad.

—¿Entonces, por qué? —sollozó Laura.

—¿Por qué, qué? —Empezaba a perder la paciencia—. ¡Quieres hablar de una vez!

—Siéntate, Connell.

—Déjate de estupideces y habla.

Laura respiró hondo y después abrió las compuertas de par en par. Le contó todo lo que sabía, lo que había sobrevivido a la Historia. Connell la escuchó y a medida que el relato avanzaba su rostro se iba transformando en piedra.

—¿Por qué no me lo contaste? —La frialdad que emanaba de él llegó hasta Laura y amenazó con convertirla en estatua de hielo.

—Creí que había cambiado el futuro al salvar a los dos jóvenes Campbell —sollozó.

—¿Por eso querías salvarlos?

Laura asintió.

—Ese era el motivo de la venganza. La causa de que no avisaran a los MacDonalld de los planes de Sir John Dalrymple. ¡Pero no ocurrió! ¡Tú los salvaste!

—A Ian no pude salvarlo —dijo sin expresión alguna—. Mi hermano lo mató hace un mes. Lo sé porque me lo dijo uno de sus hombres cuando estaba borracho. Lo enterraron en el bosque.

Laura frunció el ceño sin comprender.

—¿Me estás diciendo que tu hermano mató a Ian?

—No te dije nada para no darte un disgusto. Al parecer el joven Campbell quería darle un mensaje a mi padre.

—¡Dios mío! —exclamó Laura llevándose las manos a la boca—. ¡Debía ir a avisarle de esto!

—Luke lo interceptó y lo mató.

Laura cerró los ojos y sintió cómo la enorme y poderosa maquinaria del destino movía uno tras otro sus engranajes colocando las cosas en su sitio. Cuando abrió los ojos parecía haber recobrado la serenidad.

—¿Tú estarías allí? —preguntó.

Connell frunció el ceño sin comprender la pregunta.

—Si yo no estuviese aquí, ¿hay alguna posibilidad de que tú estuvieses allí?

—Si tú no estuvieses aquí ni siquiera habría pisado el castillo de Broch Deich para la boda de Luke.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Laura buscó una silla y se dejó caer en ella sin fuerzas. El terror que se había apoderado de ella la había dejado exhausta. Connell se acercó y se arrodillo frente a ella. Su esposa sintió una profunda tristeza agolparse en sus ojos.

—Tengo que hacer algo —dijo el escocés—. Lo entiendes, ¿verdad?

Laura sintió un dolor lacerante, como un puñal que se clavaba en su pecho.

—Tú no tienes que estar allí —suplicó.

—Lo sé, pero ahora que lo sé no puedo quedarme de brazos cruzados. Son mis hermanos... A pesar de todo, Alexander es mi padre.

—Envía a alguien, haz que le avisen y consigue que los...

—No hay tiempo —la cortó tajante—. Mi padre no escuchará a nadie. Debo ir yo. Haré que entre en razón.

—¿Y si no lo consigues? Mira cómo te trató en la boda.

—Debo intentarlo —dijo poniéndose de pie.

—Solo faltan dos días para el 13 —dijo Laura levantándose también y agarrándose a sus brazos—. Júrame que no pasarás la noche allí. ¡Júramelo!

—Te lo juro.

Su esposa lo miró con tanto amor que el escocés sintió que le flaqueaban las fuerzas.

—Si les dices lo que va a pasar —dijo Laura mirándolo a los ojos—, cambiarás el futuro. No sé cómo puede afectar eso a... todo.

Connell asintió con expresión decidida.

—No te digo que no lo hagas —Laura trató de sonreír—. Yo ya he cambiado algunas cosas, pero me temo que cambiar un suceso tan trascendente tendrá consecuencias. Quizá no esté aquí cuando regreses. Quizá nunca exista...

Una ráfaga de desesperación cruzó los ojos de Connell. La atrajo con fiereza y la abrazó con tanta fuerza que los huesos de Laura crujieron entre sus brazos.

—Estarás aquí —dijo con la voz ronca.

Sus bocas se buscaron con desesperado anhelo. Había temor y tristeza a partes iguales en aquella despedida y cuando Laura estuvo sola en aquel salón, quedó con ella un profundo y terrible sentimiento de fatalidad. ¿Cómo iba a poder marcharse sabiendo lo que sabía? ¿Como dejar a todos aquellos amigos y familiares atrás?

Epílogo

—Van a dejar la búsqueda. —Julia miraba a todos los presentes destilando agotamiento por todos sus poros.

La taberna estaba cerrada desde que se marcharon a Nueva Zelanda. Regresaron en cuanto se enteraron de la desaparición de Laura y durante un mes no habían dejado de buscarla. Hasta ahora.

—No pueden seguir con ella. Han peinado la cueva hasta el último rincón y no hay ni rastro de ella. En los alrededores, tampoco —siguió explicando Evan al ver que Julia se había quedado sin fuerzas—. Las únicas personas que la vieron dijeron que iba camino de la cueva y que nunca volvió.

—Mi niña... —los sollozos de Myriam estremecieron a todos los presentes. Su marido la abrazó tratando de consolarla, aunque él mismo estaba destrozado.

—No cerrarán el caso —se apresuró a decir Evan—, pero...

No pudo terminar la frase, no sabía cómo hacerlo.

María se limpió las lágrimas que habían caído silenciosas mientras escuchaba. Cristina apartó la mirada con rabia, no podía aceptar lo que estaba pasando. ¿Cómo puede desaparecer alguien sin dejar rastro? Alguien tenía que saber algo...

—Será mejor que os vayáis todos a descansar —dijo Leod—. Necesitáis reponer fuerzas. Mañana por la mañana pensaremos en algo.

El padre de Laura asintió y se llevó a su mujer sin dejar de abrazarla. María y Cristina besaron a todos y se marcharon juntas.

—¿Quieres que nos quedemos a dormir en el hotel? —preguntó Evan a Julia.

Su mujer asintió y juntos se dirigieron a las escaleras.

—Esperad un momento —Leod los detuvo—. Quería hablar con vosotros dos, pero no he encontrado el momento.

Julia lo miró desconcertada.

—¿Ocurre algo? No estoy para más malas noticias.

—Ya tenemos el informe del tasador —dijo Leod.

Julia no sabía de qué le hablaba.

—Las reliquias MacDonald —explicó Leod y Julia recordó—. Le dijiste que viniera y lo hizo. Con todo lo que ha pasado no quise molestarte. Le dejé que se llevara las cosas, también el baúl. Esta mañana lo ha traído todo de vuelta junto con un informe sobre sus conclusiones.

Julia asintió.

—Mañana lo miramos, Leod. Ahora lo único que quiero es meterme en la cama.

—Está bien, cuando quieras —concedió su suegro—. Lo he dejado todo en la buhardilla. Quiero que seas la primera en leerlo ya que fue idea tuya.

Julia subió a la habitación como un autómata y se tumbó en la cama sin quitarse la ropa. Había sido un mes horrible buscando a Laura desesperadamente. El momento más feliz de su vida se truncó con la terrible noticia y tuvieron que volver de su viaje de novios. Al llegar a casa se encontraron con los padres de Laura, que no sabían cómo actuar ni qué hacer. Por suerte Evan se portó de un modo increíble, ocupándose de todos los trámites, hablando con la policía...

Su marido se tumbó junto a ella y la atrajo hacia su cuerpo suavemente. Sabía que no quería más que reconfortarla y se acurrucó en sus brazos, agotada.

—Ves estas cosas en televisión y siempre piensas que le ocurren a otra gente, que tú nunca tendrás que vivirlo —susurró.

Evan la acarició sin decir nada, hasta que se quedaron dormidos.

Se despertó sobresaltada y se sentó en la cama de golpe. Le costó unos segundos comprender dónde estaba y después de asegurarse de que no había despertado a Evan, bajó los pies al suelo y se levantó. Se acercó a la ventana y miró hacia la calle. Estaba oscuro y no se veía a nadie. Le apetecía un café y sabía que Leod estaría en la recepción.

—¿Qué haces levantada? —preguntó su suegro con expresión preocupada cuando la vio aparecer por las escaleras.

—Me he desvelado —dijo acercándose a él—. ¿Tienes café?

Leod asintió y entró al cuartito. En unos segundos salió con la taza y la depositó sobre el mostrador.

—Voy a subir a la buhardilla a ver ese informe —dijo cogiendo el platito y la taza—. ¿Subes conmigo?

—Mejor ve tú. Ya sé que no va a entrar nadie, pero prefiero quedarme a vigilar.

Julia asintió. Desde que Laura había desaparecido las cosas habían cambiado para todos los habitantes de aquel pueblo. Ya no podían decir que allí nunca pasaba nada.

Subió las escaleras, abrió la puerta y encendió la luz. Dejó la puerta abierta y se acercó hasta el baúl que seguía en su sitio de siempre. Se sentó frente a él y depositó la taza en el suelo, a su lado. Después cogió el sobre que Leod había dejado encima y sacó el informe del perito. Lo leyó detenidamente. Aquello la habría emocionado de haberlo leído tan solo un mes antes. Todos los objetos eran auténticos y algunos databan de finales del mil seiscientos. Pero lo que llamó más su atención era el párrafo final:

«Detecté que había un bolsillo oculto en el *sporrán*. Había sido cosido con intención de ocultarlo y al descoserlo encontré una extraña carta que dejo adjunta a este informe. Tanto el papel como la tinta coinciden con los utilizados en Escocia en el siglo XVII y puedo certificar que son auténticos».

Julia dejó el informe y sacó la carta del sobre con el ceño fruncido. El *sporrán* era la bolsa con las iniciales ECD, que había colgado de la pared del cuartito de Leod durante años. Ella lo había examinado muchas veces y nunca se percató de que tuviese un bolsillo oculto.

El perito había dejado el papel sin doblar, para evitar, supuso Julia, que se deteriorase aún más. Se suponía que había estado doblado durante varios siglos dentro de aquel zurrón. Un estremecimiento la recorrió de arriba abajo al reconocer la letra y sin poder evitarlo se fue directamente a la firma: Laura Martos.

El corazón le dio un vuelco y a punto estuvo de ponerse a gritar como una loca, pero algo en su interior la hizo contenerse y, de rodillas, comenzó a leer aquella inesperada misiva.

«Queridos papá y mamá. Queridas amigas mías:

No sé si alguna vez leeréis esta carta, pero espero que mi plan de ocultarla en el *sporrán* de Connell funcione. Connell es mi esposo. Sí, me casé, pero vamos por partes.

Lo primero y más importante es que no estoy muerta, bueno, para vuestra época sí, pero lo que quiero que sepáis es que no morí cuando desaparecí.

Ahora mismo estoy sentada frente al escritorio de la biblioteca, que por fin he conseguido que Connell coloque junto a la ventana. Yo escribo esta carta, mientras mi marido me mira desde su butaca con un libro en las manos. Vivo en el castillo de Turlom con Connell MacDonald, mi marido. Sé que os resultará increíble, pero os puedo asegurar que fue mucho más increíble para mí.

Entré en la cueva de los susurros, así se llama el lugar en el que encontraste a tu Margaret, Julia. Todo era distinto a como tú me lo habías descrito, el único camino se abría a la derecha y tú me dijiste que era a la izquierda, ¿recuerdas? Cuando avance un poco por aquel oscuro pasadizo, el suelo empezó a temblar. Un terremoto que provocó un terrible estruendo y que me hizo pensar que acabaría enterrada en aquella cueva para siempre. Pero no, conseguí salir, aterrada, sin el móvil, que se me cayó en la huída y con una torcedura de tobillo».

—*Casi puedo oír vuestras risas* —leyó Julia en voz alta.

Todo el mundo estaba llorando, especialmente la madre de Laura.

—Sigue, por favor —pidió el padre.

Julia asintió y continuó leyendo aquella carta que ella ya había leído varias veces antes de despertar a todo el mundo. A continuación venía el relato de lo acaecido durante los meses anteriores a la carta, incluida la petición de Connell y su posterior boda.

—Menudo romántico está hecho el muchacho —dijo Leod.

Las chicas lo miraron riendo y con lágrimas en los ojos. Julia siguió.

—*Cuando Connell se marchó para tratar de advertir a su padre creí que no volvería a verlo. No tuve valor de decirle que estaba embarazada porque habría tenido que escoger y no le habría perdonado que se marchara.*

—¿Embarazada? —Myriam se llevó las manos a la boca para ahogar un grito de alegría—. ¡Mi niña embarazada!

Había tantas lágrimas y risas en aquella sala que resultaría imposible para un observador externo saber si estaban alegres o tristes.

—*Por desgracia* —siguió Julia—, *Alexander MacDonald, el padre de Connell, no hizo caso a su hijo. Discutieron por última vez y Connell*

abandonó el castillo de Broch Deich para siempre, pero consiguió llevarse a su hermana Margaret con él, digamos que de un modo... poco ortodoxo. Si conocieseis a Margaret lo entenderíais. Es una joven muy intrépida, a veces demasiado, y ella sola acabaría con todos los Campbell si la dejásemos. Y también se trajo a Peter, su hermano pequeño.

Julia pasó la página y empezó la siguiente, ante la atenta mirada de quienes la escuchaban.

—Alexander murió aquella noche, al igual que otros cien miembros del clan MacDonald. Sí, fueron ciento uno, no ochenta como dicen los libros. Arrasaron el castillo y me temo que los Campbell conseguirán borrar del mapa el recuerdo de Broch Deich y su laird, para la Historia. No es que lo sienta mucho por Alexander, era un capullo, a vosotros puedo decíroslo. Tampoco lo siento por Luke, también era un capullo.

—Parece que vivir en el siglo XVII no la ha cambiado un ápice —dijo Cristina.

—Eso es imposible —añadió María.

—Chsssss —dijo la madre de Laura haciéndoles un gesto para que callaran—. Sigue Julia, por favor.

—Ahora vivimos los cinco aquí, en Turlom. Han propuesto a Connell para laird, pero ha rechazado el ofrecimiento. Entre nosotros, ser un bastardo tiene sus ventajas y una de ellas es que nos dejan en paz.

—Es increíble que Connell sea el hijo de Margaret —dijo Evan pensativo—. Todo resulta mucho más estremecedor.

Julia asintió.

—Ahora el hecho de que encontrases su cuerpo en la cueva me parece más aterrador —dijo Cris.

—Aterrador no —dijo Myriam—, esclarecedor si acaso.

*—No os habéis dado cuenta de una cosa —dijo Leod mirándolos a todos—, que la carta estuviese en ese *sporrán* significa que...*

—Connell es nuestro antepasado —terminó Evan.

—Exacto —dijo Leod.

—Entonces... —Ahora fue Carlos el que interrumpió—. Laura...

Las chicas lanzaron una exclamación de sorpresa.

—Laura es antepasada vuestra —sentenció Julia mirando a Leod y a Evan—. Pero dejadme seguir, al final lo entenderéis todo.

Volvió a la carta, ella ya la había leído, pero ellos aún no lo sabían.

—Mi hijo se llama Eric, como su padre. Muchas veces nos preguntamos

qué significaban aquellas letras en el sporrán, ¿verdad Julia? Pues bien, ECD es Eric Connell Darroch. Darroch era el apellido de Margaret. Y así se resuelve otro de los misterios de la familia MacDonald.

Julia miró a su marido con una brillante sonrisa al verlo tan emocionado.

—Conocí a mi... ¿Cuántos tátara tengo que poner delante de abuela? —dijo el escocés con un nudo en la garganta al recordar las cosas que se dijeron en la boda.

—No sé, pero un montón —dijo Cristina.

—Es increíble —dijo María—. Si Laura no hubiese desaparecido en la cueva Leod y Evan no habrían nacido.

—Y quizá nosotras no nos habríamos conocido nunca —dijo Cristina.

—Ya llego al final —dijo Julia estirando una mano para que la dejaran seguir—. Prestad atención. *Creo que ya os he contado toda la historia. Lo que quiero con esta carta, que espero que podáis leer algún día, es que sepáis que estoy bien. He encontrado mi destino y he descubierto el verdadero amor al lado de Connell. Soy muy feliz con él, con nuestro hijo Eric y nuestros hermanos Margaret y Peter. Pero eso no significa que os haya olvidado, no pasa ni un solo día sin que piense en vosotros. Papá, mamá, habéis sido los mejores padres que alguien pueda tener y le hablaré de vosotros a nuestro hijo para que sepa lo maravillosos que fueron sus abuelos. Chicas, vivid intensamente, no os conforméis con migajas, id a por la tarta completa. En cuanto a vosotros, Leod y Evan, me siento muy afortunada por haber podido conocerlos. Saber que lo que he iniciado con mi hijo florecerá hasta llegar a esas dos maravillosas personas que se cruzaran en el camino de mi queridísima Julia. Eso significa que Connell y yo lo hemos hecho muy bien. Os quiero con todo mi corazón y no os olvidaré nunca. Vuestra, siempre, Laura.*

Se hizo un silencio sepulcral tan solo quebrantado por los contenidos sollozos que de vez en cuando se les escapaban. Julia dejó unos momentos para que asimilasen todo lo que había leído. Ella había tenido que hacerlo en soledad.

—Entonces, las cosas que hay en ese baúl... ¿son de Laura? —preguntó su madre.

—La mayoría —dijo Julia asintiendo y miró a Leod que se volvió hacia ellos.

—Podéis coger lo que queráis —dijo el hombre que estaba tan emocionado como ellos.

—Solo un recuerdo, si no te parece mal —pidió Myriam—. En realidad ella no era sangre de nuestra sangre. Vuestra, sí.

—Eso no tiene importancia aquí —dijo Leod poniéndose serio—. Vosotros fuisteis sus padres y siempre lo seréis.

—Si no la hubieseis adoptado jamás nos habríamos conocido —dijo Julia.

La madre de Laura lloró agradecida.

—Hay una posdata —dijo Julia atrayendo la atención de todos—. Hay algo más que debéis saber.

—Adelante —dijo Carlos—. Lee.

—*La madre de Connell está enterrada junto a la casa en la que creció, la casa de su familia. El cuerpo que encontraste, Julia, no era el de Margaret.*

Myriam empalideció.

—*Le he pedido a Connell que cuando muera quiero que me lleven a la cueva y le he dicho el sitio exacto en el que quiero que me dejen. Esa será mi tumba. Así debe ser.*

—¿Has terminado? —Connell se acercó a ella al ver que doblaba las hojas en cuatro partes.

—¿Crees que podré disimular el bolsillo? —preguntó Laura sonriéndole. Connell fue a buscar su *sporrán* y lo puso sobre la mesa.

—Puedes descoserlo completo y rehacerlo a tu gusto —dijo solícito.

Laura dejó la carta sobre la mesa y la rodeó para abrazarle.

—¿Te ha puesto triste escribirles? —dijo acunándola con cariño.

—Un poco. —Levantó la cabeza para mirarlo y sonrió—. Pero soy tan afortunada que no me atrevo a decirlo en voz alta por si los dioses quieren castigarme por quejica.

—El afortunado soy yo —dijo él besándola suavemente en los labios.

Laura capturó su boca y le devolvió un beso más profundo al que Connell respondió sin reservas.

—Mamá, *quero ojo*. —El pequeño MacDonald entró acompañado de su tía Margaret y corrió a abrazarse a las faldas de su madre.

—Quiere que lo llesves al columpio que Connell le hizo en el tejo —tradujo su tía como si lo necesitaran.

Laura lo cogió en brazos y, después de besarlo una y otra vez y de hacerle

unas cuantas cosquillas a las que el niño respondió con su alegre risa, se dirigió a la puerta con él. Antes de salir miró a su marido y el amor que ambos sentían viajó de uno a otro por aquella sala.

—¡Por Dios! —exclamó Margaret saliendo airada de la biblioteca—. ¡Cuándo se acabará tanto empalague! ¡Qué hartazgo!

—Jamás —susurró Connell.

—Ni en un millón de años —dijo Laura y dándose la vuelta salió de la biblioteca con el pequeño Eric dando palmadas.

¡Hola!

Antes que nada decirte que me alegra muchísimo tenerte aquí y que te deseo lo mejor para ti y para los tuyos. Me siento muy afortunada por contarte entre mis lector@s.

Te dejo los enlaces a mis redes para que puedas unirte a esta familia literaria romántica y apasionada.

[Facebook](#) - [Twitter](#) - [Mail](#) - [Amazon](#)

Para terminar te dejo el primer capítulo de otra de mis novelas como regalo.

Abrazos, besos y mucho amor.

Kate Dawson

Capítulo 1

Sebastian observaba a su familia, que hablaba distraída sin prestar atención a lo que decían los demás.

Los Friedel viven en Park Avenue, en Manhattan. El padre, Johann Friedel es el director de un banco de inversiones y su madre, Elise Leiningen, se ocupa de gastar el dinero que Johann atesora con placer.

Sebastian mira a sus hermanos. Le sorprende que aquellos dos seres tan diametralmente opuestos compartan su ADN. Valarie, dos años mayor que él, es mezquina, clasista y snob. Sí, ya sabe que esas tres palabras podrían considerarse sinónimos, pero es que Valarie es todo eso en grado superlativo. También es egoísta y cruel.

No, Sebastian no tiene una buena opinión de su hermana, pero es que ha tenido que sufrirla desde niño y padeció toda clase de torturas por su parte que le dejaron una huella imborrable.

Movió ligeramente la cabeza para observar a Ernst, su hermano pequeño. Le resultaba increíble que aquel muchacho perteneciese a aquella familia. En serio. Muchas veces se había preguntado si no lo habrían robado de alguna parte. Solía bromear con él diciéndole que se lo habían comprado a una caravana de gitanos.

Ernst era un chaval profundo y honesto. Alguien con quién te apetecía encontrarte en cualquier momento y situación. Alguien con quien no le importaría seguir conviviendo toda su vida.

Con el resto, no. Sebastian deseaba fervientemente irse de casa y vivir su vida, pero estaba atado con la cuerda más esclavista que existe: el dinero.

—No voy a ir a Viena.

En el comedor de los Friedel se hizo el silencio. Un silencio espeso y tenso que los recorrió a todos como un fantasma aterrador.

—¿Qué? —su padre lo miró con aquella severa expresión que de niño provocaba que le temblasen las piernas.

Sebastian soltó el tenedor en el plato y cogió la servilleta para limpiarse los labios.

—No voy a ir a estudiar música a Viena. Quiero seguir en Julliard.

—Julliard es una gran escuela, hijo —intervino su madre—, pero el

prestigio de Viena en cuanto a música clásica...

—No quiero hacer música clásica —la cortó su hijo—, quiero hacer mi propia música.

—Eso no es música —dijo su padre con la misma severidad.

Sebastian lo miró tratando de no perder los nervios.

—Es lo que yo quiero hacer.

—A mí me gusta mucho tu música —intervino Ernst.

—Tú cállate —ordenó su padre y el muchacho bajó la cabeza dispuesto a obedecer—. Que yo sepa, sigo siendo el cabeza de esta familia.

—Papá, he intentado hacer siempre lo que queríais de mí —argumentó Sebastian—. He estudiado piano desde los seis años, he dedicado horas y horas a mis estudios y jamás he suspendido una sola materia. Pero esto no puedo hacerlo, lo siento. Estamos hablando de mi futuro y ese no es el futuro que yo deseo.

—¿El futuro que tú deseas? —Su padre lo miraba rojo de ira—. ¿El futuro que tú deseas? Pero ¿quién te has creído que eres? ¡Vives bajo mi techo y todo lo que tienes lo he pagado yo! ¡El futuro que tú deseas...! ¡Serás malnacido!

—Johann... —su mujer trató de contenerlo, pero la mirada que le lanzó su esposo fue suficiente para que cerrara la boca.

—Estoy hasta las narices de ti —siguió su padre haciendo caso omiso a su mujer—. Te he tolerado todas las gilipolleces que has hecho porque tengo claro que te espera un gran futuro y me devolverás con creces todo lo que he invertido en ti. Si no, hace tiempo que te habría quitado de mi vista.

Sebastian no movió un músculo y tampoco apartó la mirada del indignado rostro de su padre.

—¿Te crees que no sé a qué os dedicáis esos idiotas que tienes por amigos y tú todas las noches? —Johann lo apuntaba con el dedo—. ¡Hay vídeos de las carreras ilegales que hacéis, imbécil! ¡Si no os han detenido ha sido por mí!

Su madre lo miró furibunda.

—¿Así es como destrozaste el Lamborghini? —preguntó elevando el tono.

—Sí, querida —afirmó su marido—. Así destrozó tu precioso coche. Ya lo creo que irás a Viena. Ya te digo yo que irás.

—No, no iré. —Sebastian no perdió la serenidad.

Lo había pensado mucho, sabía perfectamente a lo que se iba a enfrentar

y lo tenía muy claro. Adoraba la música clásica, pero la adoraba para sentarse cómodamente en su sillón y escucharla con sus auriculares mientras se relajaba. No para interpretarla toda su vida. No era eso lo que deseaba. Quería hacer su propia música. Tenía una buena voz y cualquier artista pop le resultaba mucho más inspirador que Mozart.

—Hace tiempo que debería haberte puesto en tu sitio —dijo su padre con determinación—. A partir de ahora tendrás que conseguir tú mismo el dinero para tus gastos, no tendrás asignación económica y se acabó utilizar la casa de la playa para ir con tus amigos. Vivirás en esta casa y se te dará de comer, pero nada más. Ni ropa ni coches ni nada de nada.

Valarie se tapó la boca horrorizada, si le quitarán a ella todas sus cosas se suicidaría.

—A ver cómo haces para que pagarte el próximo curso sin dinero. —Lo retó Johann con una malévola sonrisa.

Sebastian empalideció y miró a su madre esperando algo de comprensión y complicidad, pero lo único que halló fue desprecio. Asintió despacio y apartando la silla se levantó de la mesa y salió del comedor sin pedir permiso.

Ya no le quedaba más que perder, así que cogió las llaves del coche antes de que se las quitaran, y salió de casa para airearse.

—¿En serio te vas a poner ese peto? —preguntó Latrice mirándola sentada en su cama, por encima de la lima de uñas.

Alissa se miraba en el espejo a través de sus gafas y no le veía nada malo a su atuendo. Era un peto de sarga color caqui, encima de una camiseta blanca de manga corta. Miró a su hermana que soltó una carcajada.

—No tienes remedio, chica —dijo Latrice—. Tienes dieciséis años, ¿no deberían empezar a importarte esta clase de cosas?

Alissa siguió mirándose durante unos segundos más, pero enseguida perdió el interés y se sentó en su cama con las piernas dobladas.

—Nunca harás de mí una mujer decente —dijo aludiendo a uno de los personajes de las novelas que tanto le gustaba leer.

Alissa era la pequeña de los Hayworth. En dos meses cumpliría diecisiete años y quería ser escritora. Lo supo desde que cumplió los ocho años y cayó en sus manos el libro de Dickens *Grandes esperanzas*. Fue amor a primera vista. Desde ese momento su mayor pasión, su única pasión podríamos decir,

fueron los libros. Estaban por todas partes. Su padre había tenido que hacer estanterías incluso para el baño.

Quinlan y Nathalie, los padres de Alissa y Latrice, eran dueños de una floristería. No era un negocio que fuese a hacerlos ricos, pero les había permitido mantener a su familia y ahorrar lo suficiente para proporcionarles unos estudios dignos cuando llegase el momento.

La familia Hayworth era una familia sencilla y feliz. No tenían grandes proyectos, ni elevadas ambiciones. Les gustaba sentarse los domingos por la noche frente al televisor para ver juntos una peli, mientras tomaban un café de Starbucks. Todos los años, en verano, pasaban unos pocos días en la playa y una vez al mes iban a cenar a un restaurante.

Alissa adoraba a su familia, no podía ni imaginarse lo que sería vivir lejos de ellos y por eso había planificado su futuro dando por hecho que siempre viviría en aquella pequeña casa de Brooklyn. Después de todo, se puede escribir en cualquier sitio.

Latrice era la joven más bonita del barrio, a Alissa no le cabía la menor duda de que era mucho más hermosa que la mayoría de las que salían en esas revistas, que había ojeado en la peluquería en la que trabajaba su hermana. Se parecía a su madre. Tenía una larga melena negra y unos ojos almendrados de largas pestañas que atraían la atención en cuanto la mirabas. En cambio ella se parecía a su padre y, aunque adoraba a ese hombre y se sentía orgullosa de ser su hija, debía reconocer que no era tan guapo como su madre.

—Al menos cámbiate de zapatillas —dijo Latrice señalando el raído calzado.

—¡Oye! ¡Que te van a oír! —dijo Alissa fingiendo ofenderse—. Vosotras no le hagáis ni caso, es una snob.

—¿Yo snob? —Latrice le tiró la tortuga de peluche que seguía durmiendo en su cama.

La casa de los Hayworth no era muy grande, pero tenía suficientes habitaciones para que las dos hermanas pudieran tener intimidad. Sin embargo, ninguna de las dos había querido cambiarse cuando sus padres les propusieron hacerlo. Así que seguían durmiendo en el mismo cuarto como cuando eran niñas.

—Te van a mirar mal cuando vayas a por los Frapuccinos.

—Todos me conocen —dijo poniéndose de pie cuando escuchó a su madre llamándola desde abajo—. Ya saben que no tengo remedio.

Salió del cuarto y bajó las escaleras saltando los escalones. Su madre la

esperaba abajo con el monedero en la mano.

—Toma, tú padre ya está escogiendo la peli.

—¡Oh, no! ¡Le toca a él! —exclamó Alissa poniendo cara de drama.

—Ni se te ocurra criticarlo —dijo su madre señalándola con el dedo—.

La semana pasada te tocó a ti y nos obligaste a ver Jane Eyre otra vez.

—Jane Eyre es una historia preciosa —dijo Alissa arrugando el ceño—. Y era otra versión.

—Alissa, hija, la historia es la misma, no es suficiente con que cambien los actores —dijo llevándola hasta la puerta.

—No digas que no te encantó —dijo su hija mirándola con picardía—, los ojos te hacían chiribitas mirando a Rochester.

—Serás... —le dio una palmada en el culo y la echó de casa—. No te entretengas, anda.

Tuvo suerte y, a pesar de la hora, no había mucha gente en ese Starbucks. Se entretuvo charlando con los empleados mientras preparaban los cafés. Los conocía a todos desde hacía tiempo. Thomas y María eran los que llevaban más tiempo y prácticamente la habían visto crecer.

—¿Quién elige hoy? —preguntó Thomas mientras le ponía los cafés en el portavasos.

—Mi padre —dijo con resignación.

—Entonces hoy será de las que a mí me gustan —dijo María sonriendo.

Teniendo en cuenta que *El séptimo sello* era su película favorita, pues sí, seguro.

—A pesar de todo le queremos —dijo Alissa cogiendo el portavasos.

—Ten cuidado que el Mocca quema —advirtió Thomas cuando le puso los cafés en las manos.

Alissa asintió, se despidió de todos y salió de la cafetería.

Sebastian llevaba la música del coche a tope y cantaba a voz en grito tratando de librarse de la tensión que había acumulado durante la cena. Aquella calle estaba desierta y casi por inercia su pie se hundió en el acelerador. No la vio, apareció frente a él de improviso y un grito se ahogó en su garganta sin llegar a emerger mientras el pie del freno se clavaba hasta el fondo.

Alissa tenía buenos reflejos y tuvo el tiempo justo de lanzarse hacia atrás antes de que el coche la golpeará. Cayó al suelo junto a los cafés y sus gafas,

que habían saltado por los aires. Sebastian bajó del coche con el corazón latiéndole desbocado.

—¿Estás bien? —preguntó angustiado.

—¿No has visto el paso de cebra? —lo recriminó agarrándose la mano izquierda.

Sebastian miró hacia la carretera y vio su coche pisando las marcas para peatones. Cerró los ojos maldiciéndose en silencio. Podría haberla matado.

—¿Te has hecho daño en la mano? —preguntó al ver que se la sujetaba por la muñeca.

—Sí, pero tranquilo, no me la he roto. —Alissa lo observaba tratando de descubrir si su preocupación era sincera o si lo único que le importaba era que no lo denunciase.

El chaval se sentó en el suelo junto a ella y se llevó las manos a la cabeza, como si le pesara. Después de unos segundos se giró bruscamente y vomitó.

—¡Hala! ¡Lo que me faltaba!

Alissa estiró la mano sana para recoger sus gafas, que por suerte habían salido indemnes, y se puso de pie rápidamente. Lanzó una exclamación al sentir un latigazo que le recorrió la pierna hasta la cadera.

Sebastian se limpió la boca con la manga y se apresuró a ayudarla.

—¿Te duele? Vamos, te llevaré al hospital.

—No digas tonterías —dijo ella apartándose—, no es la primera vez que me caigo. De hecho soy una experta.

Sebastian siguió su mirada que iba hasta el lugar en el que habían caído los cafés. A unos pocos metros estaba el Starbucks en el que probablemente los había comprado.

—¿De verdad no quieres ir al hospital?

—No, no quiero ir. Mi madre puede vendarme la mano, no está rota, solo me he hecho un esguince.

—¿Eres zurda? —preguntó mortificado.

—No —respondió ella tajante.

Ya había aceptado que el chaval lo sentía sinceramente, pero creía que era bueno para él que mantuviese aquella pose hostil. No estaba bien el modo en el que había conducido y si seguía haciéndolo acabaría atropellando de verdad a alguien.

—Entonces te llevaré a casa —dijo cogiéndola de la cintura y levantándola lo suficiente del suelo para que solo tuviera que apoyar ligeramente los pies, sin que éstos tuvieran que sostenerla.

Alissa se dejó llevar sin protestar y al tenerlo tan cerca todo su cuerpo reaccionó de un modo inesperado.

La ayudó a sentarse en el asiento.

—¿Qué habías pedido? —preguntó.

Alissa lo miró sin comprender y él señaló los cafés que seguían tirados en el suelo.

—No importa.

El joven levantó una ceja y la miró con determinación.

—Está bien —dijo ella—, si te hace sentir mejor... tres Frapuccinos de café y caramelo y un Mocca blanco.

—Me llamo Sebastian —dijo y antes de que ella respondiera cerró la puerta con suavidad, recogió los cafés del suelo, los tiró a una papelera y corrió a por otros.

Cuando pidió los cafés Thomas lo miró sorprendido.

—Qué casualidad, hace un momento Alissa ha pedido lo mismo —dijo mirando a Maria.

Sebastian no dijo nada pero se fijó en un carmelita que había pegado a la caja registradora.

—¿Necesitáis un camarero? —preguntó.

—¿Te interesa el trabajo? —Thomas lo miró ahora más atentamente. El chaval vestía bien y tenía un aspecto imponente, debía medir metro noventa por lo menos.

—Sí —respondió cogiendo el portavasos.

—Pásate mañana por la tarde que estará el jefe y hablas con él.

Sebastian asintió y salió de la cafetería. Quizá la noche no acabaría tan mal, después de todo. Dejó los cafés en el asiento de detrás y se sentó frente al volante.

—Me llamo Alissa —dijo.

—Lo sé —respondió él sin poner el coche en marcha—. Lo siento muchísimo. Si te sirve de consuelo voy a estar mucho tiempo sin conducir a partir de mañana.

Ella lo miró extrañada.

—¿Y por qué habría eso de consolarme?

Él la miró fijamente.

—Lo importante es que conduzcas bien, no que no lo hagas en absoluto —dijo con una seguridad pasmosa. Se volvió a mirar los cafés.

—Se me olvidó decirte que los compraras grandes —sonrió—. Menos

mal que has acertado. Tienen que durar toda la peli y hoy será larga porque la elige mi padre.

Aquel comentario sorprendió tanto a Sebastian que no pudo disimularlo.

—No quería que sonara como una crítica —dijo Alissa pensando que era ese el motivo de su sorpresa—. Adoro a mi padre, pero es que tiene un gusto... digamos que... peculiar, para las pelis. Aunque lo cierto es que todos lo tenemos. A mi madre le encantan las románticas, mi hermana siempre quiere ver musicales y yo adoro el cine clásico en blanco y negro y las pelis basadas en novelas.

—¿Y tu padre? —no pudo resistirse.

Alissa sonrió.

—A mi padre le gustan las películas sesudas —sentenció. Y al ver que Sebastian ponía cara de no entender a qué se refería buscó el modo de explicárselo—. Películas con miga, complejas. De esas que tienes que parar varias veces para aclarar que lo has entendido.

Sebastian frunció el ceño.

—Bueno, pues hoy toca una de esas. Alguna la he visto tres veces y sigo sin entenderla del todo. —Alissa sonrió—. Y me temo que eso me convierte en uno de los motivos por los que mi padre la selecciona de vez en cuando para verla de nuevo. Se puede hacer —no podía dejar de hablar—, repetir una peli. Solo tenemos un bono cada tres. Lo que quiere decir que después de tres pelis nuevas, puedes elegir repetir alguna que ya hayamos visto.

—¿Veis pelis juntos todas las semanas? —Por fin verbalizó su sorpresa.

—Los domingos por la tarde. —Alissa asintió.

—¿Con tus padres?

—Y con Latrice, mi hermana. —No entendía cuál era el misterio.

Sebastian la miraba como si tuviese a un extraterrestre sentado dentro de su coche. Se sacudió ligeramente la cabeza y encendió el motor para ponerse en marcha. Le preguntó la dirección y se alejaron de allí.

Alissa lo dejó conducir sin distracciones. Parecía haberlo puesto nervioso y no era su intención incomodarlo. Sabía que podía ser muy pesada con su charla y se dijo que eso era algo que debía cambiar si no quería convertirse en una apestada. Una de esas a las que nunca invitan a ningún sitio porque resulta cargante. Como la señora Smith, para la que había trabajado cuando tenía doce años. ¡Dios! ¡Qué mujer tan insoportable! Todo el tiempo quejándose de sus hijas, de que no iban a verla, de que nunca tenían tiempo para ella... Y luego, cuando la visitaban se pasaba el rato diciéndoles lo

malas hijas que eran y las pocas alegrías que le habían dado en la vida. Hay que tener cuidado con lo que decimos. Eso nos convierte en un tipo de personas.

Se entretuvo mirándolo con disimulo mientras conducía. Tenía un físico imponente. Debía medir metro noventa y tenía el pelo muy rubio y los ojos de un azul demasiado claro. No parecía norteamericano, era como uno de esos vikingos que salían en las películas.

—Si te sirve de algo, te juro que he aprendido la lección —dijo Sebastian de pronto con expresión sincera—. Me he muerto del susto cuando te he visto.

—Ibas demasiado rápido, ¿verdad? —dijo ella con suavidad.

Sebastian asintió sin mirarla, de verdad parecía apesadumbrado.

—Sé que no es excusa, pero estaba muy disgustado y no pensaba con claridad.

—La próxima vez que estés disgustado sal a correr —dijo ella ya sin acritud—, no es buena idea tener una tonelada entre las manos si no piensas con claridad.

Él la miró un instante.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis, casi diecisiete.

Volvió a mirarla un instante. ¿Cómo era posible? —se preguntó—. Era mucho más madura que él siendo un año más joven.

—Tranquilo, mi madre sabrá qué hacer con el esguince —dijo convencida—. Es una mujer increíble, sabe de todo.

Sebastian pensó en su propia madre y miró hacia otro lado. Jamás le había puesto ni una tirita.

—No te preocupes —dijo Alissa llamando su atención. Sebastian la miró y sus clarísimos ojos azules mostraron claramente que seguía sintiéndose fatal—. Estoy bien, de verdad que no es nada.